

III. AMOR, VIAJES Y LITERATURA

[1]

EN LA SALA DEL RELOJ DEL QUAI D'ORSAY. LOS TRES
ACTORES PRINCIPALES DE LA TRAGICOMEDIA DEL TRA-
TADO DE PAZ. PARÍS VOLVIÓ A SER DE LAS MUJERES.
LAS IDEAS DISOLVENTES DE RENÉE LAFONT*

ERAN VEINTISIETE LAS NACIONES que estuvieron representadas en el palacio del Quai d'Orsay, y luego en Versalles, para elaborar y firmar el tratado que, solemne y oficialmente, ponía término a la guerra del 14 al 18. Veintisiete naciones, entre aliadas y asociadas; veintisiete jefes de Estado o ministros. Y échese usted a contar sus *ad lates*, consejeros, secretarios, informadores, observadores y periodistas... El idioma oficial era el francés. Pero los traductores ejercían su oficio y en aquella Babel bélico-diplomática todos se llegaban a enterar, aproximadamente, de la dirección y el fondo de los debates.

No diré yo que fuese una olla de grillos, ni un avispero la suntuosa Sala del Reloj, con su amplia galería, donde se efectuaban las deliberaciones, porque el protocolo respetábase en la distribución de los puestos y cada cual desempeñaba perfectamente su papel. El de no pocos de aquellos señores era mudo, de mera presencia, pero no de comparsas, aunque su intervención en el conflicto hubiese sido mínima y, en ciertos casos, más simbólica que real.

Los primerísimos actores no pasaban de tres: Wilson, Lloyd George y Clemenceau. Para ellos los máximos honores y las responsabilidades más duras ante el mundo. ¿No se trataba de asegurar la paz y la concordia entre todos los pueblos? Pues en sus manos —en las de Clemenceau, con sus eternos guantes grises; en las de Wilson, que habían redondeado sus catorce puntos; en las de Lloyd George, que, metafóricamente, en los momentos más graves y oscuros de la guerra, había arrojado al Támesis todos los relo-

* Capítulo VII del tercer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtítulo *Amor, viajes y literatura*.

jes— estaba el «sí» o el «no» de ese Tratado. Es decir, que abriese una era de paz, o lanzara al aire las semillas de una segunda guerra. Yo, en mi modestísimo papel de corresponsal —como repetidas veces he dicho— figuraba entre los del «sí». Y por eso cuando desde uno de los arcos de la galería, abriéndome paso entre un japonés minúsculo y un australiano grandullón, por ejemplo, poníame en primera fila para percibir directamente al grupo presidencial, los semblantes que me atraían, y casi diré que me fascinaban, eran los de esos tres hombres: apergaminado y amarillo el del Tigre; sonrosado, casi rojo bajo la encrespada cabellera blanca, el de Lloyd George; pálido e impasible el de Wilson, cuando no lo animaba en cierto modo el marfil dental de su sonrisa.

Pero, pasada la fascinación, dirigía mis ojos hacia otras caras importantes. Y persisten en mi recuerdo, mejor que otras, las de los señores Orlando, Salandra y el barón de Sonnino, representantes de Italia, que tanto vaciló antes de jugar su carta en el tapete de la guerra. Orlando, de nombre Víctor Manuel, formaba con Wilson, Lloyd George y Clemenceau el cuarteto que ejecutaría el himno de la paz. Hombre bien parecido, de alta frente, ojos negros, pelo y bigote entrecanos. Su papel era muy difícil: exigía Fiume y hubo de chocar con la rotunda oposición de Wilson. Y fue entonces, bien que pasajera, un «Orlando furioso», puesto que Fiume, tras la «regencia» de D'Annunzio, y un período de república autónoma, habría de quedar por Italia. Esto lo «adivinaba» Orlando y por eso se encontró en París con el «no» de la firma de los preliminares del tratado.

El barón Sidney de Sonnino había sido con Salandra el destructor de aquel pacto de la Trílice, debido en gran parte a la francofobia de Crispi, que ligaba a su país con los imperios centrales. Por esto ambos recibían los saludos más afectuosos de Clemenceau. Los dos peinaban cabellos canos. Sonnino era de Florencia, mitad hebreo, mitad inglés, hombre ponderado y sutil. Salandra había nacido en Tracia, o Troja, que también puede llamarse Troya en castellano, pues diz que fue fundada a principios del siglo *x* por un gobernador griego para reemplazar, bajo la sonrisa irónica de Homero, la que desapareció por culpa de la bella Helena. De su provincia de Foggia pasó Salandra a Nápoles como estudiante de Derecho y no tardaría en ganar una cátedra en la Universidad de Roma. Entre él, Orlando y Sonnino habían operado la ablación de Italia de la Trílice, pero el cirujano-jefe había sido este troyano del siglo *xx*.

Yo miraba con gran simpatía a los tres por parecerme que la más pura latinidad, ya que la de Francia está entreverada de germanismo, eran ellos quienes la representaban en aquella, más que reunión, conmistión de razas diversas, pues allí veíanse a un marqués —Sanonji—, a un barón —Makino— y a un vizconde —el de Chinda— japoneses, cuyos antecesores acaso hubiesen sido samurais, aunque portasen el chaqué tan británicamente como los honorables de Milner, Barnes y Balfour.

Había allí australianos, surafricanos que ilustraron sus nombres en la guerra del Transvaal; chinos, árabes —veo todavía al emir Abdul Hadi Acuni, con su indumentaria como para salir a cantar una ópera de Verdi— y los caballeros de color de Haití y de Liberia. No había rusos —*et pour cause!*—, pero otros eslavos, eslovacos y polacos, sí. De Iberia, pues España no quiso (si debió o no debió intervenir que se lo pregunten a Romanones, a Lerroux y a Maura) figurar en aquella guerra, teníamos no sólo las representaciones de Portugal y el Brasil, primos nuestros en primero y segundo grado, sino también las de ocho repúblicas hispanoamericanas, que eran Cuba, Panamá, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Bolivia, Ecuador y Perú.

La voz de Cuba la llevaba —¡cuán discretamente!— don Antonio Sánchez de Bustamante, colega y gran amigo de mi padre, a quien tuve el honor de saludar varias veces. Sánchez de Bustamante era una de las autoridades contemporáneas en Derecho Internacional, desde su cátedra en la Universidad de La Habana. De pro genie españolísima, parte de la carrera la cursó en Madrid. Pasaba entonces su edad del medio siglo y la barba se le había puesto de un blanco-gris «muy apostólico». Era, realmente, un apóstol de la Justicia. Se me ocurre pensar que no todo le parecería justo en el proyecto del Tratado de Versalles. Él se sabía de memoria a su Vitoria y su Hugo Grocio y mentalmente, cordialmente, estaría mucho más cerca del «ilus» Wilson, que de los realistas y prácticos Lloyd George y Clemenceau. Esto lo pienso ahora, que entonces mi oráculo era el llamado desde el armisticio *le Père la Victoire*.

Había allí un hombre que traía en sus manos, simbólicamente, una República recién nacida y palpitante, con muchas ganas de vivir, de afirmar su triángulo de razas consanguíneas, pero que habían sufrido el yugo de otras dominantes. Ese hombre era Eduardo Benes, el gran ministro del presidente Masaryk. Juntos habían jugado con suerte en la lotería de la guerra, obteniendo el premio de la nación checoslovaca. A Benes, todavía joven, de unos treinta y cuatro años, le debería yo, meses más tarde, la co-

yuntura y el honor de ser el primer periodista de España que «estrenara» en sus artículos a la naciente República y que escuchase en entrevista privada la docta, y en cierto modo profética palabra de Masaryk. Pero sobre todo esto volveré más adelante.

Yo no asistía, la verdad, a todas aquellas sesiones de la Sala del Reloj del Quai d'Orsay. El reloj de la chimenea Imperio marcaría sin duda horas y minutos históricos y el espejo reflejaría rostros y gestos de los elaboradores del tratado, pero París brindaba un *renouveau* de sus actividades artísticas, un a modo de desquite de los años en que Marte en lugar de Apolo presidió su destino, y no era cosa de perder una exposición de pintura interesante, una conferencia de profesor ilustre, una taza de té o copita de oporto *chez Madame Une Telle* por ir a presenciar las deliberaciones de aquellos prohombres de la política y la diplomacia.

Además, había llegado la *belle saison*, la primavera, y resultaba delicioso tomar el sol —ese sol de París que nunca quema— en uno de los andenes de los Campos Elíseos o en algún pabellón del bosque de Bolonia, donde reaparecían las beldades de *avant-guerre* algo mustias acaso, pero en las que ese arte del *boudoir* y el vestido de la plaza Vendôme disimulan y hasta borran, por fuera, los estragos del tiempo... ¡Ay, *La Parisienne* de Henri Becque y las enamoradas y *demi-mondaines* de Maupassant, que no han sustituido con ventaja las pecadoras de Colette, ni las grandes damas de Marcel Proust! Y con estas «reaparecidas» alternaban las bellas de *après-guerre*, algunas de las cuales habían dejado de ser niñas cuando sus padres o hermanos luchaban en Verdún y en el Soma.

De estas mujeres, las «antiguas», más de una se despojaba de su uniforme de enfermera voluntaria para vestir un modelo de Poiret o de Drecoll. París, en mi opinión de incurable feminista, volvía a ser de la mujer, aunque pareciese dominado oficialmente por los hombres, ya fueran gobernantes, militares o verbosos parlamentarios. Aquello del *cherchez la femme* donde menos hace falta es en París, porque la mujer está presente, visible y dominante en todos los actos de su gran comedia humana, y no detrás, sino delante del varón, así sea éste un estadista, un cómico, un literato o un banquero. Es ella la que decide y pronuncia la última palabra.

Y a propósito de mujeres de París, quizás a algún lector de mis recuerdos le sorprenda que entre ellas no haya vuelto a destacar la simpática figura de Renée Lafont,

tan hispanista e hispanizante, por cuyo salón Luis XV desfilaron, antes y durante la guerra, todos, o casi todos, los escritores españoles e hispanoamericanos que aspiraban a ver traducidas sus obras al francés por quien dominaba nuestro idioma tanto como el propio. Sus autores predilectos —¡allá ella!— fuimos Blasco Ibáñez y yo. Precisamente por entonces lograba que la casa Flammarion publicase su versión de mi novela *El peligro*, que ella tituló *Le goût du danger*, y una nueva edición de *Las flechas del amor*, con el prólogo de Barrès. Quiere decir que nuestras relaciones literarias subsistían, si bien la que llamaré nuestra *amitié amoureuse* habíase enfriado un tanto por culpa de ambos. Ella me guardaba un dulce rencor, si se admite la antinomia, por haber yo resuelto que mi hijo Waldo, de quien había sido una madre espiritual, prosiguiera sus estudios, iniciados en el colegio de Santa Bárbara y el liceo Enrique IV de París, en España, oponiéndome diplomáticamente a su secreta idea de afrancesarme al niño. Razones del corazón... Ello es que ésta fue una de las causas de nuestro «enfriamiento». Pero hubo otras, entre las cuales pesó la rapidez con que ella había reanudado su contacto con los editores alemanes de sus estudios filológicos, lo que consumía gran parte de su tiempo, y algo que puede parecer inverosímil y contradictorio, pues consistió en que una admiradora tan arrebatada como ella del superindividualista Clemenceau volvía a sentirse, también apasionadamente, partidaria del socialismo, llegando no diré que a celebrar, pero sí a «explicarse» la revolución de Rusia, que había sustituido al moderado Kerenski con los marxistas a ultranza y a sangre y fuego representados por Lenin.

Un día discutimos, ella «en roja» y yo, si se quiere, «en blanco». Cometí la ligereza de llamarla loca y ella la de responderme con un insulto. Y aunque luego nos reconciliáramos y hasta fuésemos a la Taverne du Panthéon, *pour signer la paix* ante dos copas de ajeno —que ella también lo bebía—, ambos sentimos y admitimos que en política éramos adversarios: ella proclive al comunismo y yo cada vez más impenetrable a la utopía marxista e inconforme con cualquier régimen que anule la libertad del individuo.

El sabio y bondadoso Monsieur Lafont no sólo no compartía las «ideas disolventes» de su hija, sino que las censuraba, sin acritud, tal era su ternura de padre, y prefería —me lo dijo— «tomar aquello por una veleidad sin consecuencias». Y vaya si las tuvo, muy dolorosas, como se verá en páginas posteriores de estas memorias, si es que llego a escribirlas.

Así queda explicado mi «distanciamiento». Alguna vez Renée venía, anunciando su visita por teléfono, a verme en mi pisito del Boulevard Malesherbes con pruebas de Flammarion en la mano. Y muy de tarde en tarde, o de noche en noche, cruzaba yo la plaza del Panteón y subía por la calle Clovis hasta esa altura de la montaña de Santa Genoveva —Rue du Cardinal Lemoine— donde estaba su casa. En más de una ocasión lo hice en compañía de Blasco Ibáñez, pues, pasadas las privaciones de la guerra, habían vuelto a ser suculentos y copiosos los *menus* preparados por Madame Lafont. Por aquella excelente señora a quien horrorizaban las «ideas» revolucionarias de su hija.

YO NUNCA ESTUVE SIN ESPAÑA EN PARÍS. LAS CENAS
 EN POCCARDI CON BLASCO IBÁÑEZ. LA MODESTIA DE
 UN PEQUEÑO Y GRAN MÉDICO ESPAÑOL. DONDE APA-
 RECEN VILLEGAS, BENLLIURE, GONZALO BILBAO,
 CLARÁ, EL DUQUE DE ALBA Y OTROS COMPATRIOTAS
 EGREGIOS*

YO NUNCA ESTUVE SIN ESPAÑA en París. Ni aun en los momentos más oscuros de la guerra, cuando flaqueaba mi fe en la victoria de los occidentales y me absorbía la redacción de mis artículos, en los que daba siempre «una nota optimista»; ni en las horas del triunfo, que en cierto modo me embriagaron —espiritualmente—, dejé de sentirme español y de vivir, en lo posible, a la española. No era yo un desterrado, sino, como entonces se decía, un «enviado especial» de un periódico de Madrid y colaborador en varios de Hispanoamérica, de cuya estilográfica fluían las palabras en español y a quien le bastaba un acto de su voluntad para retornar a la patria. Los lazos que me unían a París, mentales y sentimentales, no eran de acero, no me pesaban, no estaba yo en Francia, en aquella Francia doliente y combatiente, por obligación, sino por devoción. De modo que la nostalgia, la saudade o el *mal du pays* no influían en mi ánimo en modo alguno.

De otra parte, no siendo pocos mis amigos franceses, muy estimados, con ninguno hube de intimar, con ninguno, salvo con Renée, me tuteaba: el vos en Francia se resiste a transformarse en tú. Mis dos grandes amigos en París y en aquel tiempo, ambos compatriotas, pertenecían a profesiones muy diversas: uno era escritor y escritor famoso, con fama «que había traspuesto las fronteras y los mares», y el otro era un joven médico, demasiado joven para ser célebre, sin inclinaciones, como tantos colegas

* Capítulo VIII del tercer volumen de las *Memorias*.

suyos, a la literatura, y de una modestia tan grande que jamás le oí hablar de sus éxitos como cirujano, que eran notorios.

No sólo la profesión y el carácter, también la edad y la oriundez ibérica diferenciaban a estos amigos míos. El escritor, gran novelista, pasaba de los cincuenta. Era valenciano. El médico andaba por su quinto lustro. Había nacido en Madrid, de padres castellanos nuevos.

Si el lector ha leído páginas anteriores de mis recuerdos, habrá adivinado que el escritor era Blasco Ibáñez, nombre resplandeciente; y el médico Pedro Sáez, nombre que si no llegó a lucir no fue por falta de méritos, sino de ambiciones y por una ineptitud absoluta para la intriga.

Mientras duró la guerra y después, en las etapas del armisticio y de la Conferencia de la Paz, veíame frecuentemente con el autor de *La barraca*, ya entonces en la cumbre de su celebridad por *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Nos veíamos bien en su casa del barrio de Ternes —¡aquel Blasco Ibáñez todavía barbudo, en batín color sangre de toro, una catarata escribiendo!—, en la Maison de la Presse, en alguna cena *chez Renée*, pero sobre todo en el restaurante de su predilección, que era el de Poccardi, donde nunca permitía que yo pagase, a condición de que me atuviera a su «menú», que era siempre el mismo, italofrancés: una montaña de *spaghetti*, «*due côtelette milanese con molte patate*» (sic), un frasco de *chianti* y, por último, su pasión gastronómica, que era el mantecoso queso de Brie. Como si tal cosa consumía sus quinientos gramos. A veces nos acompañaba nuestra mutua traductora. Pero nos entendíamos mejor «los dos solos», hablando él siempre de sí mismo, en tal forma exuberante y pintoresca que yo le oía sin protestar, ni aun mentalmente, cuando su egolatría llegaba hasta el extremo de decir que él, con sus libros, «pesaba más en el mundo que España entera». No podía decirse que hablase mal de los escritores españoles, sus coetáneos, porque en realidad no los tomaba en cuenta. Acaso, por excepción, pronunciaba algunos nombres de novelistas como el coloso que se dignase mirar compasivamente a los pigmeos. Yo era uno de esos pigmeos, pero con trato de favor, pues alguna vez me dijo «que le gustaban mis escritos», y en varias ocasiones, a partir del término de la guerra, me aconsejó que me volviese a España a reanudar mi vida literaria.

No hay duda de que Blasco simpatizaba conmigo, desde aquella época en que yo, imberbe, iba a visitarle en Madrid, a su hotelito de la calle de Salas, próximo al final de la Castellana, en compañía de otros escritores juveniles, entre los cuales los más asiduos éramos Pepe Francés, Rafael Urbano, Pedro González Blanco y yo.

Por entonces —la época de *La borda* y *La maja desnuda*— Julio Camba «se había metido» con él, nada menos que en *El País*, de Catena y Castrovido, el órgano del partido de la República, y yo le había replicado a Camba con vehemencia. Mucho más tarde, allá por el año 16, Azorín publicó en *Abc* un artículo sobre Blasco, si no ofensivo, desdeñoso. Y a este artículo respondí yo, por tablas, en el propio *Abc* poniendo a Blasco por las nubes. Años más tarde, Azorín, pluma áurea, pero flexible, ha dedicado grandes elogios a su compatriota. Blasco Ibáñez tenía, pues, conmigo dos motivos de gratitud. Por eso, y porque nunca le llevé la contraria cuando hablábamos, siempre me demostró simpatía.

Creo que fue a fines del 17 cuando él terminó de escribir e hizo publicar en su casa editorial de Valencia *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Casi al mismo tiempo, una escritora norteamericana, Mrs. Charlotte Bresther de Jordán —no sé si recuerdo bien sus apellidos— nos escribió a entrambos proponiéndonos las traducciones de *Los cuatro jinetes* y de la única novela de la guerra escrita por mí, *De un mundo a otro*. Blasco no sólo recibió los 300 dólares de sus derechos de autor, ofrecidos por la traductora, sino varias centenas de miles más, pues su libro alcanzó en Norteamérica uno de esos éxitos «astronómicos» que sólo allí se producen. En cuanto a mí, todavía estoy esperando la respuesta de Mrs. Bresther. Mi novelita —altamente elogiada en España por Gómez de Baquero— debió de parecerle insignificante. Pero como entre mis pecados no ha querido Dios que figurase el de la envidia, mi fracaso, paralelo al triunfo de Blasco Ibáñez, no entibió los sentimientos amistosos que éste me inspiraba, ni mi admiración por su obra, que nunca fue la de un discípulo incondicional, sino la de quien apreciaba sus dotes de «colorista» y sus artes de narrador, pero que le hubiese preferido más cerca de Galdós que de Zola y menos elemental en la psicología de sus personajes. Pero entonces no hubiese sido Blasco Ibáñez.

Pedro Sáez y yo nos veíamos casi todos los días, y siempre que su trabajo no le obligaba a quedarse en el Hospital Español se reunía conmigo en algún *petit restaurant* o *chope* del barrio de la Magdalena. Como buen castellano era poco locuaz. No

sentía ninguna impaciencia por volver a Madrid. «¿Acaso —decíame— no es un pedazo de España nuestro hospital?» Y yo le respondía: «Naturalmente, y allí donde esté un español como tú está, no un pedazo de la tierra, sino un destello del espíritu de la patria.»

En cada español de los que durante la guerra estuvieron en París, bien en funciones diplomáticas, como corresponsales de nuestra prensa o de paso, veía yo uno de esos destellos o reflejos del espíritu hispánico. Un día de primavera, en Versalles, hallándome yo solo de remero en uno de los botecitos del Lac d'Amour, vi de pronto, en la orilla, unas barbas entrecanas caídas hasta el pecho, unos anteojos redondos, una manga hueca, todo un hombre escuálido y altivo, e hice como si no lo viera, pues se trataba de mi ilustre enemigo Valle-Inclán. Acompañábale el periodista Corpus Barga, corresponsal de *El Sol*.

Otro día, por la tarde, conforme viajaba yo en el Metro, vi en una de las estaciones, sentado —porque en el ferrocarril subterráneo de París había, y sigue habiendo, bancos en las paradas, comodidad de que no disfrutamos en Madrid—, al que era ya uno de los escritores perínclitos de España. Iba de boina y vestido de oscuro. Estaba allí inmóvil, viendo pasar los trenes, observando, sin el monóculo de su juventud, que britanizaba su semblante, y con un paraguas entre las piernas que no era precisamente rojo. Ya habrás reconocido, lector, a Azorín. No habría de volver a verle hasta mi regreso a España, pero antes leí los artículos en que recogía sus impresiones del París bombardeado, que luego reunió en un libro, sutil y original como todos los suyos.

Otro gran escritor nuestro que visitó aquel París dolorido, pero no plañidero, fue Gregorio Martínez Sierra, francófilo apasionado, que más tarde esperaba del ingenuo Kerenski la redención del mundo y casi casi se volvió comunista, pero que entonces presenciaba conmigo, desde la terraza del Café de la Paix, el desfile de las tropas aliadas, y el «Sambre et Meuse», el «Chant du départ», «La Marsellesa» y el «Tipperary» le enternecían.

Nunca tomé en serio el marxismo de Gregorio. Lo que siempre me importó fue su talento, su pasión por el arte, su «buen gusto», sus actividades de «teatrólogo» y editor, sin andarme a discutir si era María o era él el autor de las comedias que se representaban con su nombre. Mi amistad con Martínez Sierra no conoció eclipses, y

se hizo más cordial en Buenos Aires, entre los años 37 y 48, porque allí sí que nos hermanaba la saudade de la patria.

También pasaron por el París de la guerra otros compañeros y amigos, como Federico García Sanchiz, que no tardaría en ser el creador de un nuevo género de la oratoria, inimitable, porque suyo es el secreto; Francisco Serrano Anguita, futura gloria de nuestro periodismo y nuestra escena; Fabián Vidal, que recorrió todos los frentes aliados de la campaña y cuyas crónicas, escritas «en aliadófilo», pero sin denigrar al enemigo, fueron las mejores publicadas en nuestra prensa; el precoz Manuel Aznar, maestro de periodistas antes de los veinte años, y algunos más que ahora escapan a mi memoria.

Pero sí recuerdo vivazmente, «como si lo tuviera delante», al gran Ramiro de Maeztu, que desde Londres llegaba de tiempo en tiempo a París para recorrer los frentes francobritánicos y transmitir sus impresiones a *La Correspondencia de España* y *La Prensa* de Buenos Aires. A mí Maeztu, medio inglés, me parecía, por sus ojos claros y su indumentaria —*jaquette* y chistera— un íntegro inglés, aunque luego hubo de verse que nadie le ganaría en lo de sentir y querer a España hasta el martirio.

Concluida la lucha y entreabiertas las puertas de París por el armisticio, ¡ay, Señor!, no fueron pocos los españoles que se precipitaron a franquearlas. Unos, admitiendo la posibilidad de emprender o reanudar algún negocio más o menos lícito; otros por el deseo de ver «cómo había quedado París después de los horrores de la guerra»; algunas damas de alto copete, o nuevas ricas, para ser las primeras en adquirir los modelos de los grandes modistos y lanzar en España el *dernier cri*, y algunos señores importantes con el propósito de demostrar su adhesión desde un principio a la causa de los aliados, como fue el caso del conde de Romanones, no sé si antes o después de la crisis del 6 de noviembre, con que se disolvía el Gobierno de Concentración Nacional, presidido por Maura y en el que regentó dos ministerios don Álvaro.

Romanones fue recibido por las autoridades francesas como correspondía a su doble condición de primer aliadófilo y de presidente del Consejo de Ministros de la «nación hermana», que él había hecho todo lo posible porque interviniese en la guerra. Le vi entrar en el Elíseo y escuché declaraciones suyas a los periodistas en uno de los hoteles de la calle de Rivoli. No me honraba yo entonces con su amistad, lo que acon-

teció más luego con recíproca simpatía. En mis artículos de *La Voz* comenté alguno de sus libros histórico-aneecdóticos, que son realmente interesantes.

España se manifestó en París por aquel tiempo en una de sus expresiones más puras y universales, sin perder nada de su esencia propia. Me refiero al arte, pero no al arte literario, que ha de vencer los obstáculos de la pluralidad de lenguas, sino a ese otro arte que no exige ser traducido, que entra por los ojos, que es la pintura, como la música entra por los oídos. ¡Felices los Velázquez y los Beethoven que no pueden ser «traicionados»!

Así, pues, durante varios días, en la primavera de 1919, mientras se pintaba en el Quai d'Orsay el cuadro del tratado de paz, a cuya exposición (nada más expuesto a desaparecer que un cuadro de tal género) asistiríamos en Versalles, llegaron a París varios ilustres pintores y escultores nuestros, en compañía de un altísimo aristócrata tan famoso por sus títulos nobiliarios como por sus devociones artísticas, para organizar y presentar una exposición de pintura y escultura españolas en las salas del Petit Palais.

Recuerdo nombres: el duque de Alba, Mariano Benlliure, José Villegas y Gonzalo Bilbao. Clará y Beltrán y Masses tenían sus estudios en París. Salvo el duque, a quien conocí entonces, yo era amigo de todos ellos, principalmente de Mariano Benlliure. Todavía me pregunto por qué representé yo un papelito en aquella exposición memorable, pues, sin solicitarlo, vine a ser algo así como su cronista oficial para España y miembro de la comisión organizadora. Debió de ser ocurrencia de Benlliure. Yo cumplí mis deberes de cronista enviando artículos a *La Correspondencia de España* y a *Nuevo Mundo*.

Antes de la inauguración celebraron aquellos señores un almuerzo «para cambiar impresiones», en el restaurante Marguery. José Clará, Federico Beltrán y yo figuramos entre los comensales. Todos reconocimos la exquisitez del famoso lenguado de la casa, saboreamos vinos y un champaña selectos, y para los fumadores hubo cigarros legítimos del Hoyo de Monterrey.

El más viejo de aquel grupo de artistas era don José Villegas, pintor ya histórico y «de historia» profana y religiosa. No recuerdo si antes o después de la exposición del Petit Palais apareció en París con los grandes lienzos de su *Decálogo*. Era su despedida de la vida y de su arte, más decorativo y anecdótico que hondo. Murió en Madrid,

a los setenta y tres años, y casi al mismo tiempo que Pradilla, dispar amigo suyo en el concepto de la pintura. Mariano Benlliure era todavía «relativamente joven»: no llegaba a los sesenta años, seguía muy ágil y su sombrerito redondo y flexible de fieltro negro cubría en la calle su cabellera rizada, que comenzaba a encanecer. Con ese sombrerito, sus patillas y su chalina era la suya, según dicen en Francia, *une tête d'artiste*, como si no las hubiera sin pelo y con bombín. Gonzalo Bilbao le llevaba un par de años a Benlliure. Ya no era el del retrato que le hizo Ramón Casas, con su barba y su bigote negros, sino un señor afeitado y miope, más bien triste, como si toda la luz de sus ojos y todo el ángel de su espíritu sevillano se hubiesen quedado en sus lienzos.

El duque de Alba, decimosexto de este título —don Jacobo Stuart James y Falcó— y noveno de Bervick, era el más joven de los cuatro comensales o columnas de aquel almuerzo *chez* Marguery. Pasaba apenas de los cuarenta años y era, como es lógico por su ilustre prosapia, senador por derecho propio y figuraba ya en dos Reales Academias: la de la Historia y la de Bellas Artes. Sospecho que a su mecenazgo generoso se debería una buena parte del brillo de la exposición española del Petit Palais, que originó grandes gastos.

Clará era, poco más o menos, coetáneo del duque. Beltrán y Masses, con sus treinta y tres años entonces, y yo con mis treinta y cinco exuberantes, éramos los más jóvenes de los concurrentes a aquel ágape íntimo, al que sucederían banquetes oficiales, con nuestra representación diplomática y autoridades, escultores y pintores franceses *médailleurs* luciendo la cintita o la roseta de la Legión de Honor.

Pocos días después, en la primavera de París, más bien tenue de luz, Goya deslumbraba y fascinaba al público. Y con él, en noble fila, y cada cual con su antorcha o su estrella, otros pintores y escultores de España, mensajeros de su arte y de su genio.

EL REY Y PÉTAIN EVOCAN LA BATALLA*

[...]

NO SÉ SI ANTES O DESPUÉS de la firma del Tratado de Versalles —lo que importa no es la fecha, sino el hecho— España vino a Francia en la persona de su rey. Nadie ignora que a los franceses les gustan los reyes, aunque en ocasiones los manden a la guillotina. Son famosos los recibimientos que ha tributado París a emperadores, zares, sultanes, shaes y rajas, a todos los cráneos coronados que, junto a las chisteras de los presidentes, han hecho el clásico desfile por los Campos Elíseos.

Alfonso XIII no tenía un puente sobre el Sena como Alejandro III de Rusia, ni avenidas o calles como Jorge V de Inglaterra, Alberto de Bélgica y otros soberanos, pero, en general, contaba con la simpatía de los franceses a partir de aquella tarde de mayo, en 1905, cuando, según la frase que salió de sus labios, recibía «su bautismo de sangre» en la calle de Rohann. La bomba que arrojaron contra el coche en que iba con el presidente Loubet no hizo blanco: hirió a algunos coraceros de la escolta, pero la actitud de don Alfonso fue serena, gallarda y «elegante». Y París, tan sensible a los *beaux gestes*, la aplaudió sin reservas.

Otras veces estuvo en París, de incógnito, el rey de España. El viaje a que voy a referirme no sabría decir hasta qué punto fue oficial, pues no recuerdo recepciones en el Elíseo ni en el Hôtel de Ville. Sólo supe de la presencia del rey en París por un aviso de nuestra Embajada significándome que yo, en nombre de *La Correspondencia de España*, figuraba entre las personas que acompañarían a Su Majestad en su visita a Verdún. Es de suponer que no fui yo el único corresponsal testigo y cronista de aquel episodio, pero no hago memoria del nombre de ninguno, y acaso se me concediese el honor de la «exclusiva» por ser *La Corres* el diario más ostensiblemente aliadófilo de España.

* Capítulo ix del tercer volumen de las *Memorias*.

Ello es que una mañana me vi en uno de los compartimientos del mismo tren en que don Alfonso, acompañado por Quiñones de León, el agregado militar coronel Benítez y otros miembros de la Embajada, se dirigía a la «ciudad mártir», donde le esperaba el mariscal Pétain.

Los actos benéficos de Alfonso XIII durante la guerra, ayudando con su peculio al sostenimiento del Hospital Español en París, y colaborando con la Cruz Roja en el canje de prisioneros y las atenciones sanitarias que éstos recibían, eran recordados con gratitud por los franceses, aunque algunos hubieran preferido —porque cuando arde nuestra casa todo auxilio se agradece— que Romanones y no Maura y Vázquez de Mella hubiesen influido en el ánimo de don Alfonso hasta arrastrar a su país a la guerra.

Esta opinión no la leí en ningún periódico, pero la oí en el propio Verdún, a la salida de la estación improvisada sobre las ruinas de la que destruyeron los cañones del Kromprinz. Y fue que al cruzar los umbrales don Alfonso, a la derecha de Pétain, y después de revistar las tropas que le rindieron los honores, alguien del grupo de curiosos, militar o paisano, dijo entre dientes: «*C'est maintenant qu'il vient!*». No tuvo eco la frase murmurada, ni tampoco se escucharon aplausos. Todo se producía en silencio, de acuerdo con la situación, que no era la entrada en una ciudad viva y más o menos dichosa, sino en una ciudad muerta. Porque de Verdún sólo quedaban, por decirlo así, los huesos: la línea entre escombros de alguna calle, tal trozo de pared casi a ras de tierra, el esqueleto desperdigado de una ciudad.

Yo había estado en Verdún, durante la batalla, dos veces. La había visto agonizar y morir, con esa muerte de las ciudades que puede ser seguida más o menos pronto de una resurrección. Lo que no ocurre con la muerte de los hombres, a no ser por la gracia divina y los milagros. Entonces, cuando la visitó Alfonso XIII, no había habido tiempo siquiera para pensar en reconstruir Verdún. Por lo pronto, no era sino un montón de ruinas y un cementerio enorme, cuyos osarios mayores estaban en los fuertes derruidos de Vaux y de Douaumont.

Sobre este último, precisamente, escuchó Alfonso XIII la explicación de la batalla por el hombre que la había ganado. Tenían delante el panorama de las riberas, las alturas y los bosques arrasados del Mosa. Pétain, rígido, explicaba los episodios del ataque alemán y de la resistencia, al fin victoriosa, de los franceses. El rey seguía con la

mirada el índice tendido del mariscal que parecía apoyarse en un nombre, o ahondar en algún elemento de aquel paisaje sin más vida que la del río de aguas oscuras y calmosas, como si respetara la desolación de aquella tierra que pronto volvería a fertilizar.

Era una mañana gris, no fría ni lluviosa: triste. Las figuras centrales de aquel cuadro viviente —que jamás encontraría su pintor, como tantos de la Historia, que luego inventan los artistas a su antojo—, los actores de aquella escena, que no sé si fue captada por algún fotógrafo, ofrecían un contraste bien visible por la actitud y por la raza. Blanco y sonrosado uno de los semblantes, cetrino el otro. Regulares las facciones de éste, marcadas las de aquél por un ligero prognatismo. Una mirada azul y lenta, y la de unos ojos pardos, profundos, inquietos y brillantes. Pero ambas figuras majestuosas: la del rey joven «en su papel», con naturalidad sin afectación; la de Pétain, no tan sólo por la aureola de su victoria, sino también por su apostura, por su pie firme en la linde de la ancianidad, como si quisiera aplicarle a sus años —más de sesenta— el «¡No pasarán!» de sus soldados en la defensa de Verdún.

¡Qué español Alfonso XIII! ¡Qué bien en aquella hora y en aquel fondo «negro» para que lo pintase Solana! Pétain pedía un pintor flamenco: digamos Franz Hals.

El rey no sólo escuchaba. También interrogaba. Y hubo un momento en que hilvanó algunas frases, en correcto francés, para demostrarle al mariscal que le había entendido y se llevaba una impresión perfecta de la batalla, la «que le hubiese gustado presenciar». Dijo que la había seguido, desde Madrid, con los mapas y planos a la vista. Y como entrase en algunas explicaciones técnicas, Pétain, poco risueño, sonrió a fable y le dijo:

—*Majesté, vous avez suivi la bataille aussi bien que moi.*

A lo que repuso don Alfonso, en excelente francés:

—*Mais c'est vous, Maréchal, qui l'avez gagnée!*

Y fue de este modo como, si no en la hora bélica, en la del respeto y la admiración por sus héroes, estuvo representada España en Verdún por el más encumbrado de sus hijos.

AQUEL TRANSEÚNTE SOLITARIO. LA UTOPIA DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES. VUELVO A ESCRIBIR NOVELAS. MI ADORADO SIGLO XIX. QUISIERON MATAR A CLEMENCEAU*

ENTRE UNA MUCHEDUMBRE de corresponsales, políticos y burócratas asistí en junio del año 19 a la firma del Tratado de Versalles. De haberlos visto tantas veces en la Sala del Reloj del Quai d'Orsay, durante su faena de tejedores para urdir lo que alguien llamaría la «Túnica de Neso de Alemania» —en que no llegó a abrasarse el Hércules teutónico—, sabíame de memoria, por fuera, a los firmantes de las naciones vencedoras. No así a los de Germania vencida, que fueron el conde de Brockdorff-Ratzau, los doctores Landsberg, Schucking y Melchior, el ministro Giesberts y el presidente de la Asamblea Nacional Prusiana, Leitnez. Cinco cuerpos enlevitados, cinco rostros que me parecieron impasibles, cinco manos que no temblaron al firmar.

Escribo estas líneas en el invierno de 1955, a los treinta y seis años de la firma de aquel pacto, que entonces, dada mi parcialidad aliadófila, no me pareció leonino. Y la verdad, no me siento con ánimos para revolver sus cenizas.

Lo advenido después, en estos siete lustros —Hitler, Stalin, Mussolini, Roosevelt, nuestra tercera guerra de independencia, la segunda mundial, la de Corea, la fría, amasada con las nieves de Rusia, la bomba atómica, las convulsiones sociales de Iberoamérica—, es tan complejo y tremendo que exige la ecuanimidad de los grandes historiadores, a lo Tucídides y lo Tácito, y alguno existe contemporáneo, como Toynbee, para advertir entre las tinieblas del cuadro las luces tenues de la esperanza en un mundo mejor, que no será mejor mientras los hombres se obstinan en vivir separados por sus odios y rivalidades de razas y en no reconocer y acatar las normas del Decálogo.

* Capítulo x del tercer volumen de las *Memorias*.

Alguien hubo entonces que tenía fe en sus semejantes, e imaginó posible un mundo asociado o hermandad ecuménica en los que cualquier conflicto entre las naciones se resolvería sin recurrir a las armas, por medio de la más generosa jurisprudencia. Este personaje, que tanto significó en aquella época —como que de él procede que la cumbre política del mundo haya dejado de ser europea— es un gran olvidado. Pasan inadvertidos los aniversarios de su muerte. Pero yo, que le admiré, como admiro a todos los hombres «de buena voluntad», voy a recordarle en esta página, evocando antes su aspecto físico que su figura histórica.

Lo más notable de su rostro era la sonrisa, una sonrisa ancha que descubría casi todos sus dientes. Pero no una sonrisa móvil y un tanto frívola, reveladora de un carácter jovial y superficial, sino una sonrisa grave y uniforme, sin paradoja, seria.

La expresión de la sonrisa depende sólo en parte de los músculos de la cara. En ningún gesto humano interviene tanto el espíritu como en la sonrisa, que recorre toda la escala de los sentimientos. La de este hombre era «única», sin matices, siempre igual, mecánica. Con ella había entrado en París y recorrido, chistera en mano, la avenida de los Campos Elíseos, donde una multitud entusiástica, contenida por los soldados en línea militar, amontonada en los balcones y trepada a los árboles, prorrumpía en vítores y aplausos en su honor. Rígido, fino, frío, espejeando al sol de otoño sus lentes y su sombrero de copa, el personaje no acertaba a renovar su sonrisa. Con la cual, más tarde, en noviembre de 1919, y en cierta sala —no de las más espaciosas y lujosas— del palacio del Quai d'Orsay, leyó el artículo de su «gran proyecto» que no era otro que el de la fundación de la Sociedad de las Naciones. Con la cual, en las conferencias que precedieron a la firma del Tratado de Versalles, volvió a leer sus «catorce puntos». ¡Catorce puntos de sutura en el cuerpo malherido de la pobre Europa! Y con la cual se despidió un día de París, rumbo a Washington...

Era —el lector lo ha reconocido— Woodrow Wilson, el presidente de los Estados Unidos; el estadista mejor intencionado y más soñador y candoroso de todos los tiempos. Nada queda de su obra. Ya, al lado de la suya, la sonrisa de Poincaré —su compañero de coche en los desfiles triunfales— revelaba escepticismo, y la de Clemenceau, que sonreía a sus horas, cierta mofa.

Pero el buen pueblo de París no imitaba al Tigre. Creía en la panacea wilsoniana. Y Wilson fue uno de sus ídolos. El antiguo profesor, convertido en el «artífice de la

paz», en el «apóstol de la justicia», gozó de una popularidad inenarrable, que se transmitía a su esposa, una dama bella y algo gruesa, que renovó su vestuario en las grandes casas de la Rue de la Paix e hizo subir el precio de las rosas, los claveles y las violetas de la Costa Azul.

Yo me contagié y fui uno de los panegiristas del presidente Wilson. Mis funciones de corresponsal me facilitaban la visión próxima y frecuente del estadista norteamericano. Le veo y le escucho desgranar, como las cuentas de un rosario ideológico —y utópico—, los artículos del *Convenant*, en aquella sala poco espaciosa del Quai d'Orsay, que al conjuro de su voz monótona y solemne se trocaba en un templo.

Le veo y le sigo con la mirada al salir de sus debates a puerta cerrada con el nervioso y sonrosado Lloyd George, con el macilento y violento Clemenceau, con el melencólico Orlando, el melancólico Sonnino, el severo Foch, el enigmático Benes y el séquito de secretarios, traductores e intérpretes. Puedo contemplarlo en el Elíseo y en el Hôtel de Ville, en los agasajos y honores que con él comparte la dichosa y florida Mrs. Wilson.

Una vez y otra describo su figura corpórea y ensalzo su «misión histórica, de hombre providencial» en artículos que ven la luz en Madrid, en La Habana, en México, en Buenos Aires. Todos respondían a una ilusión —y a una emoción— del momento. Y no es mi propósito en estas líneas despojar a Wilson de su aureola de entonces, que de ello ya se encargó Clío, la musa inexorable.

Al contrario. Pláceme evocar su figura en la hora propicia y en su última apoteosis. Porque fue un hombre de buena fe y uno de esos ilusos de la concordia humana —como Briand— que no fracasan sino por exceso de confianza en sus semejantes. Eludo, pues, el análisis de la obra política de Wilson, erigida sobre las arenas de la ilusión. Y de la incompreensión de las realidades europeas.

Un día, al atardecer, cruzaba yo una de las calles de Passy, por su sector aristocrático, el que atraviesa la avenida Henri Martin y está próxima al Bois. Una calle de hoteles suntuosos, de fachadas claras, de palacios con verjas que sostienen una corona y al través de las cuales se descubre un estilizado jardín. Y de una de esas casas salió, solo, un caballero bien trajeado, de estatura aventajada, con un abrigo oscuro y un sombrero de fieltro. Parecióme que era el presidente Wilson. Mas ¿era posible que anduviese solo y a pie, sin escolta, sin chistera, sin su secretario y su médico, que

le seguían como su doble sombra a todas partes? Misterio. El asombro y la duda me incitaban a mirar al desconocido con una de esas miradas que equivalen a una interrogación.

Y una sonrisa amplia, fina y fría me probó y demostró por manera inequívoca que aquel transeúnte solitario era Wilson. ¿De qué casa salía? ¿Adónde se encaminaba el «árbitro» del mundo? Todavía lo ignoro y lo ignoraré siempre. Tal vez no era que anduviese solo. Sino que ya entonces comenzaban a dejarlo solo... A solas con sus ilusiones y del brazo de su quimera de la paz.

No sigo, bien se ve, un orden cronológico en mis recuerdos. Entre la firma del Tratado de Versalles y la lectura por Wilson de su proyecto de la Sociedad de las Naciones pasaron cinco meses. Durante ellos mi vida privada en París fue apacible y venturosa y me permitió reanudar la composición de una novela que tenía abandonada desde el año 15. También pude planear otra para las colecciones de Martínez Sierra, ver editadas o reeditadas algunas de las traducidas por Mlle. Lafont. Así, pues, «volvía a sentirme novelista». Pero, la verdad, gustábame más leer que escribir. Aparte la tarea diaria, apresurada, de los artículos, mi literatura novelesca iba despacio. Entonces podía hacerlo. Ganaba lo bastante con mis trabajos periodísticos para permitirme ese lujo, del que gozan los escritores ricos o que poseen una renta suficiente como Flaubert. ¡Ay, qué habría sido de *Madame Bovary* despachada en unos meses como cualquiera de las novelas de Jorge Ohnet! Lo que no quiere decir que todas las escritas *calamo currente* sean malas o mediocres, pues allí están para demostrar lo contrario las siempre geniales de nuestro inmenso Galdós.

En consecuencia, dedicaba muchas más horas a la lectura de los libros ajenos que a la composición de los propios. Leía más a los clásicos que a los modernos, y menos a los contemporáneos. Ni aun durante la guerra habían cesado los escritores y editores de acrecer el caudal de las letras francesas. Raro era el día sin libro nuevo. A mí los libros nuevos, recién salidos de las manos del impresor, me han parecido siempre fruto en agraz. Son muy pocos los que no se malogran. De ahí que los abra, si el tema y el autor me atraen, con cierta desconfianza, no vaya a resultar que sólo tienen cáscara. Algunos, muy contados, «traían algo dentro». Predominaban las novelas de la guerra, que yo solía pasar por alto, porque, en cierto modo, yo también «había he-

cho la guerra», y seguía escribiendo sobre sus resultados y, en realidad, *j'en avais assez de la guerre*, como cualquier *poilu*.

Volví a leer a los románticos franceses, a los naturalistas templados como el amable Daudet, Alfonso, la antítesis de su áspero hijo, León. A los parnasianos y los simbolistas. A los moralistas, a fondo, y a los filósofos «por encima», pues a unos no los entiendo, otros me fastidian y raro es el que me consuela.

No todo era leer. Iba al teatro. Y más que al teatro, porque rehuía en lo posible las obras amargas de François de Curol y las tenebrosas de Lenormand, al *music-hall* y el cabaret, prefiriendo la frivolidad de Mistinguette a los estertores de la voz de oro de «la grande Sarah» y los gemidos de Réjane en alguna de las obras plañideras de Henri Bataille, el cual, con su tocayo Bernstein, había vuelto a la carga más impetuoso que antes. A propósito de Henri Bataille recuerdo haberle oído en el café Napolitain, en la tertulia de Gómez Carrillo, este *calembour* a Ernest Lajeunesse, que no hablaba, sino que graznaba: «*Je crois que, finie la guerre, il n'y aura plus de bataille*». Pero sí las hubo. A las batallas escénicas del autor de *La marche nuptiale* sólo puso término su muerte, en 1922.

En la Comedia Francesa, la Casa de Molière, más que éste, Corneille, Racine y Rotrou, tan leídos y oídos, me interesaban entonces los dos Dumas, Augier y Pailleuron: siglo XIX, el de mi infancia y adolescencia, que me gusta infinitamente más que aquel en que fui joven y me he ido haciendo viejo: este siglo XX, tan bárbaro, tan bélico y tan contradictorio, que por un lado —el de la nueva terapéutica— nos alarga la vida, y por otro —el de la guerra mecanizada y «atomizada»— nos la quita, y no hombre a hombre, sino como a minúsculos insectos, por miríadas de hombres.

Yo había aprendido la mejor lección de la filosofía estoica, que consiste en no sufrir por aquello que no está en nuestra mano remediar. Aun para los santos la misericordia tiene sus límites. Seguían siendo en el mundo, no obstante el término de la guerra, muchos los motivos de aflicción. Yo recordaba esta frase de Amiel: «*J'ai trop mince l'épiderme du cœur*», y hacía todo lo posible por endurecer mi corazón, por hacerlo insensible y como refractario a lo que no lo tocara de cerca. Así, pues, las noticias de los fusilamientos de rusos blancos por los rusos rojos, de las algaradas san-

grientas en los Balcanes, de tal atentado contra cualquier ministro de remoto país, tan pronto eran leídas como olvidadas, mientras que lo que ocurriera en Francia, y particularmente en París, me impresionaba, en un sentido o en otro, con esa oscilación ineluctable del alma humana entre el gozo y el pesar.

Y vienen a cuento estas reflexiones, de una filosofía que llamaré «de bolsillo», porque algo ocurrió en París por entonces que me produjo tanta indignación como tristeza. Y fue que habían querido matar a Clemenceau, el llamado «Padre de la Victoria», que, como Marco Tulio, hubiese merecido también el sobrenombre de «Padre de la Patria».

Hallábame yo en mi gabinete, con un libro en la mano, cuando sonó el teléfono y una voz femenina, entrecortada, me dijo: «*Tu ne sais pas? Quelle horreur! On a voulu tuer Clemenceau!*». Con una voz semejante, en agosto del 14, en San Sebastián, me había dado Renée la noticia del asesinato de Jaurès. ¡Asombroso espíritu el suyo, que así lamentaba la muerte y el roce de la muerte en dos hombres tan distintos! Ella, socialista y ya «casi comunista», lloraba a la sola idea de que la bala del ácrata Cottin hubiese hecho blanco en la nuca de Clemenceau, como en la de su otro ídolo, Jaurès.

Pero las balas, cuatro o cinco, de la pistola de Cottin dieron en la trasera del automóvil del Tigre, y sólo una, ya sin fuerza, le tocó en la espalda. Renée quiso que la acompañara a dejar tarjeta en el domicilio de Clemenceau. Algunas personas pensaron, y periodistas escribieron, que Cottin había obedecido órdenes de Moscú. Otros que era sencillamente un loco. Él no dijo nada, porque los agentes que lo detuvieron le quitaron con sus porras el habla.

Escribí un artículo lleno de reflexiones sobre «los crímenes del anarquismo», aludiendo a Cánovas, que tuvo menos suerte que Clemenceau. Y a Canalejas, que perdió la vida por su afición a los libros y su democrática costumbre de andar a pie. Cuando le hicieron la primera cura, el Tigre no lanzó un rugido, sino una carcajada y un chiste de los suyos:

—*Il m'a raté ce cochon là!*

ENTREVISTA CON MASARYK. REFLEXIONES SOBRE EL
COMUNISMO*

[...]

MI ENTREVISTA CON EL insigne Masaryk la narré en un par de extensos artículos para *La Correspondencia de España* y *La Nación*, de Buenos Aires. De este último tengo a mano un recorte, del que reproduciré los párrafos que me parecen más substanciosos y que dicen así:

«Uno de los primeros sabios de Europa, Tomás Garrigue Masaryk, dirige desde la cuna los destinos de su Bohemia natal engrandecida, convertida territorialmente en una gran nación, pero rodeada, cercada por otros pueblos mayores, entre ellos Rusia. Los rusos viven, sufren, exprimen ahora el segundo año de su “transformación”. Es la autocracia de Lenin».

Mi curiosidad más viva en Praga, y lo que me había traído a ella, era el conocer la actitud política y la postura mental de Masaryk ante el pleno triunfo del marxismo en Rusia. No de pie, con solemnidad y disimulada impaciencia, como suelen recibir a los periodistas los jefes de Estado, sino sin prisa y sentados frente a frente, transcurrió mi diálogo con Masaryk —diálogo de preguntas concisas y respuestas terminantes.

El presidente, yo diría mejor el padre de Checoslovaquia, cumplirá pronto sus setenta años, pero no los representa. Su tipo es plenamente universitario. Bigote blanco, perilla blanca, lentes de oro prendidos a la nariz recta y fuerte, manos expresivas, pero que accionan con lentitud, que no se estremecen nunca como las de Clemenceau. Yo diría que Clemenceau, casi octogenario, sigue siendo un hombre de barri-

* Capítulo XII del tercer volumen de las *Memorias*.

cada, y Masaryk un hombre de cátedra. Pero claro está que también se lucha y se ganan batallas desde las cátedras. ¿Qué otra cosa ha hecho Masaryk?

Al fin le hago la pregunta que me tiembla en los labios: «¿Cree Su Excelencia en la propagación del bolchevismo a toda Europa?». Y he aquí su respuesta: «Yo no soy marxista. No comparto las ideas de Lenin sobre la organización social del mundo de mañana. No creo que la vida del hombre dependa sólo del factor económico. La vida es plural y el marxismo es una unidad cerrada, absoluta. Si yo tuviera fe en el resultado venturoso del experimento marxista, después de la paz separada de Rusia con los imperios centrales, no hubiese permitido que los soldados checos se batieran en los campos de Francia y por el ideario occidental. Rusia es Oriente, mucho más Asia que Europa. En el tiempo, y no obstante sus grandes escritores y artistas, Rusia sigue enclavada en el siglo XVI. La pasividad, la inercia, la incultura, el *nitchevo* de sus masas ha permitido allí lo que en otras latitudes europeas hubiese sido imposible. Imposible, preciso, de transportarse con garantías de éxito. El bolchevismo es, no lo olvide, un fenómeno específicamente ruso, pero, ¡ay!, un fenómeno contagioso, porque su punto de partida, que es la quimera de la igualdad humana, resulta seductor y ejercerá sobre los espíritus jóvenes o simplistas una gran influencia. Ese vivir edénico que el bolchevismo promete, ¿para cuándo?, para después de todos los sacrificios, todas las crueldades y todas las catástrofes, ilusionará a cuantos creen factible perfeccionar la sociedad antes de mejorar al individuo. Así, pues, la Rusia marxista tendrá adeptos e imitadores, no sólo en Asia y Europa, sino en todo el mundo. Mas fíjese bien en esto: esas imitaciones no serán duraderas, fracasarán en definitiva, pero no sin producir convulsiones tremendas. La fiebre roja la sufrirán algunos pueblos, bastantes pueblos, y una vez remitida esa fiebre encontrarán la salud con una fórmula que no acierto a definir ahora, pero en la que estará presente lo que es la médula misma de los pueblos: el sentido y el sentimiento nacionales. En una palabra —y tras sus lentes y bajo su bigote blanco sonrió Masaryk—, el bolchevismo es una planta de flores de apariencia bella, pero ponzoñosas. Del socialismo yo sólo acepto lo practicable, lo que no pugna con la naturaleza humana y lo que sea compatible con la personalidad de mi nación. En esto mi conformidad es absoluta con Federico el Grande: no creo en ninguna doctrina ni régimen político que anule en los hombres las características de su raza, que haga de un sajón un eslavo o de un latino un germano».

Así me habló Masaryk en el verano de 1919. Y yo rememoro en el invierno de 1955 sus palabras, que muy pronto, y por desgracia para la civilización, la moral y la cultura del Occidente cristiano, adquirieron un valor profético. Del mal ruso, del cáncer soviético, se contagiaron rápidamente, con mayor o menor encono, Hungría, Italia y Alemania. ¿Quién no recuerda la atroz dictadura marxista de Béla Kun en la nación magiar? ¿Y el movimiento Spartacus en Alemania, dirigido por Liebknecht y Rosa Luxemburg? De las sacudidas sociales de Italia a fines de aquel año 19 fui testigo presencial. Era una Italia en disolución. Se incautaban los obreros de las fábricas —como después en Francia—, se producían huelgas ilegales a cada paso y, en general, la atmósfera era la de un país en vísperas de una revolución semejante a la rusa. También Portugal pasó su Cabo de las Tormentas.

Había de ser España quien, por un conjunto de circunstancias políticas dolorosas, sufriese más terriblemente que nadie el martirio, la vivisección —por así decirlo— del experimento ruso. No lo creía, no lo esperaba yo así al escuchar las advertencias de Masaryk.

Supuse —¡error profundo!—, al advenir la República, que España había encontrado también «su fórmula». Nació la República de una manera pacífica, y aunque muy pronto aparecieron los síntomas de la demagogia y la anarquía, pudo pensarse que el «instinto de conservación nacional» diría la última palabra. No fue así. Que los socialistas afectos a la Tercera Internacional y todos los elementos anárquicos del país quisieran desnaturalizar la República y aprovecharla para sus designios de la lucha de clases no podía sorprender a nadie que poseyera algún sentido de la realidad. Pero que los republicanos, aunque se llamasen de izquierda, coadyuvaran a la revolución social, ¿quién hubiese podido admitirlo? Lerroux, el más sensible de los republicanos españoles, lo temió, lo previó. Y por eso, con su retirada del poder y su ostracismo voluntario de dos largos años, denunció el riesgo de proseguir la alianza socialista-republicana, que consolidó Azaña abrazándose a Prieto en el mitin histórico del Frontón central.

Aún pudo creerse en la frustración de la maniobra revolucionaria. El aplastante triunfo de los partidos conservadores y moderados en las elecciones del 33 autorizaba este optimismo. Pero desde entonces interviene como un injusto maleficio para España la política equivocada del presidente Alcalá Zamora, quien con sólo proceder

constitucionalmente en diciembre de 1935, entregando el poder al grupo más numeroso de la Cámara, hubiese evitado los horrores de la revolución y de la Guerra Civil. Tremendas la responsabilidad de Alcalá Zamora, la del nefasto Portola Valladares, la de Azaña, la de Martínez Barrios, la de todos los jefes de los grupos y subgrupos republicanos que no supieron dotar a aquel régimen de una contextura española.

Los vaticinios de Masaryk habrían de cumplirse en nuestra patria en sus dos tiempos: el del martirio y el de la redención. Se me han ido la mente y la pluma a estas reflexiones, porque no es posible navegar por los ríos del recuerdo sin que los invadan y revuelvan los torrentes de lo actual. Y lo actual, lo temiblemente actual, sigue siendo el comunismo imperialista ruso, ya se llame el autócrata de Lenin o sean sus jefes los albaceas de este último.

Pero estábamos, lector, en agosto de 1919 y en la no «alegre y confiada», pero sí hospitalaria y bellísima ciudad de Praga, de la que me queda no poco y bueno que contarte.

[6]

EN MADRID, OCTUBRE DE 1919. MI CONFERENCIA EN
EL ATENEO EN CONTRA DEL COMUNISMO. UNA *CLAUQUE*
AMISTOSA. RÁPIDA DISCUSIÓN CON MARTÍNEZ SIE-
RRA. EL PANORAMA POLÍTICO DE ESPAÑA SEGÚN MI
PADRE*

DESPUÉS DE ASISTIR EN LAS DOS Cámaras francesas a la aprobación, por una mayoría «abrumadora» de votos, del Tratado de Versalles, lo que equivalía al mayor triunfo parlamentario de Clemenceau, realicé uno de mis viajes relámpago a Madrid con el doble propósito de ver a mi familia y dar una conferencia en el Ateneo «sobre y contra el comunismo».

No hubo inconveniente alguno en la que entonces llamaban —con evidente exageración, pues allí había «de todo»— la Docta Casa para que yo ocupase su tribuna. De mozalbete había visto subir a ella y escuchado con admiración a oradores tan ilustres como Silvela, Moret, Canalejas, don Rafael María de Labra, el ínclito don Joaquín Costa y a varios más. A esa tribuna también había subido mi padre, hombre de elocución fácil y entonada, para hablar, naturalmente, de su Galicia, en el aspecto literario principalmente, ya que del regionalista templado que había sido nada quedaba, en absoluto, que significase la más leve sombra en su amor a la patria grande y una.

Fue él, ateneísta veterano y «punto fuerte» de la Cacharrería, quien obtuvo de las autoridades del Ateneo —¿cuáles eran entonces?— el permiso para que yo hablara en aquella cátedra, ya que desde los bancos del salón de actos lo había hecho con esa audacia y ligereza propia de los jóvenes alistados en el modernismo y para quienes los clasicistas y todo lo que oliera a siglo XIX eran, respectivamente, «unos fósiles» y «los

* Capítulo XIV del tercer volumen de las *Memorias*.

detritus de un tiempo muerto». Frases tan absurdas había lanzado yo en la sala grande del Ateneo, no sin que la presidencia «me tocara la campanilla» y yo persistiera en mis despropósitos. Pero, *il faut que jeunesse se passe*. La juventud más díscola suele ser la de los escritores y los artistas. Y hoy, en mi sosegada senectud, pienso que «la juventud no peca, porque no sabe».

Antes de la conferencia fui dos o tres tardes por el Ateneo para abrazar a los amigos con quienes, allá por los años 7 y 8, formaba tertulia en el Salón de Tapices, o, irritando a don Joaquín Costa, que trabajaba en uno de los pupitres, dialogaba *sotto voce* en la biblioteca. Estos amigos eran Bernardo G. de Candamo, lector incansable y crítico sutil; el teósofo Rafael Urbano, que llamaba Benito Pérez a Galdós; Javier Cabezas, dado a la entomología y traductor verbal de *La vida de las abejas*, de Maeterlinck; Victoriano García Martí, espíritu filosófico; Pérez Bojart, poeta en voz muy baja o «de versos al oído»; Daniel López *Fantasio*, excelente escritor, que comenzaba a ser absorbido por la burocracia, y Federico García Sanchiz, a quien todavía llamábamos los de su grupo el Borreguero y nos preparaba la sorpresa de su oratoria *sui generis* e inimitable, que habría de convertirlo en el español más escuchado de nuestro tiempo.

Tales amigos vendrían a aplaudir mi conferencia, formando una a modo de *claque* y de guardia valerosa si mi anticomunismo suscitaba protestas así en la sala como en la tribuna pública. Porque dentro y fuera del Ateneo, en Madrid no faltaban los admiradores de la Rusia bolchevique, y se me anunció que algunos vendrían a «abuchearme» o ahuecharme, como prefiere que se diga la Academia. Pero no. Silbidos no hubo, protestas en voz alta tampoco. Algún murmullo de inconformidad, acaso.

La *claque* amistosa sostuvo los aplausos, que propagaron francófilos y franceses de Madrid, presididos los primeros por Pepe Francés, sin el cual, pluma y palabra arrolladoras, *Prensa Gráfica* hubiese sido germanófila, y los segundos por León Rollin, el periodista galo que fue uno de los jefes de la propaganda de los aliados en Madrid.

Esta ventaja, unida a la actualidad palpitante del tema, me proporcionó no pocos aplausos al término de la conferencia. Salí del Ateneo con mi padre como quien ha sorteado felizmente un peligro. Mientras nos dirigíamos a nuestra casa por la calle del

Príncipe y la carrera de San Jerónimo, mi padre me expresó «que compartía en absoluto mis ideas sobre el comunismo, que todo el mundo cristiano debería tener muy en cuenta las advertencias de Clemenceau y Masaryk, que eran en el fondo las mismas de Donoso Cortés en su célebre *Ensayo* y de los discursos proféticos de Cánovas precisamente en la cátedra del Ateneo». Y añadió: «En cambio, en el elogio que hiciste del Tratado de Versalles no te puedo seguir, porque me parece inicuo en muchos de sus aspectos». Mi padre, cuando censuraba algunos de mis escritos o mis actos, lo hacía en tal forma afectuosa que con él me era imposible discutir. Por lo tanto, nada objeté a su crítica acerca del Tratado de Versalles. Y ya en casa no se habló más del asunto.

Pero sí se habló, aquella misma noche, y en tono de polémica, en el saloncillo del teatro Eslava, adonde fui para visitar a mi gran amigo Gregorio Martínez Sierra. Encontré a éste en compañía de Felipe Sassone, el cual había estrenado ya con fortuna sus primeras comedias. Al verme entrar, Gregorio, no digo que me increpase, porque dada nuestra amistad esto no era posible, pero sí que puso vehemencia en la voz al reprocharme «lo que había dicho en el Ateneo en contra de la Revolución rusa». Alguien vino a contárselo y «le parecía mentira que yo no comprendiese lo que significaban para el futuro de la humanidad los postulados del marxismo».

Yo mantuve mis argumentos y le dije, no sin acritud, que no le creía un marxista convencido, ni mucho menos, sino uno más entre los escritores que se disfrazaban de bolcheviques, siendo en realidad unos burgueses que aspiraban, como él, a una vida cómoda y a ganar mucho dinero. Él era un aristócrata de la pluma, con un teatro para estrenar cuanto escribiese, una bella actriz para representarlo y una empresa editora para publicar sus libros. Todo esto me parecía muy bien pero «lo otro», lo fingido y postizo, deplorable. «¡El proletario de la pluma —concluí— soy yo!»

Debí de producirme con demasiada viveza porque vi enmudecer, palideciendo, a Gregorio y sentí la presión de una mano de Sassone en mi brazo derecho, mientras exclamaba: «¡Vamos, ya está bien! A otra cosa, ¿no os parece?». Nos pusimos a hablar, como era nuestro deber, de literatura. Y Martínez Sierra y yo quedamos tan amigos como antes.

Con mi padre hablaba sobre todo de política española, naturalmente. Es decir, hablaba él, sin que yo apenas le interrumpiese, pues no estaba muy al tanto de los pro-

blemas que tenían planteados nuestros gobernantes y que eran de ardua solución. El más difícil de todos el de Cataluña. Los patronos acababan de declarar el *lock-out*, o sea el cierre de sus industrias, en vista de la impunidad en que quedaban los atentados, casi siempre mortales, contra ellos y entre los sindicalistas de distintos grupos. A Maura no le dejaban gobernar. Había dimitido en el verano, sucediéndole el señor Sánchez Toca, que no carecía de talento ni de cultura, pero que no alcanzaba la talla de los dos jefes del conservadurismo: Maura y Dato. A las dimensiones de la nariz de Sánchez de Toca no correspondía la finura del olfato: no venteaba los conflictos.

Para mi padre el único estadista «genial» era don Antonio Maura, pero la obstrucción parlamentaria de las izquierdas y las campañas de los periódicos del mismo color impedían el triunfo de su programa de regeneración nacional. «No se lo merece España», decía con un gesto desolado. ¡Lástima de país! Por donde quiera que se mirase no se hallaba nada halagüeño. En Cataluña, aparte la sangrienta lucha entre los patronos y los sindicatos, el separatismo no deponía su actitud. Habíase creado una Comisaría de Abastos para regular los precios de las subsistencias, y ¡que si quieres!, todo estaba por las nubes y seguía subiendo. No le parecía mal que los obreros obtuviesen la jornada de ocho horas, pero «ya verás como no tardan en pedir que les aumenten los jornales». El espíritu de subversión seguía latente en algunos sectores del Ejército. En fin, que no se sabía a quién echarle la culpa de tantos desatinos e infortunios, si a los gobernantes o a los gobernados... «A unos y a otros —se respondía a sí mismo en seguida—, porque el español es un hombre díscolo, indisciplinado, y los gobernantes no han sabido enseñarle a obedecer. Escribe Ganivet en su *Idearium* que al pueblo, el nuestro, hay que tratarlo “con mucho amor y muchos palos”. Estimo que sobran los palos. Si “los de arriba” amasen verdaderamente al pueblo no lo mantendrían en la ignorancia y la pobreza. Lo que nos falta es cristianismo. En dos de las obras de misericordia, “enseñar al que no sabe” y “dar de comer al hambriento”, resumo yo la política que se debería hacer: la política de Dios. Y no hay que esperar que la practiquen los socialistas, que son ateos y constituyen, como ya profetizó Donoso Cortés, la vanguardia del comunismo.»

[...]

LA MUERTE DE GALDÓS. 1898: EL «EPISODIO» QUE NO
 ESCRIBIÓ DON BENITO. EVOCACIONES ENTERNECIDAS
 DE SU GRAN FIGURA*

UNA MAÑANA DE AQUEL MES de enero leí en los periódicos, escueta, sin retrato, la noticia de la muerte de Galdós. Al día siguiente me llegó el número de *La Corres* con un par de columnas dedicadas al fallecimiento del glorioso novelista. Después recibí recortes del *Abc*, *El Imparcial* y *El Liberal*. A éstos acompañaba una carta de mi padre en la que me decía textualmente:

«Como era tan grande tu admiración por don Benito (corregí: “es” y “será”), ahí te mando los artículos necrológicos más importantes que le han dedicado. Tú sabes que yo también le admiraba, pero no tanto como tú, pues no compartía sus ideas republicanas ni mucho menos su anticlericalismo. Creo que sin el Trono y la Iglesia España dejaría de ser España. Todos sabíamos que Galdós, ciego y medio inválido, no podía durar ya mucho tiempo. Muere antes de cumplir los setenta y siete años y no ofrece duda que deja una obra formidable en la cual lo que más admiro es la serie de los *Episodios*, porque hacen vibrar mi cuerda patriótica, si bien siempre me he preguntado, y tú mismo te has hecho esta pregunta, por qué no dedicó alguno de esos libros —que no son testimonios ni reflejos de “cosas vistas”, sino que están compuestos con referencias históricas y un caudal enorme de imaginación y fantasía— a narrar los episodios de las dos grandes guerras de Cuba y el final de la última, desastroso para nosotros.

Datos le sobraban en los periódicos de la época. Pudo hablar con Martínez Campos, con Blanco, con Weyler, con Jiménez Castellanos, los generales que libraron aquella guerra, hasta que el último, el querido don Adolfo, pasó por la amargura de

* Capítulo xxxi del tercer volumen de las *Memorias*.

entregar la Isla. Imagínate uno de esos grandes Episodios de Galdós con este título tremendo en cuatro números: ¡1898! Pero, nada, no lo escribió. En España con esos números trágicos sólo se ha hecho literatura, y literatura lamentable por su entrega al pesimismo. Claro que yo sangro por la herida, porque mi novela *Los últimos días de España en Cuba*, si no fue en absoluto como tirarla a un pozo debióse al artículo que escribió Cavia, elogiándola, en *El Imparcial*.

Hasta aquí, en aquella carta de mi padre, que he hallado entre mis viejos papeles, con alguna otra, lo referente a Galdós. Sí, yo sabía muy bien que su novelista predilecto no era el autor de *Ángel Guerra*, sino la autora de *Los pazos de Ulloa*; que leía con fruición a Pereda y que no había querido asistir a las representaciones de *Electra* por «la intención y el tono sectarios de la obra». Pero sabía también que en su biblioteca no faltaba, encuadernado en pasta española, ninguno de los libros de Galdós, y que fue en su biblioteca de La Habana donde, teniendo yo trece años, leí *Marianela*, *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*. Después, en Madrid, adquiría él con puntualidad cada *Episodio*, repitiendo siempre que ninguno como *Trafalgar*, que solía abrir para leerme en voz vibrante aquella página en que Gabriel Araceli, eje y alma de los diez primeros *Episodios*, dice lo que yo ahora voy a copiar y siempre leo con los ojos turbios:

«Soy joven: el tiempo no ha pasado, tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante el azaroso período comprendido entre 1805 y 1824. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria!».

Al llegar a este punto la voz de mi padre, primero altisonora, se humedecía y apagábase reprimiendo un sollozo. «Por esta frase —balbucía—, “aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria”, yo le perdono a Galdós todo lo que en él

no me gusta. ¡Ah, si nos hubiera visto llorar a ti y a mí en La Habana cuando se perdió nuestra escuadra! Ese amor ha de ponerse, y yo lo pongo, sobre todos los amores. Por eso a la patria la llamamos Madre.»

Y después, más sosegado, proseguía la lectura de ese canto al patriotismo, sublime página de Galdós: «En cambio, yo aún puedo consagrarte (a la patria) una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día... A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndolo por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real. Muchas cosas voy a contaros: ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!».

Y concluía mi padre, cerrando el libro y como si lo acariciase: «Esto es amar a España. Y así se explica que Menéndez y Pelayo, y Pereda, los dos católicos a machamartillo, estimasen tanto a Galdós».

Yo me pasé todo aquel día, de un enero en París con nieve en la calle, pero con un aire templado y deliciosa calma en mi hogar, pensando en Galdós, rememorando, en orden retrospectivo, las veces que tuve la suerte de verle y hablarle. La última había sido algunos meses antes de su muerte, cuando mi cuñado Alfonso Hernández Catá y yo estuvimos a visitarle en su hotelito del barrio de Argüelles, en la calle de Hilarión Eslava, entonces suburbios de Madrid. Hallamos un Galdós con gafas negras sobre los ojos sin luz, envuelto de cintura abajo en una manta, pero cuyos bigotes más amarillos que blancos y caídos como los de un mandarín (siempre hubo algo de chinesco en el semblante de Galdós) se alzaban para sonreírnos afablemente o proferir algunas palabras afectuosas.

Hacía unos siete años, durante el invierno del 13, Alfonso y yo habíamos hablado con don Benito en el teatro Español, donde se hallaba no recuerdo bien si en funciones directivas o como contertulio en el saloncillo. También por entonces o algo antes —no respondo de fechas— le vi ensayando en el teatro de la Princesa su *Alcestes*, escrito para María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Recuerdo que el caballero actor exclamó al verme y saludarme: «Estamos en plena mitología. Siéntese. A ver si acertamos con estos griegos sobrenaturales de Galdós». No sé si acertaron, pues aunque asistí al estreno, no guardo la menor memoria de la obra.

Cuando en 1907 publiqué mi primera novela, cuya acción transcurre en Ávila, envié un ejemplar a don Benito, y éste, con quien coincidí en el vestíbulo del Banco Hispano Americano, me dijo: «He leído su novela y (textual) “eso” es Ávila». Le agradecí el elogio, que supuse más hijo de la cortesía que de la admiración, pues ¿qué podía valer «mi» Ávila al lado de «su» Toledo, el de *Ángel Guerra*? Añadiré que doña Emilia Pardo Bazán, ésta en una carta, alabó también aquel libro. Frases «así», en labios de maestros, estimulan a los escritores en cierne.

En varias ocasiones había oído yo a Galdós en algunos actos políticos o literarios. No poseía el don de la oratoria. Veíasele subir a la tribuna o salir al escenario un tanto cohibido, como si le intimidara, o molestara «actuar en público» y sacar del bolsillo interior de la americana un papelito. En aquel papelito venía su discurso, su lacónico discurso, que él era sólo fluvial —como ahora se dice— con la pluma en la mano. Lo mismo que Dickens y Balzac, con quienes solía y suele comparársele, era uno de esos escritores que por un río de tinta caudaloso como el Tajo —diré tratándose de un español— hacen navegar las naves de su ingenio y de su ensueño y sumergirse o nadar a algunos de sus héroes. ¡Vaya ríos con afluentes los de las cuatro series de los *Episodios nacionales*! Queda el río de sus *Novelas contemporáneas*.

Y aparece, más laguna que río, pero anchurosa laguna, su teatro, del que se ha dicho que era «una novelística llevada a la escena», lo que en realidad «es también teatro», pues lo hay donde no falte la acción y exista el diálogo en la forma que corresponda a cada personaje. No pocas comedias de Lope son también «novelística llevada al teatro».

Ello es que yo no dejaba de asistir a las representaciones escénicas de Galdós, comprobando el interés con que las escuchaba el público. Desde luego, Ibsen había influido en él, pero no hasta el punto de hacerle uno de sus discípulos —como, por ejemplo, en Francia, François de Curel—, ni siquiera uno de sus émulos, pues nada podía sentir y expresar Galdós sino «muy españolamente». Y esto, el espíritu nacional, es lo que otorga un valor perdurable a su obra y le abre las puertas de lo universal. Ibsen era un corazón del norte, Galdós un alma cálida del sur: podían aproximarse, pero no confundirse.

Mas no es mi propósito esbozar un ensayo crítico de la novela y el teatro de Galdós. Y si lo intentase y lograse, más que crítica, más que análisis, sería panegírico, porque a mí en Galdós «todo me gustaba», todo lo leía o veía representar con *intelletto d'amore*, y el verdadero crítico no debe enamorarse del autor, ni lo contrario. Quiero

decir que si no evita los excesos de la pasión, en pro o en contra de la obra que enjuicia, se convierte en un idólatra o en un iconoclasta. Esto último fue lo que le ocurrió a Unamuno, que nunca quiso ni entendió a don Benito. Y basta.

Vuelvo a mis evocaciones personales de Galdós. La primera vez que le vi y escuché de cerca quedaba muy lejos en el paisaje de mi memoria. Año 1902. Era yo todavía estudiante de Derecho en la Central, pero dedicaba más horas a leer historias, novelas y teatro clásico que al estudio de las asignaturas. Y escribía, escribía «para mí», ¡hasta versos! Mi afán por conocer a los escritores de fama —¡cuán efímera fue la de muchos de aquel tiempo!— me llevó a alguno de esos banquetes donde el que paga, sea quien fuere, pasa, come y bebe mejor o peor, escucha los brindis y le pide al agasajado que le firme el menú.

En uno de esos banquetes fui presentado a Galdós por su paisano y discípulo José Betancourt, buen publicista que firmaba sus escritos con el seudónimo de Ángel Guerra. Estábamos en invierno. El banquete, en los altos del café Suizo, no era en honor de don Benito, sino de un novelista joven, aristocrático, ya con algún público.

Mi presentación al maestro fue hecha a la salida del Suizo, en la calle de Alcalá, camino de la Puerta del Sol. La edad de don Benito no pasaba entonces de los sesenta años. Quedábanle hebras oscuras en el cabello, su bigote amarilleaba. Vestía un abrigo de paño negro, no muy flamante, y su bufanda, de un color gris muy subido, la llevaba flotando por encima del gabán. El sombrero de fieltro negro, alicorto y de copa alta, lo introducía hasta el occipucio. No había nada en su pergeño destinado a «llamar la atención». Ya paseaba Valle-Inclán por Madrid sus quevedos, su manga vacía y sus barbas «ticianescas». Ya lucía Maeztu sus levitas entalladas y su chistera de *gentleman*, Rusiñol su chambergo y su cabeza «de artista», Benavente su bigote «mefistofélico» y su puro, y en los salones el monóculo de Antonio de Hoyos, marqués de Vincent. A don Benito no le gustaba «distinguirse». En su vida pública y privada era, como en el tren, un ciudadano «de tercera». Pero sus libros y sus dramas le iban conduciendo en carroza de oro hacia el país donde moran y discurren las almas inmortales.

De este modo me pasé aquel día de enero, en París, con nieve en la calle, evocando a Galdós: al «mío», porque cada hombre de genio es tantas veces uno y distinto como admiradores tiene y personas le aman.

DE CÓMO TUVE NOTICIA DE LA MUERTE DE LA CON-
DESA DE PARDO BAZÁN. LOS COMENTARIOS DE LOS
PERIÓDICOS PARISIENSES. RECORDACIÓN Y GLOSA DE
UNA CARTA DE MI PADRE. MI JUICIO SOBRE LA EXI-
MIA ESCRITORA*

DOY OTRO SALTO de algunos meses en mis recuerdos para situarme en el de mayo de 1921 y en París, donde una mañana supe por labios de nuestro embajador, Quiñones de León, que la condesa de Pardo Bazán había muerto en Madrid. Dada mi amistad con la insigne escritora y la admiración que me inspiraba su obra, la infausta noticia me entristeció hondamente. En la tarde de aquel mismo día leí en *Le Temps* y *Le Journal des Débats* y a la mañana siguiente en el *Figaro* y otros periódicos, las líneas necro bibliográficas que insertaban acerca de la *célèbre romancière espagnole*. No faltó el crítico anónimo que, creyendo, sin duda, favorecerla, la comparase con Emilio Zola y dijese que había sido «la introductora del naturalismo en España». Volveré sobre esto para demostrar lo absurdo de la equiparación y lo discutible del segundo aserto.

Antes habré de referirme a la carta que recibí de mi padre, a quien debía yo mis relaciones con la autora de tantas novelas admirables y la generosidad con que en varias ocasiones habló en sus artículos de las mías. No conservo entre mis papeles esa carta, pero recuerdo muy bien que en ella me informaba de que había asistido al entierro de doña Emilia, dado de viva voz el pésame a sus hijos y acompañado sus restos mortales hasta la Sacramental donde reposan. Entraba luego a lamentar la desaparición de esa «gran mujer, que formaba con Rosalía Castro y Concepción Arenal, paisanas suyas, el grupo de las grandes escritoras españolas de su tiempo, las tres gallegas». Después se extendía en consideraciones acerca de los méritos de doña Emilia

* Capítulo xxxvi del tercer volumen de las *Memorias*.

—él siempre la llamó así—, entendiendo que eran muy altos e indiscutibles en todos los géneros literarios que cultivara: el ensayo crítico o histórico, el artículo de periódico, el cuento y la novela. Por razones «natales» —precisaba— era natural que él la prefiriese a los grandes novelistas españoles, sus contemporáneos, Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés, Leopoldo Alas y más tarde Blasco Ibáñez, sin que esto significara disminuir la gloria de ninguno. Sí, «era natural», porque mi padre sentía siempre «en gallego» y porque la sensibilidad, aun en los lectores y críticos menos sentimentales, entra por mucho en sus predilecciones artísticas, así en literatura como en las artes plásticas. Un veneciano es posible que se quede frío ante los lienzos de Vinci y vibre de entusiasmo frente a los de Ticiano y el Tintoretto.

No obstante —y sigo en el recuerdo y la glosa de la carta de mi padre—, aun descartando la inclinación o parcialidad regionalista, ¿cómo no reconocer en la autora de *Los pazos de Ulloa* a una novelista «de cuerpo entero», tan grande como el que más lo fuere? En el cuento, que es novela en germen, cuando no obra cumplida y «redonda», nadie, ni siquiera el insigne Clarín, la había aventajado, y menos todavía en la novela breve. Y ahí estaban, en este último aspecto para demostrarlo, *Morriña e Insolación*.

No se contrajo la condesa, en su arte narrativo y sus análisis de caracteres, a los fondos y la humanidad de Galicia. También la atrajeron las costumbres de Madrid, las figuras y figurillas de la Corte de España adonde llegó en 1869, a raíz de su boda y cuando su padre había sido elegido diputado para las Constituyentes. A partir de entonces la escritora pasaba los inviernos y las primaveras en Madrid y los estíos en su casa y «pazo» solariegos de La Coruña y Meirás, aparte de sus viajes, en distintas épocas, a Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Alemania y, «naturalmente», Portugal.

En Madrid transcurrieron los días más laboriosos y apasionados de su existencia, porque en Madrid vivían, aparte de Pereda y Clarín, que desde su Polanco y su Oviedo sólo hacían escapadas a la Corte, los escritores más considerados de su época, con los cuales, desde edad temprana, quiso y pudo competir y medirse. Porque en Madrid estaban los más famosos salones de la nobleza, en los que brilló por su prosapia y por su ingenio. Porque Madrid era la capitalidad del idioma —y ella escribía magistralmente en castellano— y porque en Madrid estaba la Academia de la Lengua, cuyas murallas expugnó varias veces sin suerte. Ése fue el gran dolor literario de do-

ña Emilia. Méritos poseía de sobra para justificar la revolución que habría significado, no sólo en España, sino en toda Europa, su nombramiento. Siendo tantos los escritores que «se perecen» por conseguirlo, no debe asombrar que una mujer se sintiese atraída, fascinada casi, por el sillón. No era modesta y humilde, como Rosalía Castro, sino altiva y orgullosa. Estas condiciones de su espíritu hicieron de ella una mujer dominante, deseosa de figurar siempre en primera línea, y con razón, porque al fin y al cabo, en aquel asunto de la Academia, se hacía la justicia que, parapetados en las tradiciones y el reglamento de la Casa, le negaban algunos académicos. No es necesario decir que, «moralmente», doña Emilia estuvo entre ellos, pues, si no en cantidad, tuvo en calidad los mejores votos de aquel cónclave de literatos que la eligieron en elección y selección ocultas. Claro que ella no se conformó con esto. (Entre paréntesis, y ya me aparto de la carta de mi padre, el «caso de doña Emilia», andando el tiempo, se ha repetido con dos escritoras insignes, doña Blanca de los Ríos y doña Concha Espina, pero los reglamentos son los reglamentos hasta que parezca oportuno reformarlos.)

En cuanto al «madrileñismo» de la Pardo, debe decirse que en algunos de sus libros, como *La quimera* y *La sirena negra*, y en gran número de sus cuentos y artículos, se halla reflejado, aunque sin esa intimidad y el detallismo de Galdós. La condesa sabía de sobra que *Fortunata y Jacinta* era una obra inimitable y que —como cantera literaria— había que dejarle Madrid a don Benito, sobre todo el de la «clase media». Doña Emilia cultivó —como dama y como novelista— el Madrid aristocrático, sin que, comprensiva, dejara de asomarse al pueblo.

Y ahora voy contra la crítica anónima que leí, no recuerdo en qué periódico de París, donde en son de elogio se la equiparaba con el autor de *La Terre* y se decía que introdujo en la novela española el naturalismo de Zola. En cuanto a lo primero, la comparación no era favorable para doña Emilia, porque, en fin de cuentas —y advertíase entre líneas *l'arrière-pensée* del crítico—, venía a quedar la grande y original escritora en situación de discípula o imitadora del enorme novelista francés, y la Pardo Bazán no era discípula de nadie, sino maestra, si bien no existan maestros que no hayan sido enseñados y orientados por otros, y la condesa los buscó, más que entre los de fuera, entre los de casa, que no en vano —y el sutil Barrès lo reconocía— los

inventores de la novela moderna son los españoles, partiendo de la picaresca y de las *Ejemplares cervantinas*. Ella lo leyó todo, por aquí y por allá, en el tiempo y en el espacio de la literatura, y se impregnó, haciéndolo suyo, adaptándolo a su sensibilidad y sus ideas. Leyó a los italianos, a los rusos, a los alemanes y los ingleses tanto como a los ingenios de Francia, pero su tradición, de donde extraía y traía lo mejor de su arte, era de raíz y jugo ibéricos.

No debe verse en *La cuestión palpitante* una defensa, y menos una apología del «naturalismo» de Zola y sus discípulos, sino un análisis aclaratorio de éste, en el cual hallaba la escritora aspectos admisibles y tendencias reprobables, ya que ella era católica, y todo ese realismo galo se inspiraba en un materialismo desaforado y prescindía de la presencia y el soplo de Dios. De otra parte, el realismo español, el de los grandes autores de la novela picaresca, era anterior en más de tres centurias al naturalismo de la escuela de Medán, bajo el magisterio de Zola, y le llevaba la ventaja de sólo ser excepcional y deliberadamente obsceno, como en *La lozana andaluza*, y de tomar a risa —la risa del *castigat ridendo mores*— las proclividades y bajos instintos de la raza humana. El realismo de la picaresca «caricaturizaba», era burlón, satírico, sarcástico, y el naturalismo francés «pintaba al desnudo», y no frente al desnudo estético y noble de las Venus y los Apolos helénicos, sino ante el de los hombres y las mujeres entregados a todos los vicios. Nadie mejor que Anatole France, que nada tenía de ortodoxo, señaló y censuró, asqueado, «la complacencia en lo sucio y lo abyecto» de Zola y sus epígonos, que habría de exacerbarse en Octavio Mirbeau.

Es muy verdad que algo, muy poco, de su contacto con el *naturalisme* morboso y mefítico se respira en ciertas páginas de doña Emilia, pero «una golondrina no hace verano», y eso viene a ser la escoria de los metales preciosos con que están elaborados sus libros. Yo hubiese querido publicar estas aclaraciones y rectificaciones en algún diario de París, pero sabía de sobra, por la ligereza e incompetencia con que suelen tratarse en Francia «las cosas de España», así en literatura como en política, que les habrían dado carpetazo. Pensé que algún hispanófilo las hiciese. Pero si las hizo, yo no las vi.

El primero de abril de 1883, el año mismo en que se publicaba *La cuestión palpitante*, firmaba la condesa para mi padre una fotografía en la que aparece sen-

tada en el escritorio de su casa de La Coruña, sita en la calle de Tabernas, que es donde se inicia la Ciudad Alta, llena de recuerdos históricos. Tenía entonces la insigne polígrafa treinta y tres años. Ya era célebre. La dedicatoria dice: «Al distinguido escritor don Waldo Álvarez Insúa, en testimonio de amistad». En la fotografía, muy borrosa, puede apreciarse el lujo del aposento. La mesa, muy grande, es de cierta madera de roble y de estilo gótico. Gótico también el sillón o sitial en que ella ha adoptado una postura majestuosa, con la cabeza reclinada suavemente y las manos cruzadas, como si estuviera en un momento de descanso. Al fondo, un tapiz con el escudo de su stirpe. A su izquierda, sobre el bufete, un búcaro con flores y una estatua que parece ser de bronce y representa a un guerrero troyano, armado con escudo y lanza. A su derecha, varios libros gruesos, un ánfora de plata, y en un jarrón, semioculto por los libros, una planta de begonias. Detrás de ésta, una pequeña biblioteca con varios *bibelots* en la repisa. Completan la decoración de la estancia una consola, un reloj de pared y varios cuadros de breves dimensiones. Los pies de doña Emilia reposan sobre un cojín de terciopelo. En primer término otros dos cojines, de los que llaman *poufs* y pueden servir de asientos.

Esta fotografía figura en un «puesto de honor» de mi despacho. En mi anaquel de las reliquias guardo un paquete con las cartas que la autora de *Insolación* escribió a mi padre cuando éste dirigía *El Eco de Galicia*, por él fundado, en La Habana, y en el cual, al mismo tiempo que ella, colaboraron los escritores y poetas gallegos más famosos de la época: Rosalía Castro, Curros Enríquez, Alfredo Brañas, Manuel Murguía, Eduardo Pondal y algún otro. Esas cartas, que versan sobre temas y pleitos literarios, reflejan vivamente el espíritu polémico de la escritora, y me propongo, Dios mediante, publicarlas y glosarlas algún día.

Entre las «herencias morales» que recibí de mi padre conceptúo preciosa la de su amistad con doña Emilia, que prosiguió entre ella y yo, de maestra a discípulo. Y ahora, al redactar estas líneas, en el otoño de 1956, a los treinta y cinco años de su muerte, me asalta la duda de si podría juzgar su obra, como lo hacía mi padre en 1921, y yo en sus huellas, sin que el sentimiento amistoso me incline a una admiración desmedida, por no decir idolátrica. Pero, tras este escrúpulo, pienso que la mejor crítica es la que se hace con *intellecto d'amore*, que la simpatía es una de las formas de las afi-

nidades del espíritu, de la consonancia de gustos estéticos, y que me asiste el derecho de proclamar que ningún novelista ilustre entre los españoles que yo llamo «interseculares» me inspira una devoción más profunda que la condesa de Pardo Bazán. No se trata, ni mucho menos, de un culto exclusivo, pues, por diversos modos y razones, admiro y reverencio a los grandes coetáneos de doña Emilia: a Galdós, a Pereda, a Valera, a Clarín, a Palacio Valdés.

Mas, probablemente, por mi «media sangre gallega» es la autora de *Los pazos de Ulloa* la que «más me llega al alma» entre los de su tiempo. Es lo que suele llamarse «el tirón o el latido de la tierra». Me hice hombre en Galicia. Hecha abstracción de este sentimiento —que siempre será lícito hacer intervenir en nuestros juicios, pues «lo que mejor se entiende es lo que mejor se ama»—, estimo que escritor alguno de su época ha superado a Emilia Pardo Bazán en el dominio de la prosa castellana, que fue en ella absoluto por la opulencia del vocabulario y el equilibrio entre el fondo y la forma. En sus novelas, como en sus cuentos y sus ensayos de crítica, el idioma obedece siempre a la escritora. Es fluido y flexible, es numeroso, no es jamás incorrecto. Esto de escribir «correctamente» se estima hoy, entre algunos escritores, innecesario, como si el primer deber del literato no consistiera, sencillamente, en «escribir bien», en respetar las normas del lenguaje, que no son, por cierto, rígidas, pues se adaptan a todos los temperamentos y gustos, a condición de respetar su médula y su espíritu, que es la gramática. La gramática, que no se opone a los neologismos, cuando son oportunos; ni a los arcaísmos, cuando dan solera a la prosa; ni a los regionalismos, cuando la matizan con un acento familiar. Nunca serán recusables los andalucismos de Valera, ni las locuciones montañosas de Pereda, ni las voces dialectales de la Pardo Bazán. Todo eso no hace sino acrecer la «expresividad» de la prosa, su riqueza y su garbo.

Póngase, pues, a Emilia Pardo Bazán en lugar brillantísimo en la pléyade de los grandes prosistas españoles, de los magistrales, de los inmortales, de los que en todo tiempo nos darán lecciones de buen decir y de bien escribir. No se llame «academismo» a lo que es «castellanismo». La prosa castellana puede y debe girar al compás de los tiempos y obedecer a la idiosincrasia de cada escritor —que el estilo es el hombre—, pero no será «buena prosa» sino en tanto respete la concordancia y la armonía del lenguaje, que no es laguna estática, sino río impetuoso y caudal.

Los libros —todos los libros— de la Pardo Bazán serán siempre actuales, porque brotaron de una pluma que conocía todos los secretos y todos los encantos del idioma, que el Hada-Gramática descubre a quienes, por conocerla a fondo, son dignos de su confianza, y cuando «se toman una libertad o una licencia» lo hacen con su consentimiento...

[...]

LA PRIMERA IDEA DE *EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA*

BLANCA*

PASEANDO UNA TARDE por la calle de Alcalá en compañía de mi hermano menor, como se cruzara con nosotros un joven negro, no mal parecido, en lo que cabe, dado el concepto de la belleza física que tenemos los de la raza blanca, se detuvo Manuel, siguió con la mirada al transeúnte, que era alto, ágil de movimientos y vestía con elegancia, y me dijo:

—Este negro debe de ser bailarín. Me recuerda a uno que lo fue y que bailaba en Maxim's.

—¿El de la Rue Royale? —le pregunté.

—No. En este de la calle de Alcalá. Era muy simpático y dicen que se murió de amor. ¿Crees tú que se puede morir de amor?

—Yo sí.

—Aquel negro, que se apellidaba Cólber, se enamoró de una de sus parejas, una chica rubia, preciosa, que no le hizo caso. Y le dolió tanto el desdén de la muchacha que se puso a morir. Bueno, también padecía una enfermedad del corazón. Cardíaco y sentimental. En resumidas cuentas, que se murió. ¿Por qué no escribes con ese asunto una novelita? Un negro enamorado de una blanca se presta.

—¡Vaya si se presta! Pero yo no conocí al pobre Cólber.

—¡Y qué te importa! ¿Para qué te sirve la imaginación?

—Es verdad. Los mejores personajes de las novelas y los dramas tal vez sean los imaginarios. Claro que se necesita un punto de apoyo en la realidad. ¿Cómo era Cólber?

—Como ese que acaba de pasar. Y bailaba admirablemente.

—Pues mira, a lo mejor cualquier día, con los escasos datos que tú me proporcionas, voy y escribo un cuento o una novela corta.

* Capítulo xxxix del tercer volumen de las *Memorias*.

Y no volvimos a hablar «del pobre Cólber, del negro sentimental y cardíaco» que se enamoró de su parejita blanca.

Pasó el tiempo, bastantes años, y hallándome en aquella playa bretona de Erquy, sin asunto para una novelita, no sé cómo me vino a mi memoria aquel diálogo con Manuel. Yo había visto en París a muchos negros bailarines, cantores o músicos de *jazz-band*. Y sabía de algunos que tenían, cuando no esposas, *petites amies* rubias y de tez color de nardo, como aquella que, en el Maxim's de la calle de Alcalá, no pudo corresponder a la pasión de Cólber. El motivo de su desdén no podía ser otro que la natural repulsión que, para ligarse en matrimonio, o «liarse» en otra forma, inspiran los hombres negros a las blancas. Repulsión nada frecuente en el caso opuesto, pues, por lo general, el mulato es un producto de la unión entre blanco y negra. Y si no, dígalo el mestizaje de las Antillas y de otros países de América, que se debe en gran parte al hombre español y al portugués, poco dado a esas «discriminaciones raciales» de los anglosajones. Éstos son endógamos, sólo se casan con las de su color. Al ibero, luso o hispánico, el pigmento contrario al propio no le parece una «barrera infranqueable» para el amor, y así, en coyunda legal y santificada por la Iglesia, o en simple barraganía, no son pocos los portugueses y españoles que engendran hijos mulatos, contribuyendo a la fusión de las especies, no mal vista por los ojos de Dios, sólo atentos a los colores del alma.

De todos modos, la mujer blanca a quien no repele el hombre negro es una excepción. Y en esa excepción no figuraba la bailarina que rechazó las pretensiones amorosas de Cólber. Éste era el drama, el tema o tesis de mi novela corta: el estudio de los sentimientos y sensibilidades de dos personas de piel diferente, hombre y mujer. En ella repugnancia física; en él, por el contrario, atracción. La pequeña bailarina no tenía nada de Desdémona.

Y para mitigar la pena que me causaban las noticias de la catástrofe de Annual, y de otra parte, porque me convenía que mi nombre literario no dejase de sonar en Madrid, me puse a escribir la novelita que, conforme tomaba cuerpo y rumbo el relato, habría de convertirse en una novela grande. Con un bloc de cuartillas y una estilográfica la comencé en Erquy. No la pude terminar. Tenía también que escribir algunos artículos para mis periódicos. [...]

UN NOVELISTA EN BUSCA DE UN TÍTULO. OPINIÓN Y
 CHISTE DE JARDIEL PONCELA. LAS PROFECÍAS DEL IM-
 PRESOR PUEYO. DE CÓMO ME SALVÉ DEL NAUFRAGIO DE
LA CORRES EMBARCÁNDOME EN *LA VOZ**

ADELANTABA YO EN EL TRABAJO de mi novela del negro enamorado, sin dar con un título que me gustara y fuera la expresión más justa posible del carácter de mi héroe. Un día pensé que la diferencia de razas del bailarín y la bailarina me brindaba un buen título: *Blanca y negro*. Al comunicárselo a Jardielito en la mesa de redacción de *La Corres*, el futuro gran humorista sonrió de medio lado, elevó una de las cejas a lo payaso y comentó: «A quien le gustará ese título es a Luca de Tena. El público no leerá *Blanca y negro*, sino *Blanco y Negro*.

Con lo cual, y plenamente persuadido, volví a verme sin rótulo para mi obra, cuyos personajes iba «bautizando» conforme nacían de mi pluma: Pedro Valdés y Peter Wald, el negro, en las dos manifestaciones de su vida; Emma Cortadell, alias la *Cortadita*, su pareja; Don Mucio, padre de la joven danzante; Piedad de Arencibia, después marquesa de Yéboles, hermana de leche de Pedrito; la negra María Francisca, madre del que yo convertiría en un bailarín de fama internacional. Y así todos mis muñecos. Pero el título de la farsa seguía sin aparecer. Pequeño conflicto en que suelen hallarse los autores de cualquier género literario, comedia, cuento, novela o poema, y que se puede obviar, sobre todo en la novela, recurriendo al nombre, sólo al nombre y apellido del protagonista: *David Copperfield*, *Ana Karenina*, *Madame Bovary*, *Pepita Jiménez*, *Ángel Guerra* y tantos más de otros libros famosos. «Ni el hábito hace al monje, ni el título a la novela —pensé—, y si la mía lleva luz dentro brillará con cualquier letrerito que le ponga.»

* Capítulo XL del tercer volumen de las *Memorias*.

A principios de marzo de aquel año 22 comencé el envío de original a la imprenta de don Juan Pueyo, en la calle de la Luna, la que más rápidamente imprimía los volúmenes de la editorial Renacimiento. Y el título deseado, que yo quería expresivo y «de escaparate», me llegó una tarde con las pruebas de un capítulo en el que se hablaba de la blancura y la negrura de las almas, asignándosele a la de Peter el primer color, ya que era cándida y generosa como la de muy contados hombres blancos, a menos que se buscasen en el santoral. A Jardiel Poncela lo de *El negro que tenía el alma blanca* le pareció «estupendísimo». A mi padre, conocedor del argumento del libro, «muy acertado». A mi hermano Manuel, «de perlas». García Sanchiz, Bernardo Candamo, Pepe Francés, Dionisio Pérez y Juan Pujol, entre otros camaradas íntimos con quienes hablaba de mi obra, entendieron, con distintas palabras, que era un título precioso, curioso, brillante e intrigante. Con todo lo cual y ante testigos recibió nombre mi novela, que yo escribía por las tardes, pues las mañanas eran para los artículos en mi casa o en la redacción de *La Correspondencia*, y las noches, de no ir al teatro o al «cine» con Gabriela, para dormir.

Ninguno de mis libros me ha costado menor esfuerzo que aquél. Era como si un hada familiar me lo dictase. Todos los personajes, así los que representaban los primeros papeles como los secundarios y episódicos, me obedecían con esa docilidad de los títeres que manipula el titiritero. Lo que no significaba que quisieran quedarse en meras figurillas de cartón o de trapo, sino que confiaban en que yo les infundiera vida como a hombres y mujeres «de la realidad». Algunos venían directamente de esa realidad cotidiana, donde los cazan o pescan los autores para, mejor o peor aderezados, servirlos en sus argumentos; otros no tenían de verdaderos, como en el caso del protagonista, más que un leve punto de apoyo en la realidad, y, por fin, no faltaban los imaginados, los compuestos por el novelista y que no son nunca del todo originales en el sentido de que entonces comiencen a existir, pues en la vida real de los hombres, como en la ficticia de las artes, no hay cosa ni ser que surja por generación espontánea.

Quiero expresar con esto que aun los personajes de mi invención procedían de una realidad indeterminada, pero ofreciéndome una primera materia humana que en mi mano estaba que lograrse consistencia o se disolviera en polvo. Añadiré que yo to-

maba «mis precauciones» buscando para los fondos de mi novela ambientes respirados por mí, como el de la Cuba de mi nacimiento y primera infancia, donde hacía nacer al negro de la fábula; el de un Madrid vivido en mis tiempos de estudiante y de escritor en cierne; el de un París que me sugestionaba y, por último, ese aire que llaman de «entre bastidores», o de la farándula, mefítico para unos y que otros aspiran con deleite.

Ello es, repito con expresión trivial, que la obra «me iba saliendo como una seda», aunque en algunos capítulos la seda se deslizara más premiosamente que en otros. En los promedios de abril iba yo por la mitad del libro, y presumía que me faltaban tres meses para terminarlo, cuando he aquí que una tarde, en lugar de uno de los chicos de la imprenta, se presentó en mi casa con las galeradas de turno el propio impresor, don Juan Pueyo, hombre rechoncho, de ancha sonrisa y rizado bigote negro, y me disparó a quemarropa estas palabras:

—¿Sabe usted, Insúa, que está usted escribiendo una novela «súper», y que tiene usted que publicarla antes de San Isidro?

Respondí desconcertado:

—Nunca sabe uno lo que está escribiendo. Pero lo que sí sé es que esta novela no estará terminada hasta el otoño.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque me falta la mitad!

—Pues esa mitad va usted y no sale de casa, la escribe en quince o veinte días, yo compongo e imprimo a todo meter y para San Isidro «estamos» en la calle y el éxito va a ser de los de «a ver quién puede conmigo».

Y como yo sonriese, escéptico.

—¡Parece mentira! —exclamó don Juan Pueyo—. ¡Cómo son ustedes, los escritores! Nunca saben lo que se traen entre manos. Pues yo, oiga usted, con sólo mirar por encima las galeradas me doy cuenta de si va a salir un churro o un monumento. Y si su novela sigue como hasta ahora se van a suceder las ediciones. Le doy mi palabra de impresor.

—Impresor y de los mejores —repuse— es usted, amigo Pueyo, pero dudo de que también sea profeta y que con sólo pasar la vista por las galeradas adivine la suerte que correrán los libros que imprime. No obstante, sus palabras son para mí un estí-

mulo y aumentan mi confianza en una obra que estoy escribiendo con mucha ilusión. Así que le prometo que la novela estará en las librerías para San Isidro.

—¡Chóquela usted! Así me gusta. Y prepárese, que no le dejaré dormir. Cada mañana mandaré a recoger las cuartillas que tenga hechas. ¿Estamos?

Este diálogo fue, por parte del impresor, más efusivo y pintoresco. Se trataba de un hombre muy ocurrente. Podía hablar sin quitarse el puro de la boca. Entre chiste y chiste soltaba una humareda que le corría desde la nariz hasta el bigote, formando unas volutas grises que disipaba de un soplo.

No deberán confundir a este don Juan Pueyo, impresor, con el don Gregorio del mismo apellido, fundador de una dinastía de editores y libreros que tanto ha influido en el desarrollo de ambas industrias españolas. Don Gregorio no era locuaz como su homónimo: de pocas palabras, pero de su palabra se decía que era una escritura. De nariz grande y violácea, olfateaba los éxitos y los fracasos de los escritores y poetas que acudían a su famosa tienda-zaquizamí de la calle de Mesonero Romanos. Y no pocos de ellos encontraron en él un mecenas. Claro que con cuentagotas, pero esas gotas impidieron que más de uno se muriese de hambre. En cuanto al otro Pueyo, su imprenta en aquel caserón de la calle de la Luna era de las más acreditadas de Madrid, sobre todo para las publicaciones y los libros baratos.

Precisamente, cuando Pueyo me espoleaba para que yo acelerase la marcha de mi novela, habíase aumentado mi labor de periodista, nada abrumadora en *La Correspondencia*, donde solía publicar artículos breves. Pero ocurrió que un día «me mudé de periódico», pasando de la vieja gaceta de los Santa Ana al flamante diario de don Nicolás María Urgoiti titulado *La Voz*. No fui yo el primero en anticiparme al naufragio de *La Corres*, temido y previsto por todos sus tripulantes. Ni lo hubiera hecho sin la carta que me escribió Enrique Fajardo, que había sido su redactor más conspicuo, sobre todo durante la guerra del 14 al 18 en su papel de crítico de la campaña, que desempeñó con acierto y la imparcialidad posible, dada su actitud de aliadófilo. En la tal carta me proponía una colaboración de tres artículos semanales en aquel diario, que él dirigía y que a los pocos meses de su aparición era el más popular entre los vespertinos de Madrid.

Vacíé antes de aceptar por dos motivos: uno por parecerme demasiado trabajo el de una crónica «un día si y otro no», habida cuenta de que colaboraba en otras pu-

blicaciones y me había comprometido con el simpático Pueyo a lo que el lector ya sabe. Y el otro motivo era mi amistad con el director de *La Correspondencia* y el afecto que todos sus redactores me inspiraban. Pero el propio Serrán me dijo: «Lamento que me dejes, pero debes irte, porque esto se va...».

Me fui. Y pocos meses después de mi marcha se hundió la vetusta fragata de *La Corres*, que había navegado mucho y sido en algún tiempo el más alto representante en España de lo que todavía se llamaba el «cuarto poder». De *La Corres* había sido corresponsal en Londres, en los años de la primera guerra europea, el insigne Ramiro de Maeztu, que desde hacía más de un año firmaba artículos y redactaba editoriales en *El Sol*, diario austero, sin reseña de toros y publicidad muy escogida, cuyo primer director fue Manuel Aznar, el «caso» de mayor precocidad periodística conocido en España y quizá en el mundo.

Entonces, cuando yo entré en *La Voz*, dirigía *El Sol* Félix Lorenzo, que firmaba algunos comentarios de intención satírica con el seudónimo de Heliófilo. Figuras relevantes de *El Sol* eran Ortega y Gasset, árbitro y eminencia gris de los dos periódicos del señor Urgoiti, y don Eduardo Gómez de Baquero, que había evolucionado desde el «conservadurismo» de *La Época* a una postura liberal moderada, si bien más que la política le atrajese la literatura. Fue Gómez de Baquero, así en *Los Lunes de El Imparcial* como en *El Sol* un crítico literario inteligente. Adoptó el seudónimo de Andrenio para colaborar en *La Voz* y *Prensa Gráfica*. Con Ortega y Baquero vino a formar Maeztu el trío de las firmas más ilustres de *El Sol*, si bien lo fueran otras, como las de Salvador de Madariaga, Pérez de Ayala, Adolfo Salazar, Francisco Alcántara, Ricardo Baeza y Tomás Borrás. Debo advertir que fue precisamente en *El Sol* donde se iniciaron las mutaciones espirituales de Maeztu y su nueva orientación política, que un día le llevaron del diario del señor Urgoiti, foco de liberalismo, al de don Torcuato Luca de Tena, cuyo «clima» era el opuesto y donde Maeztu pudo escribir «a sus anchas»: a lo ancho y a lo hondo de su mente y su corazón.

Con la seriedad, a veces presuntuosa, y un sí es no es pedante de *El Sol*, contrastaba la ligereza premeditada de *La Voz*, que los «maestros» de *El Sol* toleraban benévolo desde sus alturas sidéreas, no sin tener presente los datos administrativos, según los cuales la venta de *La Voz* superaba con mucho a la de *El Sol*.

Desde un principio me sentí a gusto en *La Voz*, que hacía compatible su amabilidad con una información copiosa y las glosas que a sus redactores y colaboradores sugerían los acontecimientos nacionales y de todo el mundo. Entre éstos, socialista templado —si cabe la templanza en el punto de partida del comunismo—, figuraban Luis de Araquistáin; el viejo e inocuo republicano Roberto Castrovido; Baquero, que había hallado en Gracián su seudónimo; Luis Bello, uno «de los del 98», no muy tenido en consideración por sus coetáneos, a alguno de los cuales hubiese podido aleccionar en literatura, y el poeta y crítico Díez Canedo, que escribía «La cena de las burlas», comentarios irónicos de la actualidad, donde no siempre lucía su indudable ingenio. También firmaba críticas literarias en *El Sol*.

Los de *El Sol*, cuando colaboraban en *La Voz* era como si sustituyesen la toga o la levita —que se usaba todavía entonces— por la simple americana, o por la blusa, si no es que se quedaban en mangas de camisa. En *La Voz* no se podía ser solemne y mayestático como en *El Sol*. Por nada del mundo hubiera descendido de su carro febeo don José Ortega y Gasset para firmar una croniquilla en *La Voz*.

Los martes, jueves y sábados llegaba a mi casa de la plaza de la Moncloa uno de los ciclistas del periódico para recoger el artículo, que se publicaba en las noches de los lunes, miércoles y viernes. Nunca se fue sin las cuartillas. No frecuentaba yo mucho la redacción. A lo sumo un par de veces al mes para «cambiar impresiones» con el director, Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal. Era Fajardo un hombre alto, desgarbado, ventrudo, francamente feo, con andares de palmípedo. Nada de lo cual afectaba a sus dotes de periodista experto y ecuánime. Años después, mas por contagio que por convicción, vióse arrastrado por la ola roja del Frente Popular, lo que hubo de costarle su expatriación a México y, por fin, una muerte voluntaria. Evoco su persona con sincera piedad.

En las dos naves periodísticas del señor Urgoiti la brújula se inclinaba ligeramente hacia la izquierda. En las reuniones que celebraban los colaboradores y redactores de *El Sol* respirábase el aire de la Institución Libre de Enseñanza. En la redacción de *La Voz* se respiraban humo de tabaco y efluvios del café con leche que traían del bar próximo. Pero no faltaba uno de los redactores principales —que no habré de nombrar— en quien larvaba un comunista de acción y de los más violentos.

El contraste entre *El Sol* y *La Voz* extendíase hasta sus redactores-dibujantes, encargados de dar la nota humorística. La de Bagaría era cerebral, abstracta, de una sátira en cierto modo esotérica. Iba muy bien con los señores enchaquetados de *El Sol*. La de Manuel Tovar era espontánea, desenvuelta y muy del gusto del hombre de la calle. Ese hombre que compraba el periódico, aunque sólo fuera por el «mono» del gran caricaturista.

Diez o doce crónicas había publicado yo en *La Voz* cuando, con una primorosa portada de Federico Ribas, hizo su aparición en las librerías *El negro que tenía el alma blanca*.

EVOCACIÓN DE DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA. SU GENEROSO ARTÍCULO EN *ABC* SOBRE *EL NEGRO QUE TENÍA EL ALMA BLANCA*. EL VALOR CONFIDENCIAL E HISTÓRICO DE ESA CRÓNICA DEL MAESTRO. DE CÓMO FRANQUEÓ LAS PUERTAS DE LA FAMA A MUCHOS ESCRITORES DESDE *LOS LUNES DE EL IMPARCIAL* *

POCOS DÍAS ANTES de la aparición de mi novela saludé en el vestíbulo del teatro de la Princesa a don José Ortega Munilla, figura prócer de nuestro periodismo, novelista a quien admiraba y mano generosa que en 1906, en el albor de mi vida literaria, me había franqueado las puertas de *El Imparcial*. Para la página famosa de *Los Lunes* admitió varios de mis primeros artículos y cuentos. Aparte de mi admiración por su obra, debíale, pues, gratitud. Mas no sabía ni esperaba yo entonces, en mayo de 1922, que esta gratitud habría de acrecerse y convertirse en un sentimiento perdurable. Nada más verme, Ortega Munilla me preguntó: «¿Qué está usted escribiendo?». Le respondí que una novela, con tal título. «Pues mándemela usted en cuanto se publique, porque tengo ganas, Insúa, de demostrarle mi consideración y mi cariño. Mándemela y haré sobre ella un artículo para *Abc*.»

Promesa cumplida y en la forma magnánima que pronto apreciará el lector. Pero antes de reproducir el artículo del insigne escritor, aparecido en el *Abc* del 6 de julio de 1922, quiero recordar que cuando redacto estas líneas, en el otoño de 1956, se cumple el centenario de su natalicio, y habrán corrido casi siete lustros desde el día de su fallecimiento. Nació don José Ortega Munilla en Cárdenas (Cuba) el 26 de octubre de 1856 y murió en Madrid el penúltimo día de diciembre de 1922. Es decir, que le quedaba medio año de vida cuando me prometió y publicó el artículo más generoso que se ha escrito sobre mi arte de novelista.

* Capítulo xLI del tercer volumen de las *Memorias*.

Esta circunstancia de la proximidad del momento en que don José me dedica tantos elogios y de la hora de su muerte, sin duda presentida y esperada, da a ese artículo suyo un como latido de *ultima verba*, de confesión pública y de aspiración de su alma dolorida a la paz y el silencio de un mundo donde las torpezas humanas no le harían sufrir.

Por eso, por considerar que, aparte la alabanza que hace de mi novela, tiene ese artículo de Ortega Munilla un valor de confidencia, de lamentación de un espíritu cristiano profundamente afligido por el triste espectáculo de su tiempo, sobre todo en la esfera del arte —¡pues qué pensaría del de ahora!—, voy a reproducirlo en toda su extensión. Su título es «Una novela de Insúa», y dice de este modo:

«Alberto Insúa es un isleño hispánico. Mucho tiempo ha que vive entre nosotros, y cuando moró en Francia y en otras naciones europeas tuvo siempre la noción española y la impuso a todas las novedades tristes que nos contrariaban y ofendían. Alberto Insúa es un español que no nació en España.

Famoso en el campo de las letras por sus inspiraciones meritorias, acaba de publicar una novela que se titula *El negro que tenía el alma blanca*. Considero este libro como uno de los más interesantes, sugestivos y hermosos que han aparecido en los últimos tiempos. Su autor sabe contar como pocos; sabe escribir como acaso nadie en la nueva literatura. Observa, analiza, concentra su juicio en unas líneas, y así, al correr de la pluma, personajes y escenas desfilan rápidamente, vertiginosamente, pero no como los del cinema, sino con una fuerza de proyección perturbadora de los entendimientos y admirable en su efecto y en su perdurancia.

Esta novela es una invención singularísima, en la que se unen dos elementos hispánicos: la antigua isla de Cuba, bajo el dominio de España, y España, en su propio territorio, en la actualidad.

Yo quisiera disponer de largo espacio para ocuparme de este libro, no sólo por lo que él merece, sino porque habría llegado la ocasión de mis revelaciones, de mis confidencias, de mis entusiasmos y de mis indignaciones... Indignaciones, sí, porque me encuentro en el caso de aquel nacido en Atenas que no podía aportar por el Ágora porque se hallaba seguro de que los oradores iban a decir cosas que le molestasen. A eso lo llamó un crítico ateniense “decadencia”.

No era decadencia, era que se había roto, en innumerables losanges, el pavimento nacional. Y eso ocurre en España, y más que en cosa alguna española, en el arte. Tengo sobre mi mesa, o en los armarios inmediatos, cientos de libros novelescos que empiezan en la liviandad y acaban en la repugnancia. Si ése fuese el espíritu humano, habría que convenir en que tal vez el hijo de Adán no sea descendiente de un mono, pero sí que ha llegado a ser un mico libidinoso y repugnante que hace gestos impúdicos ante la Venus clásica. Literatura de esta especie no es tolerable. Poco ha que se realizó aquí un empeño de propaganda contra determinadas disposiciones de la Policía que existen y se practican en todas las naciones cultas, principalmente en Inglaterra.

La obra de Alberto Insúa estudia el amor dignamente. Describe antros del pecado con nobleza de alta espiritualidad. Es un ejemplo de la reparación que esperamos los viejos. Porque, en verdad, he de decir a quienes me lean que no me resigno a desaparecer mientras esta retórica de Gomorra no sea enterrada, ya a golpes de la Ley, ya por el desdén de los lectores.

Alberto Insúa es un alto espíritu, y este libro de que hablo lo acredita. He aquí que un negro oriundo de la isla de Cuba, de familia de esclavos, que se llamó al nacer Pedro Valdés, ha trocado su nombre por otro norteamericano: el de Peter Wald. Sus patronos fueron los marqueses de Arencibia. En su tiempo, en el de la infancia del muchachito, ocurrieron las catástrofes de la guerra separatista. Mil aventuras pasaron sobre el niño negro. Una genialidad inesperada lo convierte en el rey del baile norteamericano. Donde quiera que aparecía llenaba los teatros.

Y eso ha servido a Alberto Insúa para recordar antiguas tradiciones cubanas y para el estudio del industrialismo teatral. No es posible escribir páginas más emocionantes, más sugestionadoras que las que Alberto Insúa ha escrito sobre un teatro matritense, donde apareció Peter Wald asombrando a los espectadores por la gracia varonil de un estilo de baile. Y en medio de todo esto surge un amor: el negro codicia noblemente a una artista humildísima, a una cómica desdichada. Ésta es una española de verdad; no se rinde a los halagos ni al dinero. Además, por un sentimiento racial odia al negro. Pero Peter Wald aparece ante ella, al fin de una larga lucha, como un caballero, como un mártir al que la naturaleza hubiera puesto la sombra de la desdicha. Peter Wald lucha por conseguir a esa española. En la fatiga de la con-

tienda desfallece, y un día, cuando la española se entera de lo que vale aquel negro nacido en Cuba, éste cae en el morir. La comiquilla madrileña besa la frente del bailarín, y éste desaparece dejando a su amor un pingüe recuerdo testamentario.

Singular contraste. El bailarín negro, hijo de esclavos, se destaca sobre la escena de un teatro en el que odios, envidias, concupiscencias y liviandades lo llenan todo. Un vil empresario rige aquel mundillo de la farándula, desdeñando a los maestros del ingenio. Más noble, más digno, menos impuro, es Peter Wald. El negro tiene el alma blanca y muchos de aquellos blancos tienen el alma negra.

Adviértase que Insúa no ha intentado un libro simbólico y tendencioso. Nada más lejos de su calidad estética. Es que al narrar descubre esencias de la vida. Es que al analizar es de una lealtad absoluta, y los hechos y los espíritus quedan proyectados bajo la luz de una observación definitiva.

Entre muchos tipos de la farsa novelesca hay un negociante teatral, don Narciso, que sintetiza la morbosidad imperante en los coliseos. Hablando él de su teatro y de su negocio dice: “Las tradiciones de esta casa son las de hacer pesetas. A espuestas se ganaron aquí con el sainete, con el juguete cómico, con la obra del enredo... El mal llegó cuando se metieron a escribir los escritores...”.

¿No es esto una revelación de la decadencia de la escena? Nunca se pronunció la sentencia con tanta sobriedad ni con tanta energía.

Ésta es la novela. Pero no es toda la novela, porque en cada página hay primores de observación, gracias infinitas narrativas, un poder delicado de estilo y de análisis...

J. Ortega Munilla».

La lectura de este artículo, publicado en el que era —y sigue siendo— el periódico más leído de España y firmado por un escritor tan ilustre, me produjo, amén de júbilo natural por las alabanzas que hacía de mi obra, una conmoción espiritual profunda. Y esto por parecerme —como antes insinué— que yo leía algo así como el adiós a la vida literaria de uno de nuestros escritores procedentes de la segunda mitad del siglo XIX que había alcanzado fama en la novela, el cuento y el periodismo, que pertenecía a la Academia, al que nadie negaba autoridad y muchos debían gratitud, y que ese adiós era un grito de indignación y, como si dijéramos, el rugido de un viejo león de las letras castellanas, asqueado ante el espectáculo de «los micos li-

bidinosos y repugnantes que hacían gestos impúdicos ante la Venus clásica». No significaba esto que el novelista romántico y naturalista a la vez de *La cigarra* y *Sor Lucila* renegara de la literatura amatoria, en la que fuera un maestro, sino que establecía una distinción o distancia abismal entre los temas de amor tratados con nobleza y limpieza y los mismos profanados por la impudencia y lubricidad de algunos escritores, tales cuales no desprovistos de talento.

En resumen, Ortega Munilla, al clamar indignado contra la literatura libidinosa no hace sino defender «lo suyo», su técnica y táctica de escritor en el género narrativo, que eran las del buen realismo costumbrista hispánico, tal como se aprende, cuando quiere aprenderse, en Cervantes y los grandes autores de la picaresca, excluyendo, claro está, los extravíos y desenfados de algunos. Dentro de la novela, sus contemporáneos, o mejor sus coetáneos, habían sido Galdós, Valera, Pereda, Leopoldo Alas, Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán. Sólo el penúltimo de los citados habría de sobrevivirle. Pues bien, ninguno de esta constelación de grandes novelistas españoles se dejó contagiar por el naturalismo de Zola, o el contagio fue superficial y efímero. A Ortega apenas le rozó. Si miraba más allá de nuestro mundo literario era para fijarse en Balzac y en Dickens.

Ahora bien, Ortega Munilla hubiese podido competir en el campo de la novela con los de esa promoción que llamaré galdosiana, por ser don Benito su figura más descolante. Pero en Ortega el periodista, el gran periodista que fue, hubo de sacrificar en parte al novelista, ya que en sus últimos años volvía a sus amores novelescos con *El pardo pardo*, *Estrazilla* y *La señorita de Cisniega*. Y únanse a sus narraciones largas las menores, es decir, sus cuentos, algunos de los cuales son inmarcesibles, como *Trinuelga*.

Durante veintisiete años dirigió Ortega Munilla *Los Lunes de El Imparcial*, y no recuerdo cuántos el diario fundado en 1867 por don Eduardo Gasset y Artime, a cuya familia perteneció por enlace matrimonial. Sus veintisiete años de los *Lunes* no hicieron de él un árbitro que pretendiese imponer sus gustos, favorecer a sus amigos e ignorar a los que no lo fueran, sino todo lo contrario: un espíritu abierto a todas las expresiones literarias siempre que obedecieran a este o aquel temperamento, a tal o cual escuela o tendencia, y que en sus autores reconociera o adivinase esos dones que concurren en el verdadero escritor.

Durante ese tiempo, *Los Lunes* fueron la puerta de la fama franqueada por Ortega Munilla a quien lo mereciere. «Cuantiosa parte de la literatura española contemporánea tiene en *Los Lunes de El Imparcial* su fuente o su espejo: desde Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas hacia acá, pasando por Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Maeztu...» Son palabras de Melchor Fernández Almagro, el ilustre historiador y maestro en la crítica literaria, en el artículo que dedicó a Ortega Munilla (*Abc* del 26-x-1956) al cumplirse los cien años del nacimiento del autor de *La cigarra*.

Dice muy bien Fernández Almagro. En cuanto a mí, no una vez, sino dos veces, me franqueó Ortega Munilla «las puertas de la fama»: la primera, cuando, en 1906, a punto de cesar en su dirección, admitía artículos y cuentos míos para el glorioso semanario, y la segunda, cuando el 6 de julio de 1922, con su generoso y apasionado artículo en *Abc*, le abría de par en par esas puertas al negro de mi fábula. Otros artículos habíanse publicado ya sobre mi novela, todos encomiásticos, pero ninguno, por la autoridad del autor y la difusión del periódico en que se publicaba, contribuyó tanto como el del maestro Ortega al éxito de mi libro.

¿Quién me habría de decir que seis meses después de haber firmado ese artículo —derroche de bondad para mí, lección, admonición y castigo para novelistas descarriados— iba a despedirse de este mundo el preclaro escritor? Hoy diríamos que murió joven, a los sesenta y seis años. Su hijo, el filósofo, pasó de los setenta. Pero hasta acercarse a su mitad el siglo xx la vida humana era más corta, y en 1922 la edad de Ortega Munilla equivalía a la de un anciano venerable.

A mi gratitud profunda por la merced de su artículo no tardó en unirse mi pesar por su muerte. Al recordarlo en estas líneas, la emoción me obliga a detener la pluma.

EL PANORAMA DE LA NOVELA ESPAÑOLA EN 1922. LA
LIQUIDACIÓN DEL DESASTRE DE ANNUAL. MAURA
DESPLAZADO DEL PODER. ELOGIO DE UN MADRID
QUE HA PASADO A LA HISTORIA*

LA CONSECUENCIA INMEDIATA del éxito de librería —y de crítica— de *El negro que tenía el alma blanca* no fue un banquete, sino algo más substancioso para mí: una renovación y mejora de contrato con la casa Renacimiento, que en menos de un año publicó tres copiosas ediciones del libro. Desde su publicación en mayo de 1922 hasta la fecha en que redacto estas líneas, noviembre de 1956, ese éxito no sólo se ha mantenido, sino multiplicado con tres adaptaciones al «cine» y una al teatro, y la traducción de la novela a nueve idiomas.

Semejante victoria literaria vino a poner término a mi situación de novelista semiolvidado. Tres novelas anteriores al *Negro*, si no habían caído en el pozo del silencio, pues no pasaron inadvertidas para algunos críticos —¿cómo no recordar el elogio que la condesa de Pardo Bazán hizo en *Abc de Maravilla?*— ni dejaron de tener lectores, es lo cierto que no acababa yo de contar con un público que me siguiese, como seguía a otros novelistas ya viejos, ya maduros, ya jóvenes, o ya fuera de este mundo, como el glorioso Galdós, cuyos *Episodios*, con los colores de nuestra bandera en la portada, veíanse en muchos escaparates; como Palacio Valdés, ya el decano de la novela española, a quien yo saludaba en su tertulia de la librería de San Martín y cuyo auge no decaía; como mi fraternal amigo Ricardo León, en la plenitud de su talento y de sus éxitos; como Unamuno, Pío Baroja y Valle-Inclán, con sus crecientes y apasionados grupos de lectores; como Alejandro Pérez Lugín, repitiendo sus ediciones de *La casa de la Troya*; como Blasco Ibáñez, a la cabeza de todos después del galope univer-

* Capítulo XLII del tercer volumen de las *Memorias*.

sal de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; como Ramón Pérez de Ayala, Wenceslao Fernández Flórez, José Francés, Francisco Camba, Augusto Martínez Olmedilla y Alfonso Hernández Catá, los seis de mi generación —siguiente a la del 98—, y, por fin, como Pedro Mata, «de gran venta», y José María Carretero, *el Caballero Audaz*, a quien vapuleaban o desdeñaban los críticos, pero que contaba con ese público aficionado a la novela galante y que no repara en el estilo ni en la sintaxis.

Menciono a estos autores —y acaso olvido a algunos— sin determinar mis preferencias, que de sobra las adivina el lector, para establecer la nómina de los que entonces abastecían al mercado interior de novelas, no arrolladoramente invadido, como lustros después, por las traducidas, generalmente mal, del extranjero, y al mercado exterior de Hispanoamérica, que consumía la mitad de las ediciones. No eran malos tiempos para el libro español. Madrid, Barcelona y Valencia competían editorialmente. Y no pocos de los autores muertos seguían vivos para el público, entre ellos, claro está, los clásicos permanentes. Yo entré en batalla con mi *Negro* y me puse, como es notorio, en la vanguardia.

De otra parte, había cobrado gran impulso la novela corta, género muy nuestro desde las *Ejemplares cervantinas*. Del famoso árbol de *El Cuento Semanal*, fundado por Eduardo Zamacois, otro novelista en auge, habíanse desprendido varios vástagos, y cada martes o cada sábado aparecía en los quioscos una novelita a treinta céntimos, en ocasiones de plumas excelentes. Escribí no sé cuántas.

Y a todo esto, no abandonaba el periodismo. A lo cual me obligaba no tan sólo mi ventajoso contrato con *La Voz*, sino también la afición al artículo firmado, en el que se puede tratar todos los temas y divagar a gusto, o a disgusto, pues no siempre el tema es placentero. Lo más frecuente, dada la condición humana que hace del hombre el ser —iba a decir el animal, ¿por qué no?— más belicoso del mundo, son las guerras, civiles o internacionales, y las revoluciones los motivos que mueven la pluma de los articulistas que van escribiendo, día a día, la historia de su tiempo.

Claro que cabe la evasión, que puede uno ponerse *au-dessus de la mêlée* y proseguir en su tarea de crítico de literatura o de arte, de costumbrista que sólo observa y describe los hechos menores de la vida cotidiana, o bien ser uno de esos escritores que cultivan el humorismo jocoso, ya que no falta el dramático, del que son ejemplo los maestros de la sátira desde Juvenal a Bernard Shaw, pasando por nuestro Fígaro, y

que existirá siempre el escritor frívolo y panglossiano, insensible al dolor y la angustia de sus semejantes y que lo ve todo de color de rosa. No obstante, hay una frivolidad aparente, que es como un ansia de olvido de ese dolor y de esa angustia, algo así como un opio o morfina que adormece el espíritu y lo abstrae, en lo posible, del drama interminable de la existencia.

Pues bien, lo confieso, yo me atuve en mis artículos para *La Voz* a esa ligereza y frivolidad aparentes, tocadas de estoicismo, porque estaba cansado de los temas tristes, porque durante siete años, desde el 14 al 21, fui un testigo y comentarista de una guerra horrenda y de una paz que supuse redentora y ya se me aparecía como un puente para otra pugna peor.

Y esto aparte, la realidad nacional, de una España que había tenido la suerte de no complicarse en la guerra a la que no puso fin, sino un paréntesis, el Tratado de Versalles, no era, ni mucho menos, la de un país dichoso, sin conflictos bélicos ni problemas sociales, pues ahí estaban, a la vista de todos, las realidades palpitantes de la liquidación de la derrota sufrida por nuestro Ejército en Marruecos, la huelga de los funcionarios de Correos, los actos de indisciplina militar, el terrorismo y los resabios separatistas en Barcelona.

Un segundo Gobierno de concentración nacional, presidido por don Antonio Maura, con los jefes de todos los partidos —los mismos, según frase del gran estadista, que nos habían traído con sus errores a situación tan peligrosa— hubo de enfrentarse con tal cúmulo de problemas, de solución urgente para la patria, y sólo en parte pudo resolverlos o paliarlos.

Habíase reparado, lentamente, con nuevas pérdidas de vidas, el desastre de Annual, reconquistándose el territorio abandonado hasta los límites indispensables para la seguridad de la plaza de Melilla. También contuvo Maura las explosiones del sindicalismo en el Ejército, manifestado en las Juntas de Defensa, y puso término a la anarquía administrativa con el Estatuto de funcionarios. Pero como en su Gobierno faltaba, según también frase suya, el «apiñamiento patriótico», como en aquel grupo heterogéneo de ministros cada cual iba por su lado, un buen día, un mal día, una maniobra de los conservadores de Dato señaló, como habría de comprobarse más luego, el final de la vida pública del hombre de la «revolución desde arriba». Y ocupó el poder el señor Sánchez Guerra.

A todo esto, es decir, a los distintos aspectos del panorama político de España, había dedicado yo algunos fondos o artículos con mi firma en *La Correspondencia*, pero en *La Voz* este menester incumbía a otros redactores y colaboradores. De lo cual yo me felicitaba. Y no sólo por los motivos que antes dije, sino también porque habiendo alcanzado con mi novela un innegable triunfo no podía contener, aunque sí disimular, esa propensión al optimismo que acompaña los éxitos en cualquier instante de la vida de cada cual.

Por donde quiera que la considerase, mi vida íntima era la de un hombre dichoso. En mi edad, que se acercaba a los cuarenta años, no aparecía el menor signo de desfallecimiento. Era la mía «una salud a toda prueba». A la sombra de mis padres veía crecer felices a mis hijos. En mi casa, con mi compañera hacendosa e inteligentísima, de la que estaba no locamente, sino sensatamente enamorado, *tout était ordre, beauté, calme et volupté*, y para completar mi ventura había vuelto a tomarle gusto a Madrid, que iba creciendo poco a poco, que conservaba mucho del siglo XIX, donde lo familiar de sus costumbres y eso que se llama «madrileñismo» subsistían, aunque ya apareciesen en su semblante algunos de los rasgos de la cosmópolis futura.

Era todavía el Madrid de Alfonso XIII, del Nuevo Club, de la Gran Peña, del Casino, del Ateneo con ciertos pujos revolucionarios y del flamante Círculo de Bellas Artes, donde, arriba, «se jugaba»; en su espacioso vestíbulo, alfombrado, se formaban tertulias de artistas y escritores, y abajo había una piscina y un cabaret.

Era un Madrid con su calle de Alcalá numerosa de teatros y cafés, de gente conocida —políticos, literatos, cómicos y toreros— que se saludaban al paso, o se detenían en grupos para conversar. Era el Madrid de El Gato Negro, con la peña de Benavente, de la Maison Dorée, el Lion d'Or y el Levante con otras peñas presididas por escritores y músicos. Era un Madrid del que no habían desaparecido —aunque ya se retirasen— la mantilla ni el mantón de flecos. Era un Madrid con sus ídolos y sus hombres populares, así se llamasen Juan Belmonte, Emilio Carrère o don Ramón María del Valle-Inclán. Tiempos del cine mudo con la Perla Blanca, la Bertini, la Cavallieri y el maravilloso Charlot. Se construían hermosas salas para proyectar sus películas.

Había ópera en el Real. Y ahí estaba el teatro de Apolo, alternando las zarzuelas con las revistas de Eulogio Velasco, con finos argumentos de Tomás Borrás. La Puer-

ta del Sol, no derrotada aún por la Gran Vía... Los automóviles de alquiler, pocos, provistos de una banda azul. El fútbol, sí, pero incipiente. El espectáculo nacional seguía siendo el de los toros.

Y aquí se detendrá mi pluma, nostálgica en 1956 de los atractivos de aquel Madrid de los años 20 al 30 que ha pasado a la historia y que los jóvenes y semijóvenes de entonces que sobrevivimos no cesamos de evocar ante el desdén o la burla de la juventud de ahora.

Entre todos los espectáculos y distracciones que me ofrecía aquel Madrid —teatros, cines, el Retiro, el parque del Oeste, la Moncloa y las verbenas, a partir de «la primera que Dios envía»—, el que más me interesaba, sin duda porque me restituía a mi condición de español, era el de los toros.

Mi vida en Francia desde el año 14 al 21 no me permitió presenciar el cenit y el ocaso de la gloria de Joselito, a cuya alternativa, de manos de Machaquito, había asistido en octubre del 13. Todavía, en la temporada del 22, los buenos aficionados lloraban su muerte, sobrevenida dos años antes en la plaza de Talavera de la Reina. Con la cual muerte, en las astas del toro, de quien se consideraba el Aquiles de la tauromaquia, quedaba rota una de esas nobles competencias que han dado su mayor lustre y prestigio a la fiesta nacional. Quedó, desparejado, Belmonte. Y Belmonte, con serenidad que llamaré senequista —ya que era el torero de los «intelectuales», de un Ortega y Gasset, de un Pérez de Ayala—, aceptó su destino de cargar él solo con el cetro y la cruz de la torería. Pero Juan no era un rey infatuado, sino modesto, pronto a reconocer y alentar los méritos de sus colegas, entre los cuales se contaban el hermano de José, el *Gallo*, y Sánchez Mejías, Marcial Lalanda, los Bienvenidas, Granero y algunos más. Gran época del toreo y que, a mi modo de ver, señala su máximo esplendor y el principio de su decadencia.

Yo iba entonces mucho a los toros. (Ya no voy.) Volví a ser un aficionado, pero no de los partidistas o fanáticos que sólo aplauden y aclaman las faenas del que tienen por el mejor, por el «único», sin que en ocasiones, como en el caso de Joselito, por exigir demasiado del ídolo, esos idólatras se convirtieran en iconoclastas. ¡Cuánto no influyeron en el desánimo que precedió a la muerte de aquel torero portentoso los desvíos y las injusticias de su público!

Ya no había tenido tiempo para intervenir en los episodios de la célebre competencia y declararme gallista o belmontista. De modo que en 1922 no era posible hacerlo. Además, no hubiera yo adoptado nunca tal posición, por pertenecer a esa categoría de aficionados que van a la plaza dispuestos a reconocer y aplaudir el mérito allí donde lo hallaren. Mi preferencia se inclinaba hacia Belmonte, pero sin fanatismo.

Yo era, no obstante ser joven todavía, un viejo aficionado, pues mi gusto de los toros se remontaba a las horas de mi más temprana niñez. Tendría yo cuatro o cinco años cuando asistí, con mi padre, a la primera corrida de toros, en la plaza de La Habana. Vi torear a Lagartijo y Frascuelo. Después, ya en España, presencié los triunfos del Guerra y de aquellos maestros de la tauromaquia que se llamaron Mazzantini y Antonio Fuentes. Más tarde vi aparecer y descollar a otras figuras, como las de Machaquito y Ricardo Torres.

En 1922 la fiesta de los toros, en la plenitud del arte belmontista, conservaba todo su esplendor: no era el toreo «cosa fácil» con las reses, apañadas para restarles bríos. En fin, aquella época de la tauromaquia habría de inspirarme un lustro después mi novela *La mujer, el torero y el toro*, a la que remito a aquellos de mis lectores que deseen explicarse el motivo de mi «desafición».

[...]

LA MUERTE DE UN GENIO DE LA PINTURA. UN EPISODIO MACABRO Y PATÉTICO*

[...]

EN ESE MISMO AÑO [1922] otros hechos de la vida española, en sus zonas de la literatura y el arte, me produjeron mayor impresión que el contacto verbal entre el rey y el ilustre rector de la Universidad de Salamanca. Y como las cosas y los hechos y los hombres que los suscitan tienen, aparte de su importancia y trascendencia, que pueden influir en la Historia, un reflejo particular en cada espectador, según sus ocupaciones y su temperamento, no sorprenderá que en mí, pintor frustrado y escritor «en ejercicio», se reflejasen dolorosamente los hechos de la segunda categoría, a saber: la enfermedad que marcaba el acabamiento del más grande de nuestros pintores contemporáneos, y la muerte prematura de un escritor genial con el que no siempre hice las mejores migas, pero del que nunca dejé de reconocer y alabar los méritos. El pintor era nada menos que don Joaquín Sorolla; el escritor, José López Pinillos.

Pues bien, aconteció que por entonces quedó el primero paralítico, es decir, inútil para su arte, y que el segundo cerró los ojos para siempre. No habré de insistir en lo que significaba de triste y de trágico para nuestra pintura la parálisis de Sorolla, su mano inerte, su *mors in vita*, cuando hubiese sido maravilloso que esa mano moviese el pincel y sus ojos se apoderasen de todas las luces de nuestro mar y nuestro cielo hasta alcanzar, como Ticiano, una edad centenaria. Moría, para «lo suyo», Sorolla a los sesenta años; se apagaba uno de esos genios renovadores de la pintura, como los Velázquez, los Greco y los Goya. No era una pérdida, un dolor solamente nacional, sino universal; dejaba obras inconclusas; ya no era más que un pobre anciano inmóvil y casi sin habla en un sillón de ruedas.

* Capítulo XLIII del tercer volumen de las *Memorias*.

Le había conocido, no tratado mucho, pero sí admirado profundamente en los momentos mayores de su gloria, cuando yo era un aspirantillo a pintor en aquel estudio de don Manuel Ángel, el gran dibujante, mi maestro, y del marqués de Santa-maría, ducho en las copias de las figuras velazqueñas.

Había sido presentado a Sorolla por uno de sus grandes paisanos, Benlliure, el escultor, lo que hubo de franquearme la entrada en su taller y me deparó el arrobo de verle pintar. Cuando fui por primera vez a Valencia y me vi frente a su mar, me dije: «Esta luz, este color, estas velas, este aire ya los había yo visto y respirado en los lienzos de Sorolla». Y creo que no cabe decir más.

En cuanto al escritor, veamos... José López Pinillos no me había sido nunca, como persona, simpático. No congeniábamos. Él era un hombre áspero, agrio, así en sus escritos como en su trato. A tal punto llegaba la acrimonia de su carácter, su fama de hombre avinagrado, que, jugando con sus dos apellidos, los vendedores callejeros de las revistas semanales, cuando aparecía una con un cuento suyo, la pregonaban diciendo después del título: «Por José López Pinillos... por López-pinillos en vinagre». La anécdota podrá no tener gracia, pero es cierta.

Aquel escritor, gran escritor como novelista, articulista y dramaturgo, era, en efecto, lo que se dice «un hombre avinagrado», maldiciente y sarcástico. Era andaluz, de Sevilla, pero sin «ángel». No digo que no tuviese «duende», pero su duende tenía uñas prontas al zarpazo. Por su tipo no parecía nacido en la Bética. Siempre nos imaginamos, al menos yo me los imagino, a los andaluces morenos, cenceños, garbosos al andar, graciosos en la conversación y afables —claro que los hay que contradicen estas condiciones—, y López Pinillos era coloradote como un flamenco, no de Triana, sino de las Flandes, con el pelo rubio algo crespo y una barba cuadrada del mismo color, que lució hasta que una enfermedad cutánea lo volvió medio calvo y le obligó a rasurarse.

Para que se entienda que, no obstante nuestra disparidad de caracteres, yo estimaba en Pinillos al escritor, recordaré que su primer libro, una novela titulada *La sangre de Cristo*, fue publicado en 1907 por una editorial de la que era yo el asesor literario. Y añadiré que tiempo adelante, cuando Pinillos popularizó su seudónimo de Parmeno en las columnas del *Heraldo*, en sus entrevistas con «personajes y personajillos» —la distinción es suya—, y cuando a *La sangre de Cristo* sucedieron sus recias

novelas *Doña Mesalina* y *Las águilas* y, tras fatigas y descalabros, logró abrirse camino como dramaturgo, yo me alegré, como me alegra en toda ocasión el triunfo de mis cofrades en la hermandad literaria, aunque su modo de entender el arte no fuese el mío. ¡Pues no faltaría más sino que todos lo entendiésemos del mismo modo!

Pinillos y yo éramos antípodas: él, brusco, duro y pedregoso en su estilo; yo, procurando ser dúctil, llano y transparente. Él, amigo de la hipérbole, del trazo caricatural, buen discípulo de Quevedo; yo, mirándome siempre en el límpido espejo de Cervantes.

Y he aquí que este hombre, que este escritor excepcional va y se muere cuando comenzaba a gustar las delicias del éxito en el teatro, su constante deseo, su ambición más alta. ¡Qué forcejeo el de Pinillos antes de ver sus comedias y dramas admitidos por los empresarios, interpretados por una María Guerrero y un Enrique Borrás!

Ello es que un día leí apenado en los periódicos la noticia de su muerte y me dispuse a asistir a su entierro. El cual se efectuó en una tarde luminosa de aquel mes de mayo, en el camposanto de Nuestra Señora de la Almudena. No había cumplido Pinillos los cuarenta y ocho años al despedirse de este mundo. Tal vez envejeciendo se hubiese amansado, dulcificado, logrando ese equilibrio del espíritu que nos permite contemplar la vida en todos sus aspectos y ser más inclinados a la tolerancia y el perdón que al dicerio y el sarcasmo. Pinillos no tuvo tiempo de cambiar.

De cuantos y quienes le acompañamos, según el tópico, a «su última morada» sólo recuerdo a uno, porque ese uno y yo le seguimos del brazo hasta la fosa. Ese uno era un autor de comedias, entonces en el apogeo de su fama, tan aplaudido por el público y solicitado por las empresas como vapuleado por algunos Aristarcos.

Llamábase don Pedro Muñoz Seca, cuyo teatro jocoso, modelo en algunas de sus comedias del *castigat ridendo mores*, y en otras lindando con la bufonería, revelaba siempre la mano de un autor cómico excepcional. En cuanto a su físico, era el de un hombre joven aún, alto, moreno —¡éste sí que era andaluz!—, brillantes los ojos de inteligencia, con chispazos de burla y, por fin, con unos bigotes endrinos de los que entonces se llamaban «de mosquetero». Tenía un colaborador, tocayo suyo, andaluz como él y con dos patronímicos muy nuestros: Pérez y Fernández. Ningún Pedro «pisaba» al otro; pero del segundo, por ligereza, se olvidaban algunos críticos y reservaban los palos para Muñoz Seca.

Conforme nos acercábamos, a pie, al lugar donde sería sepultado Pinillos, Muñoz Seca le dedicó varias frases de elogio: «Era un gran novelista. *Las águilas*, de lo mejor sobre el tema del toreo... *Doña Mesalina*, un estudio satírico y profundo de la fémmina demasiado ardorosa... Y también había en Pinillos un hombre de teatro. ¡Si no lo tomara todo por la tremenda!».

Llegamos al borde de la fosa. La tarde de mayo era alegre de luz, de aromas de flores nuevas o marchitas sobre las tumbas. No sé por qué, no siendo pocos los acompañantes del difunto —escritores, actores, periodistas—, nos encontramos Muñoz Seca y yo los primeros junto al ataúd, nada lujoso, y asistimos a la operación mortuoria, que ignoro si sigue practicándose, de levantar la tapa del féretro por si los deudos y amigos del finado quieren dirigirle la última mirada o poner sobre la mortaja unas flores.

Muñoz Seca y yo miramos, sí, al rostro yerto de Pinillos. Pero no nos pareció Pinillos. La Muerte, cruel pintora, había amarilleado y enverdecido su rostro rubicundo, amaratado los párpados, hecho como de mármol la boca. Un sepulturero derramó cal sobre el cadáver, cerró la caja, y con la ayuda de otro pasó las cuerdas para el descenso del ataúd al fondo del sepulcro. Y sobre éste, una de Muñoz Seca y otra mía, cayeron dos paletadas de tierra.

Este macabro y patético episodio no lo olvidaré jamás. Muñoz Seca y yo, en la luminosa, en la alegre tarde de mayo, sentimos frío: ese frío en el alma que es como una ráfaga del aire de los muertos, de ese aire que un día —¿cuándo?— soplará también sobre nosotros y en sus alas invisibles nos llevará al círculo dantesco que nos corresponda según nuestras virtudes o nuestras culpas.

«LA REPÚBLICA DE LOS LOBOS». MI ILUSTRE ENEMIGO
 VALLE-INCLÁN. AMIGOS Y CAMARADAS. DE RICARDO
 LEÓN A JOAQUÍN XAUDARÓ Y MANUEL TOVAR*

SON MUY DELGADOS Y frágiles los hilos de la amistad. Entre todas las amistades las menos consecuentes y las más quebradizas son las de artistas del mismo género, llámense escritores, poetas, pintores, escultores, cantantes, danzantes, comediantes.

Dice el viejo refrán: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio». Y Beaumarchais pone en boca de Fígaro esta frase: «*La République des lettres à Madrid était celle des loups*», que resultaría exacta si se refiriese a los lobos —y chacales y hienas— de todas las repúblicas literarias del mundo, poniendo en primer término la de París.

La rivalidad existe en todas las profesiones. Pero en ninguna dispone de tantas armas para ofender y defenderse como en las del campo literario. Porque el escritor, amén de la maledicencia, de la diatriba y los denuestos verbales, que son comunes a todos los oficios, cuenta con la pluma que unos mojan en la hiel de la envidia, otros en el veneno de su fracaso y los de acullá en la tinta, que suponen dorada, de su orgullo, porque se consideran genios indiscutibles.

Claro que no faltan escritores, poetas, novelistas y dramaturgos que se estiman entre sí, que reconocen y alaban los méritos de sus contemporáneos, a quienes unen amistades sinceras y «durables», aunque sus ideas y sentimientos no sean los mismos, y a veces antagónicos, de lo cual en España pueden citarse altos ejemplos como el de la amistad de Pereda y Menéndez y Pelayo, católicos y conservadores, con el anticlerical, pero no ateo, y revolucionario hasta cierto punto, Galdós. Nada más noble y más bello que esa admiración recíproca, que no compromete la autonomía del espíritu y el estilo, que es el hombre, de cada cual.

* Capítulo XLIV del tercer volumen de las *Memorias*.

Pero es más frecuente... lo otro. Y de esto nadie supo y sufrió tanto como el príncipe de los escritores españoles, Cervantes. En ocasiones la enemistad, como la amistad, se produce *inter pares*, como en el caso de Cervantes y Lope, con la ventaja de la generosidad en favor del primero.

Entrando en nuestra época, Unamuno no sólo no ocultó su antipatía hacia Galdós, sino que a raíz de la muerte de don Benito la explayó de palabra y con la pluma.

Viene todo esto a cuento porque yo sufría —disfrutaba— entonces, en Madrid, de una enemistad ilustre, casi diré gloriosa, porque el enemigo era uno de los escritores más justamente famosos de la época. Nombro a don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro —en su fe de bautismo, José Ramón Valle y Peña—, que me había honrado con una amistad íntima, cuando ya «él era él» y yo apenas comenzaba «a ser alguien» en la vida literaria, y de pronto, por causas que ya expuse en algún capítulo de mis Memorias, se volvió contra mí, y habló mal de mí, y yo me propuse no tomar en consideración sus vejámenes mientras no afectasen a mi honra personal, lo que no aconteció nunca.

Valle había regresado de un viaje, decían que «triumfal», a Hispanoamérica. Un día lo vi en un banquete a no recuerdo qué escritor, e hicimos mutuamente como si no nos viéramos. Yo le miré luego, de soslayo, para ver si había cambiado mucho su faz desde que en 1904 o 1905, en su mísera alcoba de una casa de las llamadas de corredor, o sea de vecindario menesteroso, en la calle de la Gorguera, me leía incorporado en la cama, en hojas escritas a lápiz, los capítulos de su novela *Flor de santidad*. Eran los tiempos en que fue uno de los más ilustres ayunadores o faquires a la fuerza de Madrid. También quería yo ver si sus barbas seguían siendo las que, en 1907, comparó Rubén Darío con las de un chivo, o cuando parecíanse en realidad a las de un caballero de Ticiano, o mejor a las de un apóstol del Greco. Nobles y no ridículas aquellas barbas, que tan próximas tuve de mis ojos cuando, en la fecha antedicha, vino ese «gran don Ramón» a traerme los versos de sus *Aromas de leyenda*, cuya edición, por motivos que no le favorecen (véase el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias), fue la causa de nuestra enemistad irremediable.

Pues, sí. En 1922 los años de Valle eran pocos más de cincuenta, pero las barbas, de un negro endrino, se le habían vuelto grises, iban blanqueando lentamente y, la

verdad, resultaban unas barbas muy pictóricas, como puede apreciarse en su retrato por Juan de Echevarría.

Ya se había cortado la guedeja y su cráneo aparecía más bien corto y deprimido. Alta la frente, los ojos chispeantes bajo los cristales de los quevedos, la mano única nada torpe en el uso del tenedor. Observándole, como ya dije, de soslayo, lamenté una vez más que hubiésemos dejado de ser amigos y que no fuera posible, como en otras enemistades tuyas, la reconciliación. A él correspondía dar el primer paso, no a mí. En mi admiración por su obra no había influido para nada nuestra ruptura.

Otros amigos, de los buenos, no me faltaban y suplían ampliamente a Valle-Inclán. Por ejemplo, Ricardo León. Teóricamente habíamos sido adversarios durante la guerra del 14. Germanófilo él, francófilo yo; pero nunca se presentó el caso de que discutiéramos. Nada valían esas diferencias de opinión ante la sinceridad de nuestro mutuo aprecio.

Entre otros amigos de los de veras, en el grupo literario, citaré a algunos que provenían de mis tiempos de estudiante en la universidad, como Juan Pujol, poeta y novelista destinado a ser un maestro y reformador de nuestro periodismo; Luis Araujo-Costa, que brilló en la crítica y el ensayo literarios, y Salvador Martínez Cuenca, que había de escribir excelentes comedias. En ellos, como en mí, pudieron más las Musas que Temis.

Otros amigos, igualmente «de veras», ignoro si pasaron por la universidad. Los hallé a unos en el Ateneo, a otros en tal o cual tertulia, en saloncillos y camarines de teatro o en las redacciones de los periódicos y revistas de la época. Nos conocimos cuando todos éramos principiantes.

Citaré a Federico García Sanchiz, que ya en 1922 había logrado fama con sus charlas, género oratorio *sui generis*, o más bien suyo propio, en el que todavía no ha encontrado rival; a Augusto Martínez Olmedilla, que en plena juventud gastaba barba. Éste sí era abogado, pero de cursos anteriores al mío. Volvió a la universidad para tomar unos apuntes que todos recogíamos por suscripción en la librería de don Victoriano Suárez y nos facilitaban el estudio de las asignaturas. Triunfó en la crónica periodística, la novela y el teatro.

Nombraré también a Felipe Sassone, que en el año que recuerdo era ya un dramaturgo de primera línea; a José Francés, que descolló muy pronto en la novela y el cuen-

to; a Emiliano Ramírez Ángel, del que cabe decir lo mismo; a José Subirá, musicólogo eminente; a Wenceslao Fernández Flórez, el profundo humorista y camarada mío desde la adolescencia, y a Alfonso Hernández Catá, cuentista de la talla de Clarín y doña Emilia, a quien desde 1907 me unió parentesco político por su matrimonio con mi hermana Mercedes y con el cual escribí «a cuatro manos» unas cuantas comedias.

Todos éstos pertenecían a mi «generación». En la llamada del 98 tuve por amigo a Luis Bello, periodista y literato de los mejores y del que suelen olvidarse los que, al escribir sobre ese grupo heterogéneo de escritores, sólo piensan en Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu. También se olvidan de Manuel Bueno, a quien ninguno superó en el arte del artículo periodístico.

Incluiré en esta relación de amigos, aunque me aventajasen en méritos y en edad, a Gregorio Martínez Sierra, a Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, a Manuel y Antonio Machado, a Enrique de Mesa, a Jacinto Benavente y a Dionisio Pérez. Mis lectores saben lo que cada uno de ellos significó en nuestro periodismo, nuestra lírica y nuestra escena. Son seis nombres gloriosos.

Con ninguno de los citados sufrió mengua mi relación amistosa, que era unas veces la de discípulo a maestro y otras la de camaradas «de la misma quinta». Es muy elástico el concepto de amigo. No son fáciles de establecer los límites de la amistad. En la literatura como en todas las profesiones, son más numerosas las «amistades aparentes» que las verdaderas. Y así, no puedo considerar amigos, en la pura acepción de la palabra, a muchos escritores ilustres de mi tiempo, que «en el fondo» no me estimaban, como el gran Pío Baroja, arañándome en sus Memorias, según me dicen, pues no las leí. Y otros que no quiero nombrar.

Mas he aquí que existen otras clases de amistades, que siempre he cultivado y de las que he recibido pruebas inequívocas de lealtad. Son las que se contraen con personas que no son de nuestro oficio y en las que no cabe la competencia. Amistades con médicos, de los que no escriben, como la que me unió, primero en el París de la guerra y después en Madrid, a mi inolvidable camarada Pedro Sáez; con pintores que tampoco escriben —exceptuando a Santiago Rusiñol, a quien admiraba en sus dos aspectos—; con músicos como Amadeo Vives; con humoristas del lápiz como Joaquín Xaudaró y Manuel Tovar.

El primero en París, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, y el segundo en Madrid, en todo tiempo, fueron para mí camaradas inmejorables, porque los dos «me divertían» y no hay mejores amigos que los que nos divierten, los que con un chiste nos desarrugan el ceño si nos sentimos melancólicos, los que —sea la que fuere la procesión que les ande por dentro— no se quitan la careta del buen humor. Y así eran Tovar, el andaluz, y Xaudaró, baturro de origen y filipino *per accidens*.

La circunstancia de pertenecer Joaquín, en la época a que me refiero, a la redacción de *Blanco y Negro* y Tovar a la de *La Voz* hizo más frecuente, casi cotidiana, mi intimidad con este último. A Xaudaró veíalo alguna vez en el Círculo de Bellas Artes. Con Tovar me reunía en la Maison Dorée, a la hora del vermú, o bien en algún colmado si preferíamos los chatos de manzanilla. Nos convidábamos mutuamente a comer. Íbamos juntos a los toros. Y en los toros, entre Gabriela y yo, era él, por más entendido, quien le explicaba los incidentes y pormenores de la corrida a mi parisiense, que le escuchaba sin apartar la vista del torero y la res.

Tovar y yo nos conocimos en 1907, cuando yo publicaba mis primeras novelas y él ya figuraba entre los más populares caricaturistas españoles. Fue el encargado de hacer las caricaturas de los autores de *El Cuento Semanal*, sin que ninguno protestase, a no ser una autora, la condesa de Pardo Bazán, que nunca le perdonó la que le hizo. (Vea el lector el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias.)

Ello es que en 1922, al hallarme yo avecindado de nuevo en Madrid, en aquel quinto piso de una casa de la plaza de la Moncloa, desde cuyos balcones abarcaba el magnífico panorama de la sierra —y que cayó bajo los bombardeos de la guerra—, mi amigo íntimo, el camarada inseparable, no fue un escritor, sino un hombre que sólo escribía las leyendas, un chiste cada una, de sus dibujos humorísticos. Mi amistad con Tovar fue «de por vida». Él murió de repente, con el lápiz en la mano, en agosto del 35. Se ahorró muchas penas.

Y yo sigo, pluma en ristre, actuando y defendiéndome en esta República de las Letras, que no es siempre la de «los lobos». Acabo de contradecir al Fígaro de Beaumarchais con la relación y alabanza de mis amigos escritores. Pero siempre le convalida al escritor disponer de un amigo «que no escriba». Por si acaso. Por si, cuando menos lo esperamos, se nos transforma de amigo en «enemigo íntimo», como a mí tantas veces me sucedió.

OCTUBRE DE 1922, CON UNAMUNO EN SALAMANCA.
 MIS COLOQUIOS CON DON MIGUEL. DE CÓMO ME LO
 IMAGINABA VESTIDO DE CARDENAL*

EN OCTUBRE DE AQUEL AÑO aconteció el tercero de mis grandes «encuentros» con Unamuno. No faltaron otros menores. De los precedentes —el de Madrid, cuando yo era todavía estudiante de Derecho, pero ya colaboraba en algunos periódicos, y en el cenáculo literario del Fornos, donde se me admitía como neófito, me presentaron a don Miguel, y el de Pontevedra, en 1913— he hablado en los dos primeros volúmenes de mis Memorias. Fue el tercero el de Salamanca, que ahora me toca referir. Y sería el cuarto el de Hendaya, el de Unamuno durante su exilio voluntario, por su oposición vehementísima a la dictadura de su homónimo el general Primo de Rivera, del que hablaré «a su debido tiempo». He aquí el de Salamanca.

Por fortuna lo hallo, con casi todos «sus pelos y señales», en uno de mis artículos de *La Prensa*, de Buenos Aires, publicado en noviembre de 1939, diecisiete años después de la entrevista. Reproduciré dicho artículo. Pero como faltan en él algunos pormenores, creo preferible ponerlos entre paréntesis que recurrir a las notas al pie, que suelen ser enfadosas.

Así, pues, paso a copiarme a mí mismo:

«Escribía yo por entonces, otoño de 1922, en cierto diario de Madrid (*La Voz*) unas crónicas sobre la infancia desvalida. Leyólas un amigo de Salamanca (don Filiberto Villalobos, médico ilustre), hombre muy versado en puericultura y pedagogía, gustáronle, y me invitó a visitar un sanatorio-escuela que una dama generosa (marquesa o condesa, cuyo título no recuerdo) había fundado recientemente en una villa

* Capítulo IV del tercer volumen de las *Memorias*.

salmantina próxima a Béjar, que se llama Candelario. “Le brindo nuevos temas para su campaña —decíame en su carta el bondadoso doctor— y, además, es muy probable que nos acompañe Unamuno.” Miel sobre hojuelas. ¡Un viaje por la Castilla fértil y arbolada de las vertientes de Gredos y don Miguel de Unamuno como “miembro” de la excursión! Recibida la carta por la mañana, tomé el tren aquella misma noche.

Pero don Miguel no pudo acompañarnos. [...]

Henos aquí de nuevo en Salamanca: en el “feudo” intelectual de Unamuno. En esta “pequeña Roma”, en esta “madre de las virtudes, de las ciencias y las artes”; en esta maravilla de piedra rosada —color de rosa viva y de rosa mustia—, en esta doctoral “Salmántica”, cuna de los nobles más nobles, de los sabios más sabios y de los pícaros más pícaros —¡eh, Lazarillo!— de nuestra casta. Mas ocurre que mis recuerdos, no obstante corresponder a sucedidos no muy remotos, se presentan embrollados y turbios. Querría imponerles un ritmo cronológico, determinar el punto y hora en que nacen —que, apenas vivido, todo hecho es recuerdo, semilla sembrada en la memoria—, pero se resisten, no se dejan asir, enderezar, plantar como las imágenes firmes de un cuadro, sino que se empeñan y complacen en una vagarosidad e indecisión semejantes a las de los sueños. Y así, lector, no me es dado responder de la exactitud de su colocación en el tiempo y el espacio idos.

Vi a Unamuno en su rectoral universitaria. Paseé con él y nuestro amigo el médico por los soportales de la plaza Mayor y las riberas del Tormes. En su compañía ilustre visité las dos catedrales y algunos templos. Rector, galeno y transeúnte yantaron en la misma mesa, y no siendo desabrida ni corta la bucólica, fue lo mejor de aquel festín la salsa de sus palabras. Pero renuncio, porque Mnemósine no quiere ayudarme, a la ordenación cronológica de estos episodios, que realzaron y sazonaron aquella visita mía a Salamanca.

Don Miguel en su despacho de la Rectoral. Un viejo y afable bedel nos conduce, nos anuncia. Allí está Unamuno, entre libros. Su escritorio, próximo a una ventana. El aposento no tiene alfombras, ni alcatifas, sino una de esas sólidas esteras de pleita —esparto trenzado— de uso muy frecuente en las antiguas casas, tribunales, sacristías y conventos españoles. Una estera “así” teníamos en la biblioteca de la Universidad Central... Todo en el despacho del rector salmanticense es muy español, pero muy sobrio, de una austeridad casi monástica. Hay sillones frailunos, tal cual jamu-

ga de cordobán, un anaquel con expedientes, un tintero talaverano en la mesa. Sólo faltan la pluma de ave y la toga con golilla sobre los hombros de don Miguel. De este don Miguel al que —en la monarquía de las letras castellanas— llamo don Miguel II. El primero es Cervantes.

La conversación fue rápida. Salimos pronto a la calle. Saludando a casi todo el mundo —¿quién no le conocía?—, sin quitarse el sombrero, con un simple y expresivo ademán de brazo y mano, que tenía algo de bendición y algo de poner a raya a los importunos, don Miguel dio rienda suelta en seguida al enjambre de sus cogitaciones y paradojas. Yo sentíale, en “aquella su Salamanca”, conforme a él le gustaba decir, como al pez en el agua, y si la comparación pudiera tildarse de irrespetuosa, como a la figura principal del cuadro salmantino; pero no como a figura pasiva, quieta, inmovilizada por el arte del pintor, sino como a figura que se escapaba del marco y era, al mismo tiempo, el espectador y el espectáculo.

No era mi primera visita a Salamanca. Pero ahora, al lado de este hombre, la veía de otro modo: en su antaño y su hogaño, con sus apariencias actuales y en las honduras de su historia, de la que era Unamuno continuador y animador. Mas si yo narrase mi paseo por Salamanca con este guía, si reprodujera sus explicaciones ante cada monumento augusto —catedral, universidad, plaza Mayor, puente romano—, o en los rincones íntimos —claustros, coros, sacristías, plazuelas— de la urbe salmanticense, quedaríame sin espacio para anotar “ciertas cosas” de orden político, literario y filosófico que entonces me dijo y considero importantes. Además, estas “cosas”, en aquella luz tan pura y sirviéndoles de fondo las piedras claras, toscas, ocreas, áureas de las casas y los templos salmantinos, o las riberas festoneadas de chopos del Tormes ilustre, sonaban en mis oídos como una música intransferible: como si dichas o tañidas en otra parte y en otro instrumento ya perdieran resonancia e impulso.

Habló Unamuno de la elegancia: de la elegancia humana, corporal. ¿Dónde? Quizá en las galerías de la plaza y al ver pasar a un petimetre vestido por un sastre caro de la Corte. Como yo —¡pobre de mí!— aludiese a Brummel y... al duque de Tamames, que era entonces el Petronio matritense, Unamuno enderezó el talle, levantó el pecho y dijo:

—Pues yo le propondría a ese duque que nos desnudásemos los dos.

Y ante mi extrañeza:

—Sí —explicó—, porque la elegancia no ha de medirse por el vestido, por el disfraz, sino por la anatomía. Una persona elegante no es la bien trajeada, sino la bien formada. Aunque se vistan con los sastres de Londres o los costureros de París, el hombre y la mujer defectuosos serán siempre ridículos. Yo voy siempre vestido igual, no entiendo ni quiero entender de novedades, me río de las fantasías de la moda; pero tráigame usted al duque ese, y puestos él y yo *in puribus*, ¿a ver qué ocurre?

Sonreí. No estaba yo conforme. Hubiese podido lucir cierta erudición en materia de trajes y de modas: citar a Carlyle y a Balzac, autor de un pequeño *Traité de la vie élégante* que diputo por lo más sutil que se ha escrito, en tono filosófico, acerca de la moda (necesidad social que afina el porte y aumenta el decoro de los hombres). Pero yo no había ido a Salamanca para discutir con Unamuno. Y lo que me importaba de su opinión, tan subjetiva, de la moda era el contento que él tenía de sí mismo, de su figura física, en verdad la de un hombre bien hecho, bien proporcionado y que debía conservar hasta su senectud el pecho erguido, las piernas sólidas y en todo su ser agilidad y majestad. Ahora bien, y dijese lo que él dijese, a mí me habría parecido más elegante con una toga de senador romano —¿y por qué no con la púrpura cardenalicia?— que con aquel su indumento un tanto estrambótico, mezcla rebuscada de lo seglar y lo eclesiástico.

En el paseo que dimos por las orillas del Tormes hablamos de política y tocó Unamuno el tema de su encuentro con don Alfonso XIII. Habíale quedado de su conversación con el rey un a manera de reconcomio o prurito en el espíritu que le obligaba a referirse a aquel “suceso histórico” constantemente y en un tono melancólico.

—Romanones —decíame— sirvió de intermediario. Él (por el monarca) quería conocerme. Y yo deseaba decirle algunas cosas, algunas verdades. Y se las dije... ¿Por qué no? Yo no era un cortesano. Yo no había ido a adular, sino a presentar quejas, a indicarle remedios, manifestándole lo que pienso de esta España, lo que temo y sufro por esta España, y a quitarle a él humo de la cabeza y telaraña de los ojos. “Señor”, le dije... Y le solté un memorial de agravios. Entiéndame bien: no míos, sino de los españoles. Me dejó hablar, estuvo afable, “hecho un buen muchacho” y eso que se dice “un hombre de mundo”. Perfectamente. No, quiero decir ¡imperfectamente! Porque lo perfecto y lo útil hubiese estado en que nos entendiéramos, y él no pudo

—no digo que no quiso, sino que no pudo— entenderme, o más bien entenderse conmigo. Muchos resabios borbónicos y mucha “camarilla” entre los dos. Una lástima, una verdadera lástima, porque él no tiene pelo de tonto y si yo..., y si a mí... Vamos, que yo hubiese podido ayudarle, aconsejarle, ¿me comprende usted? Y todo quedóse en virutas, en agua de cerrajas. ¡Ah!

Y fue entonces, al decir este “ah”, con el que se le rompía un ensueño y se le evaporaba una ilusión, cuando me lo figuré vestido como un Richelieu o un Jiménez de Cisneros, pues siempre —y no sólo por el corte semieclesiástico de su chaleco, sino también por su apostura majestuosa y la cadencia de sus ademanes— tuve la propensión a esta metamorfosis imaginaria de su ropaje, que era entonces, sirviéndole de fondo el río con su puente romano, un cielo azul de tarde de otoño declinante y una hilera de álamos tristes, la de un cardenal, como en otras ocasiones fuera la de un prior dominico, la de un prefecto ignaciano o la de un cartujo. Digo que lo vi empujurado, con el capelo y el birrete. Y más aún: que esta figura iluminada en mí mente evadía de las márgenes del Tormes y de los claustros y las salas capitulares de Salamanca para transitar por los salones palatinos y, en uno de sus coloquios con el monarca, detenerse en alguna de esas ventanas que descubren las frondas de los jardines reales y la zarca y blanca cima el Guadarrama, de quienes el color y la luz tentaron —y se entregaron— como a nadie a Velázquez. ¡Ah, por este camino pude poner a Unamuno a caballo, como al conde duque! Pero ya digo que le vi como a un otro Jiménez de Cisneros. O sea, siendo algo muy semejante a “lo que le hubiera gustado ser”...

Terminaré refiriendo una pequeña y gustosa discordia que tuve con Unamuno mientras discurríamos por el claustro de San Esteban. Y fue que, como hablásemos de teatro, y de teatro de poetas, sonaron los nombres de algunos contemporáneos —los de D’Annunzio, Maeterlinck y Verhaeren— y yo le dije a don Miguel que durante la guerra había asistido en la Comédie Française a una representación de *Le cloître* (*El claustro*), de Verhaeren. Oído lo cual Unamuno me replicó:

—*Les moines* (*Los monjes*) querrá usted decir, y no *El claustro*.

—No, don Miguel; ese drama de Verhaeren, interpretado por el actor rumano afrancesado De Max, se titula *El claustro*.

—¡*Los monjes!*

—*El claustro*. Hay un poema de Verhaeren titulado *Los monjes*, pero el drama, estoy seguro, es *El claustro*.

—Le digo a usted que no. Me conozco al dedillo toda la obra de Verhaeren.

No insistí. La pertinacia de Unamuno en su error —que él suponía verdad—, lo fútil de la disputa y el respeto a la persona del polígrafo me obligaron a ceder. Llegado a Madrid pude tomar el volumen en que venía inserta la obra de Verhaeren y mandárselo al testarudo rector. No lo hice por razones de delicadeza. Pero el menudo incidente me sirvió para corroborar en mi ánimo algo que me sabía de antiguo: que Unamuno creyese infalible. O, por lo menos, que no toleraba más contradicciones que las de sí mismo. ¡Gran carácter! Carácter de caudillo, de pontífice del pensamiento. Todo en sus labios adquiriría un sabor de dogma. Pero él —porque no se atenía al verdadero— cambiaba de dogmas, jugaba con sus ideas, las sustentaba ahora para desecharlas luego. Mas que nadie —eso nunca— pretendiese soplar en la áurea veleta de su espíritu, que jugó con todo mentalmente, menos con “su España”, de cuya angustia había de morir».

Hasta aquí mi artículo de *La Prensa*, de Buenos Aires. Al releerlo en febrero de 1957 no hallo en él nada que exija rectificación. Respondo de su exactitud, de haber reproducido, si no textualmente, con la fidelidad que me permite la memoria las palabras de Unamuno en aquel inolvidable encuentro. Bien quisiese invocar el testimonio del doctor Villalobos, que escuchó algunas de ellas, pero este noble amigo ya no es de este mundo. Concédame su crédito el lector.

Mas desearía insistir en los que he llamado «los dogmas de Unamuno», que no hubiesen sido voltarios, sino firmes, de haber respondido a la fe católica, que le faltó. No era don Miguel un ateo, sino un deísta a su manera. Anduvo buscando a Dios, pero no tuvo la suerte de encontrarlo, como un San Pablo, un Pascal, o —entre nosotros— un Maeztu o un García Morente. De su cristianismo no cabe dudar. Véase su *Cristo de Velázquez*.

[...]

EL NUDO GORDIANO DE MARRUECOS. EL SHA DE
 PERSIA, EN MADRID. EL HOMENAJE PÓSTUMO A RU-
 BÉN DARÍO. LA VIDA TEATRAL. EL PREMIO NOBEL A
 BENAVENTE. LLEGAN LOS CÓMICOS ARGENTINOS*

EN EL OTOÑO DE 1922 seguía sin cortar el nudo gordiano de Marruecos. Ninguno de los generales a quienes se confiaba el restablecimiento de la normalidad en nuestra zona poseía las dotes de Alejandro. Eran, eso sí, valerosos; pero luchaban con un enemigo astuto, de redomada doblez, al que había de dominarse no sólo con el cañón y la bayoneta, sino también con las finas artes de la diplomacia. El general Burguete, que sustituyera a Dámaso Berenguer, entró en negociaciones con el ambiguo Rausili, y secundado hábilmente por el general Castro Girona pudo pactar con el famoso jefe rifeño, que acató con sus partidarios la autoridad del califa.

Pero seguían en poder de Abd el Krim los prisioneros del desastre de Annual, que no se rescatarían hasta enero del siguiente año y mediante la entrega de cuatro millones de pesetas al caudillo y santón de los Beni Urriaguel. Mal negocio, necesaria componenda. Apareció en esta circunstancia un hombre esforzado, un buen patriota, don Horacio Echevarrieta, que tuvo el rasgo de constituirse en rehén en Axdir para garantizar el cumplimiento de las exigencias de los moros.

Antes del ansiado rescate, que devolvió la tranquilidad a muchas familias españolas, el Gobierno del señor Sánchez Guerra seguía depurando las responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla, lo que motivó manifestaciones públicas, que tenían su foco en la juventud del Ateneo. Y el resultado fue que en diciembre presentó la dimisión Sánchez Guerra y, tras una de esas crisis ministeriales

* Capítulo LVII del tercer volumen de las *Memorias*.

que ponían a prueba el patriotismo de don Alfonso XIII, fue elevado al poder, al frente de la concentración liberal, el señor García Prieto.

Tal era el panorama de nuestra vida pública en el último trimestre del año 22. Y tales las razones del malestar general, agravado por los conflictos sociales de Cataluña. Pero yo, después de oír los comentarios sombríos de mi padre, volvíame al oasis de mi literatura, a mis artículos, a mis novelas, al bullir del mundillo de las letras y a las varias distracciones que la Villa y Corte me brindaba; unas en la calle, presenciadas desde un balcón; otras desde una butaca, en el teatro. Entre las primeras recuerdo la visita del sha de Persia, en octubre, con desfile de uniformes de gala y las fastuosas carrozas de palacio.

El sha, carirredondo, de tez olivácea y brillantes ojos negros, formaba contraste con la fina apostura y el semblante pálido de don Alfonso XIII, que había cumplido los treinta y siete años de su edad y los veinte de su reinado. Hubo grandes fiestas palatinas, y para el público la pompa del recibimiento, al que daban el soberano persa y su séquito una brillantez oriental. Y para que en España encontrase su Oriente, el rey se trasladó con su majestuoso visitante a Toledo.

Por aquellos días, los poetas y escritores de Madrid nos reuníamos para asistir al descubrimiento de la lápida que cambiaba el nombre de la glorieta del Cisne por el de Rubén Darío. Otro cisne. Rubén había muerto en su Nicaragua natal seis años antes. El Madrid literario lo recordaba fervorosamente. Hubo versos y discursos. Lo habíamos tenido entre nosotros como representante diplomático de su país y como primera figura del cenáculo modernista. No se había puesto todavía el sol —lento y bello ocaso— del modernismo.

La influencia de Rubén era visible en algunos de nuestros líricos. En aquel acto yo rememoraba al poeta, sobre todo en París, donde hube de visitarle varias veces en su casa de la calle Herschel, no lejos de los jardines de Luxemburgo. Figuré entre los comensales del banquete, presidido por Paul Fort, que sus admiradores de París le ofrecieron en el histórico café Voltaire, de la plaza del Odeón, en el cual, según apunto en el capítulo III del segundo tomo de mis Memorias, no se pronunció ningún brindis en la lengua de Góngora y de Rubén... Con éste tomé algunas copas en Bodega, de la Rue de Rivoli. Pero mi mayor título de amistad con él era el haber sido el editor de su libro *El canto errante*. En mi despacho, y en puesto de honor, tengo su cabeza, ya clásica, por Vázquez Díaz.

Un recuerdo agudo de la guerra del 14 al 18 me lo trajo la noticia del término de la vida política de Lloyd George, el gran gobernante inglés, galés, par de Clemenceau en la lucha por la victoria de los aliados. El Tigre ya llevaba algún tiempo entre las flores de su jardín de la Vendée. Uno a uno iban entrando en la Historia, o en el olvido, los principales actores de la tragedia, de la que fui espectador y cronista en uno de sus escenarios.

Otros escenarios, de tablas y papel, entreteníanme entonces. Iba algunas noches al teatro, pero rara vez a los estrenos, porque no era el mío el temperamento de los «estrenistas», gente apasionada, que así aplaudía las obras «a rabiar» como las arrojaba al foso con los pies. La costumbre española del «pateo» la considero incivil y detestable. Así, pues, cuando era seguro el éxito de una comedia acudía a presenciarla. En la época a que me refiero los autores de primera línea, a los que llamaban «consagrados», aunque algún crítico no respetase la «consagración», eran Benavente, los hermanos Quintero, Federico Oliver, Carlos Arniches, Linares Rivas, Martínez Sierra, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa.

Se olvidaba la gran dramaturgia de Galdós, desaparecido dos años antes. Triunfaban autores más jóvenes. Uno, muy vapuleado por los críticos, Pedro Muñoz Seca, solo, o en unión de su tocayo Pérez Fernández, era un excelente autor cómico, más caricaturista que realista. Decíase que había creado un género: el del «astracán». Todavía no me he explicado este adjetivo, transformado en nombre para definir el teatro de Muñoz Seca. ¿Qué tendría que ver con las comedias el astracán, piel rizada de corderos nonatos o recién nacidos, de que tanto gustan para abrigos las señoras? Ello es que las «astracanadas» de Muñoz Seca y su colaborador divertían a un público numeroso, cuyo instinto, más sutil que la inteligencia de ciertos Aristarcos, adivinaba que bajo el retruécano y el chiste hilarante latía una sátira ejemplar. Por mi parte estimé la obra y la persona del fustigado y afortunado autor, hombre jovial, simpático y caballeroso, que era la *bête noire* de otro gran amigo mío, el excelente poeta y crítico implacable Enrique de Mesa.

Entre los autores relativamente jóvenes, pues iban cumpliendo sus cuarenta años, descollaba Felipe Sassone, peruano de nación, de sangre itálica y española, cuyas comedias «cultas», de savia psicológica, no de muñecos, sino de hombres y mujeres «de verdad», eran de lo mejor y más digno que se escuchaba en el teatro. Epigramá-

tico y... tierno Sassone, ya que el epigrama es algunas veces el disfraz de una lágrima. Y Francisco Serrano Anguita, que había popularizado su seudónimo de Tartarín en los periódicos, estrenaba con general aplauso sus primeras comedias. Por entonces obtuvo un sonoro éxito Eduardo Marquina con *El pavo real*, gran triunfo de la actriz Catalina Bárcena.

En el género nacional de la zarzuela, los maestros eran: Amadeo Vives, por encima de todos, José Serrano, Jacinto Guerrero y Francisco Alonso, estos dos últimos compositores de música fácil y «pegadiza». Se representaban operetas vienesas y revistas con gran lujo de decoraciones, de trajes, de plumas y de tiples de escasa voz pero de bellas formas. Recuerdo, en el teatro de Apolo, el *Arco iris*, con letra de Tomás Borrás y partitura de no sé quién. María Caballé y Eugenia Zuffoli, dos beldades, eran las *vedettes*; Eulogio Velasco, el director y empresario. Las revistas españolas se diferenciaban de las del Casino de París y las Folies Bergères por su moderación en el desnudo femenino y porque sus chistes rara vez incurrían en lo obsceno. Eran espectáculos gratos a los oídos y a la vista.

Numerosas las «estrellas» de las «variedades». Alguna, como la Goya, Aurora Mañanés Jauffret, a quien yo había conocido, casi niña, en París, elevaba el llamado «género ínfimo» en un entremés de los Quintero, a una categoría superior. Su belleza, su elegancia, su gracia, recordaban a la Tirana. No el *couplet* picante, a la francesa, en el que nadie aventajó a la inolvidable Fornarina, sino la copla nuestra del mejor folklore —y no del falso del promedio de este siglo— formaba su repertorio, muy aplaudido en Maravillas o en Lara por las señoras «bien». Pastora Imperio iba a la cabeza de las «cantaoras» y «bailaoras» del flamenco. Había renunciado yo al teatro como autor, en el que fue rápida mi fortuna, pero no como espectador, y lamentaba que el clásico, el romántico y el posromántico se representasen apenas. No tenían en España Lope, Tirso y Calderón la suerte que no abandonaba en Francia a Corneille, Racine y Molière, y en Inglaterra a Shakespeare. Sólo un autor benemérito e ilustre, Ricardo Calvo, exhumaba en el Español a los autores del Siglo de Oro y al duque de Rivas y Zorrilla. De este último, eso sí, todos los noviembrés se representaba el inolvidable *Tenorio*. Ricardo Calvo, a quien me unía y me une verdadera amistad, era el único en mantener encendida la antorcha de nuestra dramaturgia áurea. Pero, la verdad, el público, indiferente o insensible, no correspondía como debiera a su esfuer-

zo. Siete años en el Español, trabajando a veces con media sala o seis filas de butacas. Con su Pedro Crespo y su Segismundo solía llenar el teatro. Recuerdo, con pena, que no duraron en el cartel *Las mocedades del Cid*, origen del *chef d'œuvre* corneliano. Nadie decía los versos como él. Pero el público «no estaba por lo antiguo», aunque lo antiguo tuviera la juventud y la fragancia de lo imperecedero. Yo era un asiduo a las noches de Ricardo Calvo en el Español.

Fue en aquel año 22 cuando «le tocó» a Benavente el premio Nobel en la lotería de la Academia de Estocolmo. Si hubiese vivido Galdós habría habido, tal vez, discusiones y protestas, ya que, reconocidos los méritos del autor de *Los intereses creados*, no era posible dudar de que el príncipe de las letras españolas era don Benito. Pero Galdós había muerto y Benavente no tenía competidor. Justo, pues, el premio que no se concede a título póstumo. No hubo polémicas ni manifiestos en contra, como en la ocasión del Nobel de Echegaray. Los académicos suecos no se dejaron influir, probablemente no los habían leído, por los ataques durísimos al teatro de Benavente de Ramón Pérez de Ayala. Las diatribas de Enrique de Mesa, otro antibenaventiano, se quedaban en Madrid.

A Benavente «le sorprendió» el premio durante su primera gira a la Argentina con los insignes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Se cuenta, no sé si será cierto, que recibió la noticia en un telegrama, conforme iba en el tren de Buenos Aires a Mendoza, y que no le tembló de júbilo el puro entre los labios. Pero, sin duda, el premio debió de ser un bálsamo sobre las heridas que le infirieran los eminentes escritores nombrados y otros de menor calibre.

En realidad, y descontado por su muerte Galdós, la figura de Benavente era la más descollante de nuestra dramaturgia. No faltaban quienes, por más españoles, prefiriesen a los Quintero. O a don Carlos Arniches, por sus sainetes castizos. O a Marquina, por su teatro poético. En suma, el premio complació a la mayoría y fue causa de un regocijo patriótico, sin aquellas sombras del manifiesto de un grupo de escritores, presidido por Valle-Inclán y Manuel Bueno, contra don José Echegaray.

Desde hacía algún tiempo llegaban a Madrid comediantes hispanoamericanos, sobre todo de México y la Argentina. En el teatro de Lara se aplaudían el arte y la be-

lleza de María Teresa Montoya, y en la Zarzuela, los sainetes y melodramas comprimidos de dos excelentes cómicos de Buenos Aires, Enrique Muiño y Elías Alippi. La farándula porteña hizo popular la música del *Pericón*, que tocaban los ciegos por las calles. Antes o después de Muiño, de sangre gallega, y de Alippi, de ascendencia italiana, llegaron, asimismo, de la Argentina la recitadora Berta Singermann, de origen hebreo, el famoso cantor de tangos Carlitos Gardel, su émulo Spaventa y dos hermosas mujeres que se quedaron en Madrid como primeras figuras del teatro de variedades: Perlita Greco y Celia Gámez.

No respondo del orden cronológico de estos recuerdos. Con Enrique García Velloso y su gran intérprete Parravicini se completó la lista de los autores y cómicos que pasaban de la calle Corrientes a los escenarios de la Villa y Corte. Todo lo argentino gustaba mucho en Madrid. Existía, sin duda, naciente, un teatro rioplatense, cuyos autores más importantes eran García Velloso, Alberto Vacareza y el uruguayo Florencio Sánchez.

El cinematógrafo, todavía mudo, pero ya con grandes salas en Madrid, no se había convertido aún en un rival temible del teatro. Ni el fútbol en un competidor de la fiesta de los toros. Quiere decir que el Madrid de entonces, en materia de espectáculos, conservaba sus esencias y costumbres nacionales y locales, pues en éstas entraban su afición al *bel canto* y a la buena música, que se satisfacía en el Real y los conciertos. Traducíanse para el teatro no pocas obras extranjeras, pero los autores y los actores las «españolizaban». Los novelistas extranjeros no absorbían a los de casa, como en este medio siglo xx en que nos hallamos cuando escribo estas notas. En suma, que Madrid tardaría aún algunos años en convertirse en una cosmópolis, lo que no puede suceder sin que se atenúen o se borren su personalidad y su «casticismo». Y es inútil deplorarlo. La máquina del progreso arrolla a los nostálgicos del pasado, entre los que figuro resignado e inerme.

LOS PRIMEROS MESES DEL DIRECTORIO MILITAR. EL
 ATENEO, CLUB POLÍTICO. MULTAS Y DEPORTACIONES.
 PRIMO DE RIVERA RESPONDE A LOS REGIONALISTAS
 CATALANES EN SU CONFERENCIA DE BARCELONA EN LA
 SALA MOZART*

«ME PARECE QUE TENDRÉ que dejar de ir al Ateneo», decíame mi padre en una de las cartas que me escribió a Barcelona. No dejó de ir. Pudo más su costumbre del pasefeto desde su casa, a pie —con lluvia no salía a la calle—, hasta la «Docta», donde ocupaba uno de los sillones de la Cacharrería, que el temor a chocar con alguno de los ateneístas «que despoticaban contra Primo de Rivera y su Gobierno».

Me consta que no chocó. Frase suya era esta de que «había que endulzar las discusiones con una sonrisa ocultamente desdenosa cuando comenzaban a agriarse». Además, él ya era viejo, iba a cumplir sus sesenta y siete años y «sabía perfectamente que los viejos muy raras veces convencen a los jóvenes». Esto no quería decir que sólo la juventud ateneísta se rebelase, verbalmente, contra el Directorio. Por cada primorriverista contaba él, por lo menos, cuatro contrarios de cualquier edad. «Yo no oculto —añadía— mis opiniones, pero no levanto la voz ni tuerzo el gesto al exponerlas, y hago mutis en cuanto mi antagonista convierte la palabra en grito.» Él, esto lo sabía yo muy bien, sólo gritaba en su casa. Pocos hombres he conocido tan ponderados y comedidos fuera de ella como mi padre.

Siempre había sido el Ateneo Artístico, Científico y Literario de Madrid un club político, pero no con un solo programa y una disciplina como cualquier partido que obedece a una jefatura, sino un foro o ágora con paredes, techo, alfombras y sillones para discutir a gusto, o a disgusto. Por su tribuna habían pasado cristinos y carlistas,

* Capítulo LXII del tercer volumen de las *Memorias*.

afrancesados y patriotas, monárquicos y republicanos. Oratoria de cátedra respetada, así fuese la de un Donoso Cortés, de un Cánovas, un Costa, un Maura, un Canalejas, un Labra o un Moret. Una cosa eran los discursos y las conferencias y otra las discusiones en la sala de actos sobre el tema de una memoria y las polémicas, en el Salón de Tapices, la Galería de Retratos y el mentidero y desolladero de la Cacharrería.

A partir del desastre de Annual, el Ateneo relegó a los últimos términos el arte, la ciencia y la literatura para inmiscuirse apasionadamente en todas las cuestiones políticas. En alguna ocasión «se echó a la calle», exigiendo depuraciones y responsabilidades por el descalabro de Marruecos, para oponerse a un proyecto de ley o manifestarse en contra de algún ministro. A los ateneístas se les llamaba también «intelectuales», como si poseyeran el monopolio de la inteligencia, que es común a todos los humanos, con la excepción natural de los imbéciles y los mentecatos, de los que no faltan ejemplares en el propio Ateneo. El cual, desde un principio, si no de un modo unánime, sí por mayoría de voces, se puso enfrente del Gobierno de Primo de Rivera. A juzgar por las cartas de mi padre, lo mejor que podía hacer un primoriverista en el Ateneo era callarse. Conducta que él seguía «para que algún jovencuelo exaltado no se le subiese a las barbas». Y esto era un decir, porque él no las llevaba.

Ahora bien, el Ateneo venía a ser una isla, en el archipiélago de las sociedades de su clase, de los círculos de recreo, de los casinos, casinillos, cafés y barberías de toda España, de todo lugar donde se reunieran los españoles, a partir de dos, para hablar de toros (ahora es del fútbol) y de política, según las entendederas, las conveniencias y el partido o la facción de cada cual.

De un modo automático y sincrónico se habían formado los grupos de la adhesión y la oposición al Directorio. Oficial el primero, en el que entraba gente nueva, «no contaminada de la vieja política», y no pocos tránsfugas de esa misma política, y heterogéneo y muy confuso el segundo, pues en él figuraban por lo pronto los desahuciados *manu militar* del poder, los jefes y correligionarios de todos los partidos, así conservadores, liberales y reformistas, esto es, gubernamentales, como los republicanos, regionalistas y socialistas. Y después el *totum revolutum* de los senadores, diputados, alcaldes y concejales destituidos por el Directorio. Y los paniaguados de estos señores. Y los adversarios, por principio, de los gobiernos militares.

Con esta oposición natural contaba Primo de Rivera. Pero también era natural que tratase de aplacarla o dominarla. Y sus medidas para lograrlo, amén de la suspensión de las garantías constitucionales y de la libertad de la prensa, fueron las multas y las deportaciones. Es decir, nada que le costase la vida a nadie.

Uno de los primeros en protestar airadamente contra la dictadura fue el más ilustre de los tocayos del dictador, don Miguel de Unamuno. Costóle la protesta su rectoría de la Universidad de Salamanca, su cátedra de griego y su deportación a la isla de Fuerteventura, de donde no le resultó difícil fugarse. Le visité en Hendaya —y de esto hablaré a su tiempo— cuando prefirió su voluntario destierro a la amnistía decretada por el general.

Entre las multas que éste impuso, una de las mayores fue la que no pasó de arañar la gran fortuna de uno de los políticos más simpáticos y sagaces del sistema derrocado: el conde de Romanones. Hubo otras multas y deportaciones y... su poquito de cárcel.

En febrero del año 24, a los cinco meses de establecida la dictadura, nadie, por adivino que fuese, podía prever su duración ni sus derivaciones. Por lo pronto, era innegable que Primo de Rivera había restablecido el orden público en toda España y que se preparaba a concluir con «la pesadilla de Marruecos». Que «un gran escritor y estafalario ciudadano» —referíase a Valle-Inclán— le zahiriese en sus tertulias de café, ¿qué podía importarle? Su mejor arma era su optimismo, su fe sin soberbia en el triunfo.

No recuerdo si fue antes o después de la visita de nuestros reyes a Italia cuando Primo de Rivera, en un decreto relativo al régimen municipal, hizo electora y elegible a la mujer. Íbamos a tener concejalas y también alcaldesas. Buen paso para que también tuviéramos diputadas y ministras... Con lo cual se atrajo don Miguel la adhesión de una gran parte del sexo débil, que comenzaba a ser fuerte.

Mi padre me escribió: «Con esto sí que no estoy conforme. No te diré aquello de que “la mujer, la pierna quebrada y en casa”, no. Que conserve sanas y hermosas sus dos piernas, que salga a la calle, pero que no se meta en los asuntos públicos porque los embrollaría más que nosotros. Isabel la Católica no ha habido más que una». De siempre, mi padre había sido contrario al voto femenino. Yo no. Por mí, «que las mujeres mandasen», a ver «si convertían en balsas de aceite los pueblos y las naciones». ¡Qué descanso para los maridos con la victoria de Lisístrata!

No respondo de la exactitud en las fechas de estos recuerdos, sí de que se refieren a episodios de nuestra vida nacional durante los primeros meses de aquel año 24. Las cartas de mi padre y los periódicos de Madrid me llegaban con un día de retraso, pero los diarios de Barcelona me traían la actualidad palpitante al mismo tiempo que la camarera de la pensión el desayuno. Antes del primer sorbo del café con leche y del mordisco a la ensaimada abría yo *La Vanguardia*, pasando la vista por los títulos de los editoriales y las firmas de los artículos con el propósito de leerlos después, o de saltármelos... Y así, una mañana de enero leí que el marqués de Camps, representante de los regionalistas catalanes, le había comunicado respetuosamente a Primo de Rivera que «no estando conforme con su apreciación del problema catalán, no le sería posible colaborar con el Directorio». El marqués de Camps, de profesión ingeniero y aficionado a la literatura, había sido senador del Reino, diputado a Cortes, presidente de la Diputación provincial de Gerona y de varias instituciones culturales y agrícolas, y un hombre dispuesto a mantener su postura política y a decir siempre su verdad.

Esta actitud respetuosa, pero firme del marqués de Camps, defendiendo los ideales del regionalismo —no del separatismo— catalán, debió de influir en el ánimo de Primo de Rivera, ya que un día de aquel mismo mes de enero resolvió trasladarse a Barcelona para enfrentarse, precisamente, con los jefes del regionalismo y sus secuaces*. Pero no llegaba a Barcelona retador y soberbio, sino con el propósito de explicar sus intenciones y planes políticos en una conferencia. Para él lo primero consistía en mantener la unidad española. Camps y Cambó defendían el regionalismo sin intención separatista, desde luego. Pero la experiencia, una dolorosa experiencia, demostraba que el regionalismo derivaba fácil, cuando no fatalmente, al separatismo, y si él, Primo de Rivera, no podía admitir la más leve fisura en la unidad de la nación, ¿cómo no iba a oponerse a cualquier programa regionalista, por moderado que fuese?

Asistí a la conferencia del marqués de Estella en la Sala Mozart. No diré que el general dejase persuadido a un auditorio contrario a sus ideas, pero sí que su palabra no

* Alberto Insúa, junto a otros escritores en lengua castellana, suscribe el Manifiesto en defensa y elogio de la lengua catalana, dirigido al presidente del Directorio Militar, pues «las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y que serán eternas mientras exista en España el culto del amor desinteresado a la belleza» (Madrid, marzo de 1924). [*N. del e.*]

fue interrumpida, ni con un murmullo, y que su sinceridad, su innegable don de gentes y su congénita simpatía le valieron muchos aplausos.

Por entonces había abierto la mano el Directorio en la censura de prensa, para pulsar y medir mejor los latidos de la opinión pública, que más pronto de lo que se esperaba le iba siendo en grandes sectores propicia. Mas he aquí que otro marqués —al de Estella siempre le salía al paso otro marqués— aprovechó la circunstancia para escribir en una gaceta de asuntos económicos un artículo que Primo de Rivera consideró insidioso e injurioso y dio con el articulista en Fuerteventura, donde no sé si se encontraría con el eterno inconforme —hasta consigo mismo— y príncipe de la paradoja y el monólogo, don Miguel de Unamuno. Tratábase de don José Gómez Acebo y Cortina, marqués de Cortina, varias veces diputado a Cortes, senador por la Corona, ministro de Hacienda y de Fomento bajo la presidencia de Romanones. Su reputación de financiero hubo de confirmarse en la negociación con el Gobierno inglés conocida por el Convenio Cortina.

Yo le había oído hablar en el Congreso. Era un orador fácil e incisivo. En su artículo no se reducía a censurar la política económica del Directorio, sino que la consideraba catastrófica para el país. Y decía esto con tal acritud y tono despectivo que en una dictadura menos blanda que la de Primo de Rivera le hubiera valido algo más grave que la simple deportación a una de las Islas Afortunadas, donde los deportados no lo pasaban del todo mal, pues no eran grandes las dificultades —que se lo preguntaran a Unamuno— para fletar una lancha, subir a un barco y desembarcar en algún puerto de Portugal, Francia o Inglaterra. Lo que muy pocos dejaron de hacer, pues ningún cancerbero se encargó de impedirlo.

EPISODIOS MEMORABLES EN LA CORTE DE ALFONSO XIII.

LA VIDA LITERARIA*

[...]

REMEMORO, SIN PRECISAR fechas, algunas manifestaciones artísticas literarias de la corte de don Alfonso XIII por aquel entonces. En una de ellas intervino el propio monarca, y fue en el homenaje rendido a Benavente por el Ayuntamiento de la Villa de Madrid. El rey impuso las insignias de la Gran Cruz de Alfonso XII al flamante premio Nobel, que regresaba de una gira triunfal —el adjetivo era justo— por países de Hispanoamérica. El acto fue presidido por S. M. y Primo de Rivera. El Ayuntamiento nombró hijo predilecto de Madrid al insigne dramaturgo. Dos grandes oradores: el rector de la Universidad, el químico Rodríguez Carracido, que aquilató los «méritos educativos» del teatro de Benavente, y el ministro de Cuba en España, don Mario García Kohly, de brillantísima elocuencia. No asistí al homenaje, pero fui a estrechar la mano de don Jacinto a su tertulia del café de El Gato Negro.

Benavente, calvo y con su barbita en punta, ya canosa, habíase alzado, a semejanza de Lope de Vega, con el cetro de la dramaturgia española y su nombradía ya era universal. Mas no se consideraba un rey absoluto y absorbente de la nación escénica, pues en su torno florecían el hispanísimo teatro de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, el poético de Eduardo Marquina, el sentimental de Martínez Sierra, el hilarante de Muñoz Seca, el aburguesado y muy discutido del gallego Linares Rivas, el «social» de Federico Oliver, el «madrileñista» de Carlos Arniches —tan elogiado por Pérez de Ayala, detractor de Benavente—, y autores jóvenes como Felipe Sassone, Federico García Lorca, Francisco Serrano Anguita, Tomás Borrás, Juan Ignacio Luca de Tena y Luis Fernández Ardavín, entre otros, demostraban con distintos modos la fa-

* Capítulo LXV del tercer volumen de las *Memorias*.

cultad renovadora de nuestro teatro. Estrenaban comedias, sainetes y zarzuelas. No faltaban los buenos músicos, que recogían las herencias de Bretón, Chueca y Chapí. El género revista, de importación austrofrancesa españolizada, triunfaba en el bellísimo teatro de Apolo, de la calle de Alcalá, años ha desaparecido para dejar su puesto a uno de esos alcázares de la plutocracia.

Ilustres actrices del momento —y el nombre de algunas se ha hecho perdurable— representaban las obras de dichos autores. Eran la gran María Guerrero, la gentil Rosario Pino, la incomparable característica Leocadia Alba y su hermana Irene, Loreto Prado, Carmen Cobeña, Joaquina del Pino, Concha Catalá, Nieves Suárez, todas excelentes comediantas, y otras ya famosas en plena juventud, como Catalina Bárcena, Mercedes Pérez de Vargas, Aurora Redondo, Adela Carbonell, María Fernanda Ladrón de Guevara, Irene López Heredia y María Palou, que son las que acuden a mi memoria. Los actores más notables se llamaban Enrique Borrás, Fernando Díaz de Mendoza, Enrique Chicote, los dos Ricardos, Calvo y Simó Raso; José Santiago, Juan Bonafé, Alberto Romea, Francisco Morano, Manuel González, Valeriano León, José Isbert, Ramón Peña, Santiago Artigas, con su compañera Josefina Díaz; Pedro Zorrilla, Manuel Collado, Jesús Tordesillas y otros varios que involuntariamente olvido. A los cuales, «ellas» y «ellos», deberán unirse los del llamado género lírico, y el «chico», el más nacional de todos y con frecuencia «grande».

Gracias a un inteligente empresario, Eulogio Velasco, y a dos autores, Juan José Cadenas y Tomás Borrás, la opereta de origen o corte vienés y la revista de gran espectáculo y con hermosas tiples, como María Caballé, Eugenia Zuffoli, Consuelo Hidalgo, su homónima la Mayendía y Teresita Saavedra, estaban en auge. No faltaban las traducciones y las adaptaciones del francés, del inglés y el italiano. María Palou nos «descubría» a Pirandello, Josefina Díaz, a Barrie. El cinematógrafo, mudo, tardaría en hacerse parlante y policromo y atraer más público que el teatro.

Yo asistía rara vez a la «batalla» de los estrenos, en que se desfogaba la pasión o furia española, así con las manos como con los pies. Cuando la obra no gustaba al «respetable», con sus zapatitos Luis XV «pateaban» hasta las mujeres. Quizá, entre otras razones, por el temor, lo confieso, a los «estrenistas» había yo dejado de escribir para el teatro, aunque me instase a hacerlo mi hermano político y colaborador Alfonso Hernández Catá, en cuya compañía obtuve algunos éxitos. (Tuve una «reincidencia»,

en 1928, del brazo de Tomás Borrás, de la que hablaré más adelante.) Prefería el público invisible e inaudible de la novela. Yo solo, en mi casa, con mis personajes, siendo decorador y director. ¡Qué comodidad!

[...]

Recordaré otros hechos nobles y amables de aquel mismo período, comprendido entre los meses de marzo y abril. Un homenaje a la gran escritora Blanca de los Ríos, al que asistí, por figurar entre sus amigos y admiradores. Doña Blanca, que había de morir casi centenaria, venía a ser algo así como un Menéndez y Pelayo con faldas, aunque sin el universalismo del glorioso polígrafo de Santander. Poetisa y novelista, descolló sobre todo en la crítica literaria. Ahí están, perdurables, sus estudios sobre uno de los genios de nuestro teatro: Tirso de Molina.

El homenaje le fue rendido por la Academia de Jurisprudencia —¿por qué no en la otra, la de la Lengua, aunque el reglamento no le permitiese entrar?—, y en él varios oradores ilustres ensalzaron sus méritos y su labor «españolista». Le dediqué un artículo. Muerta Emilia Pardo Bazán, doña Blanca y Concha Espina eran los dos astros de la literatura hispánica por manos de mujeres, que más tarde formarían columnas.

Otro de estos actos dignos de recordación fue el estreno, en el escenario de la Princesa, por la compañía Guerrero-Mendoza, de una excelente comedia de Eduardo Marquina, el gran poeta, que compensaba al público de los abusos y excesos del teatro de «pan llevar», pesadumbre de Talía. En el salón de la Sociedad de Amigos del Arte se expuso un Cristo en la cruz, admirable, del gran escultor Miguel Blay. Con una nueva interpretación de *Concha la limpia*, una de las mejores obras de los hermanos Quintero, vimos reaparecer en el escenario de Lara a Rosario Pino, sin duda la más bella de nuestras actrices. Y en el Español, Benavente, en el apogeo de su fama y su talento, nos ofrecía esas *Lecciones de buen amor* que son una de las cumbres de su dramaturgia. Fue —dijeron algunos críticos— «una función de desagravio», pues es notorio que don Jacinto había sido censurado acerbamente por ciertos escritores que ya cité.

Entretanto, en lo mío, la novela, la producción era arrolladora, desde lo óptimo hasta lo mediano y lo que debía ponerse «más allá de la literatura». Era barato el pa-

pel y escasa la competencia de los autores exóticos. Valle-Inclán, en su mayor altura. Su paisano Fernández Flórez, pasando del artículo a la novela con indudable maestría. Don Armando Palacio Valdés y Blasco Ibáñez, incansables y triunfadores. Azorín, en su línea. Gabriel Miró, dechado de prosistas, y Ramón Pérez de Ayala, enalteciendo nuestras letras. A propósito de Azorín hablaré seguidamente del PEN Club, que él presidía, y de la amistad con que por entonces me honró.

MI AMISTAD CON AZORÍN. PASAN POR EL PEN CLUB
 GABRIELA MISTRAL Y PAUL CLAUDEL. LA REAPARICIÓN
 DE BELMONTE*

MI AMISTAD CON AZORÍN comenzó en la primavera de aquel año 24. Yo le admiraba desde mi época de estudiante y mis balbuceos de escritor. Le vi por primera vez frente al escaparate de la librería de San Martín, en la Puerta del Sol. Tendría él entonces unos veintiséis años y era ya famoso. Había publicado con sus apellidos de Martínez Ruiz el *Charivari*, las novelas *Antonio Azorín* y *La voluntad*, y con su seudónimo, *Los pueblos*. No parecía un levantino. Sus ojos claros, su faz rubicunda y rasurada y su monóculo le daban el aire de un inglés. Más tarde le fui presentado, no recuerdo si en un banquete o en la librería de don Fernando Fe, ya trasladada de la carrera de San Jerónimo a la Puerta del Sol. No creo que recordase mi nombre. Yo todavía, en literatura, no era nadie. De todos los escritores de esa generación indefinible llamada «del 98», él y Valle-Inclán fueron los que yo imitaba en mis iniciales escritos. Influencia efímera. Baroja jamás influyó en mí.

Atraíame, por lo precisa y transparente, la prosa azoriniana, y del Valle-Inclán de las *Sonatas* el tenue eco del romanticismo y el perfume galaico que aspirara en los versos de Pondal y Rosalía. A los demás escritores de ese grupo, como Macías Picavea, Unamuno, Manuel Bueno y Maeztu, leíalos con interés, pero sin postura de discípulo. Los artículos de Azorín, en el periódico de don Manuel Troyano, *El Español*, parecíanme ejemplares: había en ellos mucho que aprender. Compraba todos los libros del «Pequeño filósofo», el cual, a su vez, había aprendido a serlo en uno grande, pero no de su tierra ni su idioma: en Miguel de Montaigne. Se hablaba de su «paraguas rojo», un paraguas literario: en sus manos nunca lo hallé.

* Capítulo LXVI del tercer volumen de las *Memorias*.

Ya hecho yo un escritor «responsable», con mi manera y estilo de articulista y novelista, con más de quince volúmenes publicados, no pocos de ellos traducidos a varias lenguas, y —¿por qué no decirlo?— en la plenitud de mis éxitos, fue cuando contraje con el maestro Azorín una amistad que, si no llegó a ser íntima, se mantuvo siempre en los términos de mutua estimación. Por entonces, o quizá unos años antes —1922 o 1923— fundárase en Madrid, copiada del extranjero, la institución del PEN Club, que, según su sigla, agrupaba a los poetas, ensayistas y novelistas que desearan incorporarse a él. El PEN Club madrileño lo presidía Azorín. Era un club sin local propio. Reuníanse sus miembros, acaso una vez al mes, en algún restaurante, principalmente en el «histórico» de Lhardy. No solía haber discursos, coloquios sí, entre los comensales, y dilatada sobremesa.

En alguna ocasión se invitaba a escritores extranjeros de paso en Madrid. Y entonces no faltaba el poeta que leyera versos en su honor o el labio que lo elogiase en un brindis. Sin precisar fechas, diré que en esos ágapes del PEN Club conocí a Paul Claudel y a la poetisa chilena y futuro premio Nobel Gabriela Mistral. Por cierto que no olvidaré nunca que al preguntarle al gran poeta y dramaturgo francés «si había estado ya en Santiago de Compostela», me sorprendió que me respondiese: «*Cela tombe un peu loin*». ¡Lejos Santiago para un católico de su alcurnia!

Recordé la sentencia de Dante: «*Non s'intende pellegrino senon chi va verso la casa de San Jacopo*». ¿Cumpliría más tarde el poeta de *El anuncio hecho a María* la obligada y entonces nada incómoda peregrinación? Es de suponer que sí. Gabriela Mistral fue recibida y oída con unos versos fervorosos por Eduardo Marquina, a los que respondió con un himno o canto a España. Gabriela me pareció —¿cómo lo diré?— no muy femenina, una de esas mujeres graves y tristes, sumidas en sus nostalgias amorosas y sus sueños, que se olvidan del tocador y a las que no les importan los hombres en lo corpóreo. (A ella sólo le importó uno, y le importaban los niños, los de las otras.) Era la maestra, «la maestra rural», y mejor que su traje sastre, gris, y su media melena, también gris y opaca, le hubiesen sentado las tocas y el hábito de Santa Teresa, de quien no copiaba la sonrisa.

Por aquellas reuniones del PEN Club pasaban otros novelistas, ensayistas y poetas no españoles, o hispanoamericanos que no considerábamos extranjeros, como Rubén Darío y el silencioso y abstraído Amado Nervo, el de un único y noble amor, roto por la muerte. ¡Cuánto le quise, le compadecí y le admiré!

Entre los nuestros evoco a varios que ya no existen, pero que han dejado una obra imperecedera: a Gabriel Miró, ojos claramente azules y mirada profunda, de voz tímida y ademanes lentos; a Ramiro de Maeztu, que ya había establecido el concepto de hispanidad y elevado la crítica literaria a sus más altas cumbres; a Eugenio d'Ors, orientador de la juventud por los caminos de la filosofía y de la estética, y a Ortega y Gasset, en el apogeo de su genio. Alguna vez veíamos al gran Unamuno y a otras figuras «del 98», como Luis Bello, Manuel Bueno y Francisco Grandmontagne. Fuera de esa generación, a Ricardo Baeza, crítico sutil e intransigente, traductor de Oscar Wilde y Dostoievski, y para quien nuestro primer dramaturgo era un Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; a Eduardo Gómez de Baquero, también crítico, ecléctico y templado en sus folletones de *El Sol*; a tres poetas muy distintos: Marquina, vigoroso y elocuente; Enrique de Mesa, delicado amante de Castilla, un nuevo marqués de Santillana, y Emilio Carrère, el de la «Musa del arroyo».

Subsisten, y que de larga vida gocen, cada cual triunfante en sus lides literarias, Ramón Pérez de Ayala y su homónimo Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, Fernández Flórez, Julio Camba y algunos más. Como Azorín había querido, y a mi parecer con razón, que las reuniones del PEN Club tuviesen un aire aristocrático —el de la «aristocracia de las letras»—, que se guardase en ellos la *tenue*, que dicen los franceses, celebrábase los banquetes en Lhardy o en algún otro restaurante relativamente caro para la época. Pero no faltaban los *club-men* que hubiesen preferido, por más económicos, a los filetes de lenguado *à la Meunière* y las pechugas a la Villeroi, el cochinillo y el cordero del horno de Botín y la tortilla de patatas del café de San Isidro. Azorín no prestaba atención a las protestas, nunca estridentes, de los chambergos, las pipas y las chalinas. No simpatizaba con la bohemia. Así, pues, los ágapes mantuvieron su buen tono, y si se hubieran celebrado de noche habrían exigido el smoking o el frac.

Es una lástima que, en Madrid, del PEN Club sólo quede el recuerdo. La urbanidad y la cortesía eran sus normas. Y en la República literaria se olvidan, con lamentable frecuencia, esas normas. (Entre paréntesis diré que el PEN Club no ha desaparecido en otras capitales de Europa y América, que en alguna, como en Río de Janeiro, dispone de un lugar propio, gracias a un escritor-mecenas, y que se «internacionaliza» en congresos y coloquios, a los que concurren poetas, ensayistas y nove-

listas de todo el mundo occidental. Que alguien recoja de manos del maestro Azorín, en España, la buena tradición del PEN Club, falta hace.)

Hasta entonces, esto es, hasta que yo fui uno de los miembros asiduos del Club, mi amistad con Azorín había sido una de esas relaciones entre literatos que se ven de tarde en tarde, o de noche en noche y se saludan en un banquete, en un entierro, en un teatro, en la redacción de un periódico o en la antesala de un editor. Relaciones superficiales, sin diálogo: el «¿cómo está usted?», el «encantado de verle», y nada más. Pero como Azorín y yo quedásemos cierto día codo a codo en una mesa y habláramos —¿de qué íbamos a hablar sino de literatura?— yo le demostré que conocía toda su obra y él me pidió que le mandase mi última novela. Así lo hice, muy honrado, y una mañana, al recibir el *Abc*, me hallé con un afectuoso artículo suyo sobre mi libro. Quedó establecida de este modo una amistad que no había de interrumpirse. Vino a comer a mi casa, fui yo a la suya. A otras manifestaciones de esa amistad me referiré cuando correspondan al orden de estos recuerdos.

[...]

Yo era por entonces muy aficionado a los toros y figuraba en el partido belmontista. Belmonte, de quien era amigo, tras una de esas retiradas que son frecuentes en los toreros y no significan sino un paréntesis de reposo, volvía «a lo suyo»: a apasionar al público con su arte inimitable. Con él se abría una nueva época del toreo. Desgarbado, con su mandíbula de prognato y aquel modo de doblar en algunos pases todo el cuerpo, desafiando las embestidas de la res, venía a ser todo lo contrario del torero elegante, eurítmico y razonador, yo diría cerebral, como el Guerra. Claro que razonaba, que calculaba, que conocía «las razones del toro», que eran las de matarle, pero daba la impresión de ignorarlas. ¿Temeridad? Mejor, seguridad y confianza en sí mismo. Cierta vez le pregunté «si no sentía miedo ante los toros», y me dijo filosóficamente: «Mucho, pero ¿en qué consiste el valor sino en dominar al miedo?». No perdí aquel año ninguna corrida suya en Madrid, y en Toledo la del Corpus.

CUANDO MURIÓ ANATOLE FRANCE. SU TRADUCTOR,
 RUIZ CONTRERAS. BENAVENTE Y EL CINEMATÓGRAFO.
 BLASCO IBÁÑEZ Y ZOLA. ANDRÉS GONZÁLEZ BLAN-
 CO. AZORÍN, ACADÉMICO. MILLÁN ASTRAY Y EL TE-
 NIENTE TOPETE. *LA PARED DE TELA DE ARAÑA Y LUCES DE*
BOHEMIA *

EL 12 DE OCTUBRE, a la hora de la cena, sonó el teléfono de mi casa. El director de *La Voz*, don Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal, me llamaba para decirme que había muerto Anatole France y que deseaba un artículo mío para el número del día siguiente. La noticia no debió de llegar a tiempo a Madrid pues no la insertaban los periódicos vespertinos. Me dispuse, pues, a escribir el artículo, que no conservo. Anatole France era uno de los escritores franceses más leídos en España porque había tenido la fortuna de contar con un buen traductor, don Luis Ruiz Contreras, que era a su vez un literato notable.

Una minoría leía en su lengua al autor de *Le lys rouge*, pero el gran público atenía-se a las versiones de Ruiz Contreras, en lo que cabe excelentes. Conocía éste a fondo el francés y trasladaba a un buen castellano las páginas de France, no sin que en el traslado, como ocurre aun en las traducciones más plausibles, se perdieran matices de intención, gracias de estilo y pormenores de ambiente. Don Luis Ruiz Contreras no sólo traducía las obras de France, sino que también las editaba. Algo tradujo de Colette —las *Claudinas*—, de Maupassant y de Rachilde; pero su «especialidad» eran los libros del creador de Monsieur Bergeret. Yo había iniciado mi conocimiento de France con Ruiz Contreras. Después pude gustarle en su propio idioma. Al segundo me unía una gran amistad. Al primero le vi sólo dos veces en mi vida y ninguna tuve la

* Capítulo LXX del tercer volumen de las *Memorias*.

fortuna de hablarle. La primera en París, en uno de los muelles del Sena, donde el maestro, buen bibliófilo, hurgaba en el tenderete de un *bouquiniste*. La segunda en Madrid, donde estuvo de paso y de incógnito. Una tarde entró en la librería de don Fernando Fe y fue reconocido por aquel culto librero que se llamó don Francisco Beltrán, y por mí. Como Beltrán le viese con una de sus novelas en la mano se le acercó, sonriente y discreto, y le dijo: «*Monsieur France, vos romans sont les préférés de notre public*». Y France repuso con una tenue sonrisa: «*Je ne m'y attendais pas... Merci, merci!...*». Y salió de la librería después de comprar una guía del Museo del Prado.

Anatole France y Ruiz Contreras parecíanse en un detalle de su indumentaria: los dos usaban ese gorrito redondo, de seda oscura, que en Francia llaman *calotte* y nosotros llamamos solideo. Es propio de eclesiásticos, pero le va bien a los calvos aunque sean seglares. Éranlo entrambos escritores, más Contreras que France. Don Luis no se quitaba su gorro ni en el teatro. También se parecían en su pasión por los libros. Entre los cuales había nacido y crecido Anatole, en la *boutique* de su padre, librero de viejo famoso del Quai Malaquais.

Y en la casa de Ruiz Contreras, en Madrid, calle de Lista, los libros se alineaban en estantes hasta el techo en todas las habitaciones: libros antiguos, «raros y curiosos» y de la minerva contemporánea. Otro parecido: los dos eran célibes. Yo solía visitar a don Luis y alguna vez me convidó a almorzar. Su cocinera guisaba a maravilla. Un día le pregunté: «¿Conoce usted a Anatole France?». Y su respuesta me dejó asombrado: «No, ni quiero; sólo me importan sus obras». No insistí. Contreras se consideraba, sin vanagloria, un verdadero literato y quizá temió que France, del que ignoro si poseía nuestro idioma, le tomase por uno de esos traductores, y con frecuencia *traditori*, que vertían sus páginas a todas las lenguas. Procedió altivamente, orgullosamente Ruiz Contreras no queriendo conocer a France en persona, desde el punto y hora en que no podía existir una estimación recíproca. Creo que a France le hubiese gustado don Luis, que tenía mucho de novelesco y más de un punto de semejanza con alguno de sus héroes.

Mas volvamos a mi artículo para *La Voz*, que habría de extenderse a tres columnas del periódico. En él trazaba una rápida biografía del novelista y deteníame en el examen de su obra, que era también la de un crítico y un poeta: del crítico de *La Vie Littéraire*, en sus famosos folletones de *Le Temps*, y del poeta de *Les Poèmes dorés* y de *Les Noces*

corinthiennes. Lo fundamental en France era la prosa. Diáfana, flexible y elegante y sin retórica superflua la suya, como la de su maestro Renan. Se hablaba de su escepticismo, en el que no se advertía sequedad, sino cierta ternura recóndita y una comprensión piadosa de las pasiones y flaquezas de los hombres. Era un espíritu burlón, un humorista. No trataba las cosas santas santamente. En esto asemejábase a Eça de Queiroz y era natural que, desde el punto de vista ortodoxo, fuera recusable. Mezclaba la ironía con la simpatía, la sensibilidad con la espiritualidad. Nadie censuró más severamente que él el materialismo desbordado de Zola. Al cumplir los ochenta años y celebrarse su jubileo se le consideraba el escritor más universal de Francia. Fuera ésta o aquélla la actitud de los críticos ante su obra, ninguno podía negarle la primordial virtud estética, que no es otra y será siempre la del estilo. Algo de todo esto escribí en mi artículo necrológico, del que me dijo Ruiz Contreras que «no estaba mal». Él, sin duda, lo hubiera escrito mejor.

De aquel mismo otoño de 1924 son otros hechos relacionados con la literatura: la nuestra. En opinión de Unamuno, que se declaraba adversario del cinematógrafo, porque él no admitía a «esos fantasmas mudos» (ignoro si cambió de parecer cuando el cine se hizo parlante), Benavente, sin abandonar sus comedias, escribió un par de obras para el celuloide. Asistí a la representación de una de ellas, titulada *Para toda la vida*. Los letreros eran de él y, como suyos, ingeniosos.

Un día me enteré por los periódicos de la muerte prematura de un escritor de gran talento y merecida fama, al que me había unido una amistad, rota por tiquismiquis y desavenencias literarias que andando el tiempo hubiéramos olvidado los dos. A punto estuvimos por esas «pequeñeces» de cruzar las armas, Andrés González Blanco y yo, que éste era el nombre del ilustre y malogrado escritor. Un acta, honorable para ambos, puso término a la cuestión. Pero no volvimos a saludarnos. Con Andrés, su hermano Pedro y otros jóvenes escritores fundé en 1907 la primera revista «de vanguardia» que se publicó en Madrid: *Sagitario*, de la que sólo pudimos editar cuatro números: nos fallaron los suscriptores. Andrés era la pluma más fecunda de la revista. Pasmosa su erudición para sus años y penetrante su sentido crítico. Dejaba varias novelas, pero lo fundamental en él era la crítica literaria, que a mí—por el motivo apuntado— «me silenció». Al morir presidía la sección de literatura del Ateneo. Íntimamente lamenté su temprano fin.

Entretanto, sin salir de aquel mes de octubre, nuestro gran novelista Blasco Ibáñez, en la cumbre de sus éxitos, presidía la peregrinación a Medan que todos los años organizaban los Amigos de Zola. ¿No era él un discípulo de Zola? Pero un discípulo menos crudo y sombrío que el maestro. Vi una fotografía que le representaba hablando en Medan, supongo que en aquel francés suyo originalísimo y arbitrario que haría sonreír por dentro a su auditorio. Y sonó la hora en el reloj literario de la entrada del insigne Azorín en la Academia de la Lengua. Me invitó a escuchar su discurso. No recuerdo de qué trataba. De aquel solemne episodio sólo acuden a mi memoria dos semblantes: el del recipiendario —¡qué dura palabra!— y el del presidente de la Real Corporación, nuestro gran estadista don Antonio Maura.

No era Azorín un académico precoz, como Menéndez y Pelayo que recibía esa investidura a los veintidós años, pues los suyos llegaban a los cincuenta y habíanle dado tiempo para evolucionar desde su postura de crítico «demoledor» hasta otra, contemporizadora y ecléctica, que no alteraría el equilibrio de la Academia. Apreciaba y premiaba ésta, con algún retraso, los méritos del más fino prosista y original ingenio de la rebelde y desunida «generación del 98».

Pues bien; ya estaba «consagrado» el rebelde Azorín. Su rostro impasible, sin barbas ni bigotes —allí donde había tantos—, contrastaba con el ya venerable de don Antonio Maura, que le impuso la insignia de príncipe de nuestras letras. Le di un abrazo al querido Azorín. Como, en circunstancia semejante, se lo hubiera dado a Benavente, que nunca escribió su discurso y se quedó en académico electo.

Y paso de los fracs y los vistosos indumentos de la milicia literaria a los uniformes de la otra milicia, la castrense, que seguían bregando en el Rif y muchas veces se «adornaban» con sangre, cuando no quedaban cubiertos de tierra. Esto pudo ocurrirle a uno de mis grandes amigos, el coronel Millán Astray, el fundador de la Legión, que arengaba a sus hombres con laconismo espartano: «¡Caballeros legionarios, vais a morir!». Él, a la cabeza en los combates, no murió, pero quedóse manco radicalmente, y no sólo con la mano inválida, a lo cervantino, pues hubo que amputarle el brazo izquierdo, destrozado por una bala. Tiempo después se doblaría su invalidez con la pérdida de un ojo. Mi último y persistente recuerdo de Millán Astray, ya ascendido a general, es el de un hombre alto, pálido y enjuto, como Don Quijote, pe-

ro sin barba, con su manga vacía y el parche negro que le cubre la órbita sin luz. ¡Qué heroico militar y noble amigo!

Por él supe que el mismo proyectil que le había deshecho el brazo fue a rebotar en el pecho de uno de los jóvenes héroes de la campaña, el teniente Topete, hiriéndole en el corazón. «Mira tú que trágica e inverosímil carambola —decíame Millán—, esa bala que debió matarme a mí, va y se nos lleva a ese muchacho, que era un prodigio de audacia y de valor. ¡Cosas de la guerra!».

Y yo pensaba: «Cuántas cosas “así” en aquella guerra y en todas las guerras». Siendo alférez había defendido Topete la posición de Tifaurin, asediada por los moros, con un puñado de hombres. Sin agua, economizando las municiones, aquel grupo de bravos rechazaba, uno a uno, los furiosos ataques de los rifeños, obligándoles a ceder. Entonces le respetó la muerte. Su destino era morir, hermanado por la sangre, junto a su jefe, el glorioso Millán Astray.

Por entonces —y esto es seguir en Marruecos— aparecía una gran novela de Tomás Borrás, *La pared de tela de araña*, cuyo fondo era el paisaje de Tetuán. El joven escritor, a quien me unía y me une fraternal afecto, había sido corresponsal de guerra en la zona y conocía mejor que nadie las costumbres y el ambiente de esa parte del norte de África. Prosista luminoso, a través de un asunto dramático, mantenía en suspenso el ánimo de los lectores. Hice sobre ella un artículo en *La Voz*, donde seguía la actualidad literaria de la época, hablando de los libros «de mi gusto». El de Borrás me complació enteramente por la fuerza y la finura, bien armonizadas, de su estilo y por su don, suprema virtud estética, de embellecer la realidad con el ensueño.

Otro libro sobre el que hubiera querido escribir —pero no lo hice, dada mi enemistad irremediable con su autor— fue el recientemente publicado por Valle-Inclán, *Luces de bohemia*, de la serie de sus *Esperpentos*, cuán distintos de sus *Sonatas* sentimentales y de aquella suave *Flor de santidad* que me había leído, en cuartillas al lápiz, en el lecho de su pobre alcoba en una casa de corredor de la calle de la Gorguera. Siempre lamenté mi ruptura con él, del que nunca hablé mal. Él de mí, sí. Yo seguía leyéndole con abstracción de su persona física, como si ya «se hubiese muerto y entrado en el paraíso de los clásicos».

Tiempos áureos para la literatura española, que, en mi opinión, no han sido superados después.

DE CÓMO ME CONVERTÍ EN UN AFICIONADO A LOS
TOROS. VI TOREAR A LAGARTIJO Y FRASCUELO EN LA
HABANA. EN ESPAÑA, A REVERTE, AL GUERRA, A
FUENTES, A MAZZANTINI Y A TANTOS OTROS. SURGE
MI AMISTAD CON UN ESPADA Y EL PROYECTO DE UNA
NOVELA TAURINA*

TENDRÍA YO APENAS cuatro años —allá por el 1887, en La Habana— cuando mi padre me llevó a una corrida de toros. Tengo entendido que los matadores, celebérrimos ambos, eran Salvador Sánchez, *Frascuelo*, y Rafael Molina, *Lagartijo*, los príncipes de la tauromaquia en tal época. La Habana, capital de la Cuba española —quedábanle más de dos lustros de serlo—, tenía una plaza de toros que, si no recuerdo mal, era de madera y muy chica.

De la mano de mi padre subí a uno de los palcos. En el redondel el sol hacía de plata la arena, dejando un hemicycle de sombra. Veía yo a los toreros como a unos soldaditos de juguete que por arte de magia se movían de aquí para allá, y en vez de los uniformes azules y rojos y los quepis charolados, llevaban unos trajes todavía más vistosos que los de mis soldaditos de plomo. Ésta era mi impresión: que aquellos hombres, a pie o a caballo, jugaban con un extraño y enorme animal, negro, como pintado con tinta china, y que tenía en el testuz dos agudos palitroques de marfil. Mi primera visión del toro.

Yo, hasta entonces, sólo había visto los bueyes mansos, tardos y amarillos que tiraban de las carretas en algunas calles polvorientas de la ciudad, o aquellos del carromato con toldo de pieles de otros bueyes en que había ido cierta vez desde un paradero del ferrocarril en la provincia de Matanzas al ingenio de mi tío Antonio que se llamaba Casualidad y pudo llamarse Fatalidad cuando fue demolido e incendiado por

* Capítulo LXXI del tercer volumen de las *Memorias*.

los mambises. Los bueyes hundían sus pezuñas en la tierra color de sangre de las trochas de la manigua, a trechos sombreadas por los frondosos mameyes, las altísimas caibas y las palmas, cuyo ramaje, de un verde metálico, en penachos, parecía incrustarse en el cielo de un azul raso y fúlgido. Mi abuelo Ángel, caballero y guajiro, mitad por mitad, agujijaba a los bueyes. Y yo pensaba en él, que apenas rozaba el lomo de las bestias, frente a aquellos hombrones que martirizaban al toro con sus picas. ¡Qué brutos! Y aplaudía cuando el toro los descabalgaba y caían pesadamente sobre la arena, no sin sentir lástima de los caballos, tapándome los ojos para no ver su sangre y el derrame de sus vísceras.

Prefería a los que «adornaban» al toro con unos rehiletos de colores, algunos con los mismos de la bandera española. ¡Qué ágiles y graciosos! Eso era jugar. Y también era juego el de los capotes desplegados ante la res, con giros de grandes mariposas. Pero cuando vi que un torero sustituía la capa por un trapo punzó y requería una espada, le pregunté a mi padre «si iba a matar al toro». Y él, sonriendo, me dijo: «Pues claro, para que el toro no le mate a él». Salí triste y nervioso de la plaza. Me gustaba el circo, donde nadie mataba a nadie, ni los leones y los tigres al domador.

No volví a ver corridas hasta diez años después, cuando los míos eran catorce y presumía ya de valiente. Pero no fue en La Habana, sino en La Coruña, durante las fiestas de agosto. Recuerdo muy bien que los matadores se llamaban Bonarillo y Reverte. Me gustó mucho Reverte por su elegancia, su valor y la habilidad con que rehuía los ataques del toro. Aprendí a cantar aquello de «No te tires, Reverte», y otra cancioncilla que decía: «La novia de Reverte tiene un pañuelo, con cuatro picadores, Reverte en medio». En la misma plaza de La Coruña vi torear al Guerra, a quien se consideraba el rey, o el califa de la tauromaquia. Y también vi al elegante Fuentes, al Bomba, el Algabeño, el Conejito, a un torero que me pareció un gigante y cuya espada fulminaba al toro, don Luis Mazzantini, y a otro, muy pequeño, casi un enano, el Minuto, que se ponía en puntillas para alcanzar con el estoque el morrillo de la res. Total, que me fui aficionando a los toros y que dejé de taparme los ojos para no ver la sangre y las tripas de los jamelgos despanzurrados.

Ya en Madrid, en octubre de 1899, mi afición fue completándose. Asistí a algunas novilladas, coleccioné los cromos, las famosas fototipias de las cajas de fósforos de a

diez céntimos, que se compraban y canjeaban en la Puerta del Sol, comercio en el que se distinguía mi hermano Waldo. Con éste fui a los tendidos de sol —no teníamos dinero ni para los de sol y sombra— a algunas corridas de mayo, y volvíamos a casa a pie, calle de Alcalá arriba comentando los incidentes de la fiesta.

Años después, ya hombre y con peculio propio, pude abonarme a una delantera «del 2» y conocer a los espadas que, con mayor o menor brillo, iban sucediéndose en los carteles. Pero yo no podía adivinar entonces que llegaría a tener intimidad con un torero y por tal causa a escribir una novela de tema taurino, una más en la copiosa lista de autores españoles, entre los que sobresalen los andaluces Arturo Reyes, Manuel Héctor Abreu, José López Pinillos y de otras provincias como Blasco Ibáñez, Pérez Lugín y Gómez de la Serna. Claro que en mi libro no imité a ninguno de éstos.

¿Y quién fue el espada que hubo de inspirármelo y de servirme, *mutatis mutandis*, de modelo para el protagonista? Pues no era un sevillano, ni un cordobés, ni un rondeño, sino de Aragón, también tierra de taurómacos, y paisano en suma de «don Francisco el de los toros». No hubo elección ni preferencia.

Todo provino del azar de una tarde en que vi a aquel hombre desafiar a la muerte con un valor temerario, en el que no advertí la destreza de otros toreros valerosos, verbigracia, Belmonte, que daba siempre la impresión de dominar al toro, sino que todo me pareció desprovisto de ese arte que consiste en burlar las acometidas del cornúpeto con el engaño de la muleta y los esguinces del cuerpo. Sabido es que esa maestría no hace al torero invulnerable, que el más sabio tiene «su talón de Aquiles», y ahí están, próximos a nosotros todavía, los ejemplos de Joselito y Manolete, que asombraban por su conocimiento o adivinación del temperamento de cada toro y le imponían con el capote y la muleta los lances y pases oportunos para dominarlo. Y si el arte y la ciencia de estos toreros fallan en ocasiones, porque no han llegado a adivinar el enigma del toro, o por un descuido o exceso de confianza, piénsese en lo que puede ocurrir, y con frecuencia ocurre, cuando el torero no es más que impulsivo y confunde el valor, que ha de ser consciente, con la temeridad, que es ciega.

Entendí que éste era el caso de aquel hombre a quien veía torear por primera vez, y en tal sentido, yo, que nunca había reflejado en un artículo mi impresión de un torero, escribí uno para mi periódico que hubo de molestarle, pues, sin altivez, pero con

dignidad, me dirigió una carta en la que rechazaba mis argumentos y me decía que, «además de ser valiente, estaba al tanto de las reglas del toreo». Y como mi intención no era, en modo alguno, producirle enojo, sino aconsejarle, precisamente, que atemperase su reconocido valor a esas reglas, escribí un segundo artículo diciendo que mi juicio distaba mucho de ser infalible y que deseaba me ofreciera pronto la ocasión de rectificarlo.

Entonces me visitó su representante para darme las gracias en su nombre y con la promesa de que Braulio —así se llamaba el torero, su apellido era Lausín y su mote o seudónimo Gitanillo de Ricla— pensaba brindarme un toro. Me lo brindó, en efecto, y en su faena estuvo afortunado. De este modo nos hicimos amigos y, como en mí la amistad ablanda, cuando no anula el sentido de la crítica, en adelante, si no con la pluma, con la voz, fui uno de los entusiastas del espada aragonés. No perdí corrida en que toreade, en la Corte o las ferias de provincias.

Gitanillo de Ricla, que parecía destinado a ser «carne de toro», vive, retirado y feliz, porque amor y fortuna le acompañan, en la gran ciudad de Zaragoza. En 1949 le volví a ver en su «peña» del Salduba, café famoso que ya no existe. Allí me ofreció un banquete. Fueron numerosas y graves sus cogidas. Tal de ellas le puso a la muerte, pero ninguna le dejó inválido. Sigue entero y animoso. Su época coincidió con la vuelta de Belmonte a las plazas. Alternó con Juan en los carteles, con el rondeño Cayetano Ordóñez, *el Niño de la Palma*, fundador de una dinastía, con Marcial Lalanda, su paisano Nicanor Villalta, Chicuelo, Valencia II, el mexicano Rodolfo Gaona, Ignacio Sánchez Mejías, otro Gitanillo, el de Triana y los demás que «eran figuras» de la tauromaquia en aquel tiempo, posterior al de los Bombita y Machaquito. Época áurea de la fiesta nacional. Sin duda olvido nombres. Braulio toreó en toda España, estuvo en México, Colombia y Venezuela. Ignoro la fecha de su retirada.

Pues bien, este Braulio Lausín, del que he trazado una biografía muy incompleta, me sirvió, como antes dije, de modelo convencional para uno de los dos primeros personajes de mi novela *La mujer, el torero y el toro*, una de las que han merecido mayor favor del público y ha sido trasladada a los idiomas portugués, italiano, francés y alemán, y adaptada, sin acierto, al cinematógrafo. Pero debo insistir en que el espada Zaragoza de mi novela sólo se parece al valeroso Braulio en algo categórico, el carác-

ter, y que todo lo demás es imaginativo. Se trata de una de esas ficciones en las cuales el novelista acude a la realidad en busca de ciertos rasgos que «humanicen» a sus héroes y no les hagan parecer meros fantoches. No hay ninguno en ese libro, aun secundario, al que le falte su punto de partida en alguna persona de veras.

Gracias a mi amistad con Lausín pude conocer ciertos aspectos íntimos de la vida de los toreros, a los cuales sólo había contemplado hasta entonces en la plaza durante el vistoso paseíllo y las tres suertes de la corrida. Con Braulio vi a un torero descansar en la cama mientras su mozo de estoques le preparaba el traje y le ayudaba a vestirse en presencia de ese grupo de amigos que le acompañan hasta el momento en que sube al coche que le lleva al triunfo, al fracaso y en ocasiones a la muerte. Gracias, asimismo, a Lausín supe lo que era pasar, temeroso, a la enfermería para ver si la cornada que sufrió el diestro es de las que «no le permiten continuar la lidia» o de las que amenazan su existencia. De éstas tuvo varias Gitanillo; pero el hombre, de carne dura, no tardaba en curarse. Con él, en Madrid o en las ferias de provincias, concurrí a esas tertulias de hoteles y cafés donde, junto a los espadas, aparecen sus apoderados, sus admiradores más íntimos, algún ganadero y no falta el crítico, que puede ser imparcial, o de los que algunas veces admiten el soborno.

Ahora bien; de mi novela taurina, que no hubiese escrito sin la circunstancia de mi amistad con el arrojado torero aragonés, me queda no poco que decir. Pero ello será más adelante, pues habré de seguir en orden de fechas los pasos que di para «documentarme», yendo, como fui, a una ganadería andaluza, donde, gracias a la hospitalidad de sus dueños, de ilustre familia, pude asistir a la vida del toro en el campo, que era uno de los motivos de mi obra.

Sucedió esto en la primavera del año 25, y mi conocimiento de Lausín pertenece a la del 24, que es la data en que estoy en esta parte de mis recuerdos.

Entretanto, mientras pensaba en esa novela y preparaba su argumento, seguía en mi labor de articulista, mariposeando de tema en tema, como quien dice, de flor en flor entre los jardines de la actualidad, sin posarme en los de la política, y escribía alguna novela corta.

Una tarde, en el camarín de una comedianta, coincidí con un famoso torero, que también era escritor y se disponía a estrenar una comedia. El cual, andaluz, de Sevilla y hombre de mordaz ingenio, me dijo:

—Parece que va usted a escribir una novela de toros y que se la ha inspirado un torero baturro. ¿Es que no le gustamos a usted los andaluces?

Y le respondí a Ignacio Sánchez Mejías, a quien admiraba más en el ruedo que en sus veleidades literarias:

—Pues claro que me gustan, y que algunos me entusiasman. Pero el novelista hace lo que quiere, y si se me ocurre que el protagonista de mi obra no sea un torero, sino el toro, ¿qué diría usted?

Ignacio torció el gesto y no dijo más. Pero conste que en mi farsa novelesca «también puse a un torero andaluz».

Con esta anécdota, lector, pondré término a mis recuerdos del año 24. Y son muchos, y muy variados, como verás, si me sigues, los del 25.

ENTRE MARZO Y ABRIL DE 1925. LOS VEINTIDÓS MIL
 DIBUJOS DE MANUEL TOVAR. LA ESTATUA *IN VITA*
 DE RAMÓN Y CAJAL. PASAN POR MADRID LOS RESTOS
 DE ÁNGEL GANIVET. MUERE UN GRAN PERIODISTA:
 LEOPOLDO ROMEO*

EN MARZO MI GRAN AMIGO Manuel Tovar, excelente dibujante humorista, llevaba hechos veintidós mil «monos». Él y Joaquín Xaudaró —también amigo mío desde los tiempos juveniles de París— eran los más populares entre los caricaturistas españoles. Y cuenta que había otros, como K-Hito, Bagaría, Echea, Sancha, Sileno, Fresno y el cubano Sirio, que disfrutaban del favor del público. Para celebrar el acontecimiento de sus veintidós mil dibujos, Tovar me invitó a tomar una copa —entiéndase que fueron varias copas del mejor jerez— en el hotelito que había comprado en Chamartín. Donde le vi aquella tarde envuelto en una chilaba, calzando babuchas y con sus gafas de aro de carey que le resbalaban por la nerviosa nariz.

Tovar, a quien conocí en 1906, tenía entonces cincuenta años. Había llegado a Madrid en 1899, con una barba endrina que no tardó en afeitarse. En mis Memorias hablo de él largo y tendido y afectuosamente. Era un hombre muy moreno, rechoncho, suelto de ademanes y de un carácter jovial. Tan chispeante en sus dibujos como en sus dichos. Fue en Madrid, por tal época, mi mejor camarada. Con él iba a los toros y al teatro, al café y, si nos petaba, a los merenderos de las Ventas y la Bombilla.

Famosas fueron sus caricaturas de los autores de la primera época de *El Cuento Semanal*. Y ya he contado que la que hizo de la condesa de Pardo Bazán, por parecerle excesiva, no le fue nunca perdonada por la gran escritora. A él le debo la mejor que me han hecho, aunque no dejaron de agradarme las de Bagaría, Sirio y Fernan-

* Capítulo LXXIV del tercer volumen de las *Memorias*.

do Fresno, y la de un joven y malogrado dibujante, Rogelio Moyano, que imitaba a Sem y se fue a París, donde, tras una bohemia más o menos dorada, pereció en un paseo por el Sena.

Si yo hubiera entendido la caricatura como doña Emilia, habría rechazado mi imagen vista por Tovar, en la que se afean todas mis facciones. Aparezco con una gran papada, unos ojos de asiático y un bigote hispido, como de cerdas. Pero no. Una buena caricatura debe ser «implacable». Tovar también me exageró la frente y me puso una altísima y «filosófica». ¡Gracias, Manolo! En la de Bagaría no soy yo. La de Fresno es más bien un retrato. Muy acertada la de Sirio.

Antes de llegar a Madrid el que habría de ser un maestro de la caricatura había pintado abanicos en Valencia y monigotes en los periódicos satíricos de Barcelona, a ocho reales la pieza. Enflaqueció. En la Corte tuvo más suerte. «Madrid —decíame— era Jauja para los dibujantes.» Por una historieta le pagaron doce pesetas en *Nuevo Mundo*. Fue subiendo y al fin entró de redactor gráfico en *La Correspondencia de España* y más tarde en *España Nueva*, el periódico estridente de Rodrigo Soriano, donde permaneció cerca de tres lustros. Pasó de *España Nueva* a *La Voz*, al fundarse este diario. Su lápiz, incansable, no era tan sólo el de un costumbrista. Ningún tema nacional le era ajeno: la política, los conflictos sociales, las campañas de Marruecos, los crímenes, los apuros de la pequeña burguesía y la plebe ante la subida de las subsistencias. Del personaje o el «hombre del día», así fuese un ministro, un torero, un general, un banquero, un actor, pasaba al golfo andrajoso, al poeta bohemio, al señorito chulo, a la verdulera procaz, al «cantaor» flamenco, a la bailarina o cupletista «de tabla», a las que ya eran famosas, al cochero de los simones, a los «chóferes» de los taxis, que ya pululaban por Madrid...

Tras un período que llamaré epigramático, en el que sus chistes herían como las sátiras de Marcial, había llegado con la madurez a una postura de ironista benévolo, de espíritu tolerante y piadoso que sonríe para no llorar. Y allí estaba, el día en que yo fui a felicitarle por sus veintidós mil dibujos, preparando otros dos, porque aquel dibujante estupendo necesitaba hacer tres «monos» diarios para sostener con decoro su casa y tener siempre junto al frasco de tinta china su botella del buen vino andaluz.

Celebráronse en un banquete sus bodas de plata con Madrid. No quiero entrar en comparaciones, pero salvo el genial Francisco Sancha ningún dibujante humorista le superó en sus interpretaciones jocosas y a veces dramáticas del costumbrismo de Madrid.

El nombre más glorioso de España en aquel momento —y su gloria no fue efímera ni voluble, sino que persiste y se acrece con los años— no era un político, ni un escritor, ni un artista, ni un militar, y cuenta que entre éstos los había de altos méritos y muy justa fama. Era el de un hombre de ciencia, de natural modestísimo, que apenas salía de su laboratorio para formar tertulia en algún café o pasear solitario por los parques de la Corte. Era uno de nuestros premios Nobel.

No intentaré, ni en esbozo, la biografía de don Santiago Ramón y Cajal, aunque no me falten elementos para ello, pues me concedió trato amistoso y entre él y yo se cruzaron diálogos y cartas. Sólo quiero referirme ahora a un curioso episodio de su vida, ocurrido al iniciarse la primavera del año 25, y que fue el de la estatua que le hicieron erigir en Zaragoza sus conterráneos aragoneses, pues si bien había nacido en una aldea de Navarra, Petilla de Aragón, allí donde el suelo pamplonés se hermana con el zaragozano, él había dicho siempre que su verdadera «patria chica» era Ayerbe, en Huesca, el lugar de su infancia y del paso a su adolescencia y juventud. Le confirmaba como aragonés su estatua en Zaragoza: una bella estatua sedente, en mármol, labrada por un escultor que no recuerdo.

Ello es que Cajal debió de decirse: «Que me espere sentada mi estatua», pues no asistió a su descubrimiento. Quedóse en Madrid, encorvado sobre su microscopio. No he conocido a nadie más ajeno a la vanidad. Aceptaba los homenajes que se le rendían «en nombre de la ciencia española». He asistido a la inauguración de algunas estatuas *in vita*, de varones o mujeres más o menos ilustres que a duras penas disimulaban su orgullo, creyéndose ya «inmortales», y cuyas efigies, en bronce o en piedra, han desaparecido en los vaivenes de las revoluciones y las luchas civiles. Las de Ramón y Cajal resisten a todos los vientos de las pasiones políticas. La de Zaragoza, en un acto solemne, fue descubierta por el rey de España. Y Ramón y Cajal, «el gran retraído», en su casa, en las soledades fecundas de su laboratorio, como si el asunto no fuera con él.

Otros hechos ocurridos en la primavera de aquel año me vienen a la memoria. Fue uno el traslado a su Granada nativa de los restos de Ángel Ganivet, el gran escritor y pensador del *Idearium*, de *Granada la Bella*, de *La conquista del reino de Maya*, de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de las *Cartas finlandesas* y los *Hombres del Nor-*

te, libros todos que había yo leído con amor y tristeza pensando en la mente prodigiosa que los produjo y que no quiso, o no pudo, seguir iluminando con otras páginas geniales a las conciencias españolas.

Son numerosos los artículos y ensayos sobre su vida y su obra. Creo haberlos leído todos: el de Rouane en la *Revue Hispanique*; el de Navarro Ledesma, que recoge sus cartas a Ganivet y describe en un extenso prólogo su amistad a distancia, pero continua, con éste; las semblanzas de Unamuno y Azorín; el «paralelo» entre Larra y Ganivet por José G. Acuña, y escritos varios de Seco de Lucena, de Román Salame-ro, Cejador y Cansinos Assens. Pero la biografía completa y el más hondo análisis del espíritu del gran pensador se deben a un granadino como él: a Fernández Almagro.

En aquella ocasión, es decir, cuando una multitud de escritores, profesores y estudiantes acompañaron por las calles y plazas de Madrid, en manifestación silenciosa y fervorosa, los restos de Ángel Ganivet, que reposarían en su Granada, yo también escribí un artículo en *La Voz*, que no hallo entre mis papeles. No importa. En él no podía decir entonces sino lo mismo que ahora pienso: que ningún hombre hispánico aventajó a Ganivet en su pasión patriótica, que esta pasión no se manifestaba en arrebatos retóricos, sino con una crítica aguda que removía el fondo de los problemas de la raza, fluctuando, como la de todos los pensadores sinceros, entre la desesperación y la esperanza, entre las ideas de lo que hay de irremediable y fatal en la condición humana y lo que en esta misma condición pueda haber de perfectible. De ahí su *Idearium*, o teoría de la mejora y el posible perfeccionamiento del hombre español.

Pero no fue teórica, sino funestamente práctica, la solución de su propio destino. No por penas y desengaños de amor, como Fígaro, recurre Ganivet a la muerte voluntaria. Larra es un sentimental, un romántico, una especie de Werther. Ganivet, un hiperestésico, una víctima de su sensibilidad exasperada. Pero sean las que fueren las razones y sinrazones que arrastraron a los dos al suicidio, lo cierto es que ambos se asemejan en su modo de sentir España, con dolor filial, entrañable, como habría de dolerle a Unamuno, y que en Fígaro la sátira y en Ganivet la ironía, la fantasía y la paradoja fueron las expresiones de su pasión por España. El estrecho por donde enfilan sus naves los escritores del 98, rumbo al mar de las corrientes universales, lo forman, cual las columnas legendarias de Hércules, Mariano José de Larra y Ángel Ganivet.

Fígaro vio a España «desde dentro», Madrid fue su punto de mira y Madrid le presentaba los diversos tipos y arquetipos de la humanidad española, a los que con frecuencia imponía los perfiles y los tonos de la caricatura. Ganivet ve a España desde fuera, pero con una nostalgia que lejos de adormecerle el espíritu se traduce en ese afán suyo de «hacer otra España»: la que él quiere, la que él proyecta en su *Idearium*. Es un pensador arrebatado, febril, pero que se contiene y se ciñe en su prosa, que es un modelo de precisión y concisión. Nadie ha dicho más que él con menos palabras.

Mucho, debe repetirse, espigaron en su campo ideológico los escritores del con-sabido 98. Y allí estaban los más notables en el transcurso por Madrid de sus restos mortales, que irían a consumirse en su tierra de Granada la Bella, el amor profundo y perenne de su vida. Yo no puedo olvidar la anécdota narrada por su gran amigo Navarro Ledesma en el prólogo del *Epistolario*: que en uno de sus retornos a Granada se echó de bruces en una heredad ¡y comió hierba! Con lo que satisfizo su hambre de las substancias de la patria.

Por aquellos días primaverales, bajo el mismo cielo de Madrid, escritores y periodistas acompañamos hasta su tumba los restos de otro español ilustre, que había sido uno de los capitanes de nuestra prensa, en cuya compañía serví. Era don Leopoldo Romeo, fundador de periódicos, director de varios, y de péñola tan fácil que él solo valía por una redacción. A sus órdenes trabajé en *La Correspondencia de España*, que al marcharse para fundar *Informaciones* dejó en punto de naufragio.

Fueron famosas sus campanas en *El Evangelio*, diario de rebeldías patrióticas. Firmaba sus artículos ora con su nombre, ora con su seudónimo de Juan de Aragón. Testarudo y sincero como buen aragonés. Batíase por «un quítame allá esas líneas», a espada o a pistola. Fue diputado a Cortes y gobernador civil de Madrid. Al morir, relativamente joven, representaba a dos grandes diarios extranjeros: *Le Temps* y *The Daily Telegraph*. Túvele, como a don Daniel López, Alfredo Vicenti, Baldomero Argente y don Torcuato Luca de Tena, por uno de mis maestros en la escuela del periodismo.

A PARÍS EN BUSCA DE UN NEGRO. DE CÓMO LO ENCONTRAMOS A MEDIAS. CONCHITA PIQUER, BENITO PEROJO Y RAYMOND DE SARKÁ. VOY A ANDALUCÍA, A VER AL TORO EN EL CAMPO*

A LOS POCOS MESES de publicarse *El negro que tenía el alma blanca* comencé a recibir proposiciones para adaptar esta novela al cinematógrafo. Más de un joven actor se pintó con una mezcla de hollín y cerveza para demostrarme que representaría perfectamente el papel de Peter Wald, el bailarín de mi libro. Eran todavía los tiempos del «cine» mudo, y la industria del llamado «séptimo arte» apenas iniciaba su desarrollo entre nosotros. Había, no obstante, algunos directores inteligentes, como Juan de Orduña y Benito Perojo. Fue este último el que produjo, entre 1925 y 1926, la primera película de las tres que se han hecho respetando más o menos el argumento de mi obra. También la segunda, ya hablada, y producida en 1934, tuvo a Perojo por director.

Había ya pensado éste en los intérpretes posibles de los personajes de la novela. Para el papel de Emma, la bailarina blanca, creía contar con una artista de la canción española, de gran talento y espléndida belleza, que había alcanzado celebridad antes de cumplir los veinte años. Era Conchita Piquer. Pero... «le faltaba el negro». No veía por ninguna parte, en Madrid, un actor de color, natural o ficticio, que le conviniera. El ideal sería un negro auténtico cuyos rasgos no fuesen demasiado africanos, pues yo, con ese poder mágico que se atribuyen los novelistas, había dotado al mío de facciones delicadas, alargándole la nariz y atenuándole el grosor de los labios. En suma, un negro hermoso, según el criterio grecolatino de la belleza. En cuanto a la esbeltez y elegancia corpóreas no tuve nada que modificar, pues abundan entre los negros los tipos apolíneos.

* Capítulo LXXVI del tercer volumen de las *Memorias*.

El caso fue que un día me propuso Perojo que fuésemos, no a Harlem ni a La Habana, sino a París, a buscar un negro. Y fuimos. Entre los músicos y cantores de *jazz*, en los *cabarets* de Montmartre, entre los bailarines de las *boîtes* y los *dancings*, no le parecía difícil encontrar a nuestro hombre. Era por el mes de julio, antes del día 14, la gran efemérides patriótica, a partir de la cual se inicia el veraneo de los parisienses. Recorrimos todos los lugares frecuentados por los negros de las colonias francesas o de Norteamérica. Y la verdad es que ninguno reunía las condiciones adecuadas para el papel del protagonista de mi obra.

—Habría que recurrir—concluyó Perojo— a un blanco que se embadurne la cara y las manos de negro.

Mas he aquí que no fue un blanco el que tuvo que ennegrecerse. En un estudio cinematográfico descubrió Perojo, entre los «extras» o comparsas de una película en rodaje, a un joven egipcio muy esbelto y elegante, con la cabellera crespa, sin llegar a negroide, la piel como de oro tirando a cobre. Acaso tuviese alguna sangre abisinia. Perojo le vio bailar. Era un buen bailarín. La pareja soñada para Conchita Piquer, que «por nada del mundo hubiese bailado con un negro feo». Éste resultaría, no bien se pintase, un negro guapo. Perojo le hizo vestir el frac. Lo llevaba con impecable soltura, como uno de los *boys* del Casino de París. Después de varias pruebas quedó contratado. Su nombre de artista era Raymond de Sarká. Y en efecto, interpretó aceptablemente el papel de bailarín de mi farsa, en cuya adaptación al cinematógrafo descollaron la belleza y el garbo de Conchita Piquer.

Quedóse Perojo en París, donde habrían de «filmarse» algunos episodios de la película, y yo me fui, como de costumbre, con Gabriela a visitar a su familia de Vendôme y después a pasar el mes de agosto en Deauville. En septiembre nos hallábamos de nuevo en Madrid.

Yo tenía en proyecto mi novela taurina —la que hubo de titularse *La mujer, el torero y el toro*— y como deseara «ver al toro en el campo» y hubiese hablado de ello con mi gran amigo don Juan Manuel de Urquijo y Ussía, el banquero, éste me invitó a su cortijo de Juan Gómez, próximo a Sevilla, en cuyos prados se criaban las reses de la famosa ganadería de Murube, que él había adquirido y puesto a nombre de su esposa, doña Carmen de Federico y Riestra.

Pasé en Juan Gómez un par de semanas. Poco será cuanto diga de las atenciones y la hospitalidad que me dispensaron sus dueños, a los que nunca olvidaré. Don Juan Manuel figura en mi novela con otro nombre. Doña Carmen no aparece porque no me pareció discreto hacer coincidir a tan noble dama con el principal personaje femenino de mi obra, que era una actriz de *music-hall*, sucesivamente enamorada de los dos toreros que sostenían en mi relato una doble competencia: frente al toro y el corazón voluble de la bella actriz. Tampoco «salen en mi novela los hijos del ilustre matrimonio: Carmen, Teresa, Antonio, Francisco, Carlos, Rosario, Cecilia, Marichu y Antonia. Los personajes de mi libro proceden unos de la realidad y otros de mi fantasía, si bien en estos últimos pueda advertirse cierto parecido con personas verdaderas. A todos los desfiguro, o mejor transfiguro, adaptándolos a una acción imaginaria. A ninguno de ellos les pasó en la vida, en sus vidas, lo que les ocurre en mi novela. Yo les presté, les impuse otras. El don del novelista supongo que consiste en lograr que sus existencias inventadas interesen y conmuevan al lector como si fueran reales.

Lo mismo sucede en el teatro, a no ser que novela y teatro procedan de plumas frívolas o ignaras, incapaces de llegar al fondo de las pasiones y los caracteres humanos, que son siempre los mismos. Cambian las «modas», pero no los «modos». Si se arguye que no puede negarse en el poema, en el teatro y en la novela un puesto a la fantasía, cabe redargüir que la propia vida es fantástica, que el sueño y el ensueño son tan elementos suyos como los actos cotidianos, visibles y palpables.

[...]

ACERCA DE LOS ESTILOS LITERARIOS. EL PANORAMA
DE LA NOVELA ESPAÑOLA EN EL QUINTO LUSTRO DE
NUESTRO SIGLO*

[...]

PONGO FIN A ESTAS REFLEXIONES, de una filosofía harto fácil, para evocar otros episodios de la vida literaria de Madrid, en la que me hallaba incurso y, si a mano viene, de la vida social española, pues, como el lector habrá advertido, no fue mi intención al decidirme a emprender estas Memorias hablar «sólo de mí», que Dios me ha librado de ese mal de la egolatría que otros escritores padecen. Mi sensibilidad es la de un modesto ciudadano que pone por encima de todo el amor a su patria. Y de ahí que en estos recuerdos conceda mayor importancia a los que se refieren a hechos colectivos de la época de España que me ha tocado vivir que a los míos propios. Dígolo, además, porque algún crítico me ha reprochado «mis incursiones o desviaciones históricas en detrimento de lo autobiográfico, que resultaría más interesante».

No lo creo. Deliberadamente me aparto, en lo que cabe, del «yo», de las confesiones demasiado íntimas. De mi existencia personal y familiar sólo evoco lo que el corazón me dicta. Doy preferencia a mi vida literaria, de comunicación con un grupo de lectores; esto es, una vida social. Puedo equivocarme, pero estimo que lo que más puede interesar en mí es el hombre público, el escritor.

Ahora bien, por muy individualista, retraído o misántropo que sea el escritor, por mucho que procure aislarse en su tonel —a lo Diógenes— o en su torre de marfil, no logrará evadirse de su tiempo. Quiéralo o no es una partícula, por mínima que sea, del gran mosaico de la literatura, que no es ciertamente una obra ajustada y ar-

* Capítulo LXXIX del tercer volumen de las *Memorias*.

moniosa, pues en el tal mosaico se mezclan y chocan las más diversas piedrecitas; esto es, todos los temperamentos, escuelas y estilos de los escritores, que no forman, ni mucho menos, una hermandad, pues la llamada República de las Letras ha estado constituida siempre por grupos, cenáculos o individuos que se aplauden, se ignoran o se desprecian entre sí.

En 1925, y antes y después, en la tertulia de *La Revista de Occidente* no se tomaba en consideración a nadie que no fuera orteguiano; Unamuno era adverso a Galdós, Baroja a Blasco Ibáñez y... viceversa; para el ensayista y crítico Ricardo Baeza el primer dramaturgo español se llamaba Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; en pie estaban los juicios desfavorables de Ramón Pérez de Ayala sobre la dramaturgia benaventiana; por un lado iban los admiradores e imitadores de Azorín, por otro los del novelista Gabriel Miró. Valle-Inclán, en sus tertulias del Lion d'Or o del Regina, no dejaba títere con cabeza, tremendo Quijote del retablillo literario... Eran las hostilidades, las enemistades, las intolerancias e incomprensiones que en toda época han existido entre los liróforos y los plumíferos. Recuérdese la actitud despectiva de Lope hacia Cervantes.

Algo que difícilmente «se perdona» entre los literatos es el éxito. Yo, a partir de mi novela *El negro que tenía el alma blanca*, era uno de los autores más favorecidos por el público y más medido en los elogios por los críticos, cuando no era que alguno me negaba, me «decapitaba» con el alfanje de un artículo violento. Pero mi cabeza seguía sobre mis hombros y permitíame publicar un libro cada año y revisar las nuevas ediciones de los anteriores. En Portugal, en Francia, en Suecia, Alemania e Italia se traducían algunas de mis novelas. No obstante, los Aristarcos malévolos, y no diré que fuesen Zoilos, daban en compararme con algún seudonovelistas, que con razón estaba, según la frase de Jules Lemaître, «fuera de la literatura», y se resistían a admitir que el realismo, muy español, de algunas de mis páginas no tuviese semejanza alguna con el naturalismo zolesco. Tampoco querrán reconocer el fondo cristiano de todas mis novelas.

Yo no me quejaba, no protestaba. ¿Para qué? Mi pluma no fue nunca polémica. Cuando algún correveidile venía a contarme la última diatriba de Valle-Inclán contra mí, sonreía pensando en la afectuosa amistad que nos había unido en otro tiempo y no entraba a investigar las ocultas razones por que se había tornado en mi enemigo acérrimo. Yo seguía leyéndole, admirando al escritor y compadeciendo al hombre.

Agradecía los plácemes, que no me faltaban, y los «palos», lejos de dolerme, me estimulaban a seguir mi camino y mi destino de escritor fecundo, pero no fácil, como seguidamente explicaré. Mi madre, gran refranera y mujer discretísima, me había dicho alguna vez que «nadie era onza de oro para gustarle a todo el mundo». Y si la onza de Galdós le parecía de cobre al ingenio doctísimo de don Miguel de Unamuno, ¿cómo iba yo a sorprenderme de que la mía la consideraran ciertos críticos del más bajo metal?

En cuanto a lo de que yo fuera un Fra Presto, como de mi literatura decía un novelista premioso, de un estilo «castigado» y oscuro, replicaré que mi facilidad era la que llaman «difícil», la contraria del corriente cálamo, la que persigue la claridad y la concisión, según el consejo de Quintiliano. El ser claro y conciso exige siempre un esfuerzo. Una prosa llana y transparente no se consigue tan aína, que son muchos los obstáculos que se atraviesan en el camino del escritor que se propone alcanzar esas virtudes del estilo tan alabadas por Cervantes.

A propósito de mi «facilidad», suelo referir la respuesta, un tanto jocosa, que hu- be de darle a uno de mis lectores, que me dijo: «Usted, don Alberto, ¿escribirá como quien lava?». «Sí, amigo —le contesté—; pero como quien lava con mucho jabón.»

Nada de esto quiere decir que entre los escritores que admiro, españoles o de otros países, clásicos, modernos o contemporáneos, no figuren mis contrarios o mis antípodas. Soy lector, muy gustoso, del abstruso Gracián y del hermético Góngora, cuando lo es. Reconozco las bellezas del preciosismo, mas prefiero a las piedras preciosas las de simple cristal, y aun las de vidrio, que también brillan a la luz del sol. Leo a los arcaizantes y a los que se enamoran de los vocablos que yacían en los panteones de la lengua y desdeñan los que viven en el habla vulgar de su época, como si de ese vulgo, con sus «familiarismos», no brotase una de las corrientes renovadoras del idioma, que es un río, y como tal río, con sus claros remansos, sus amenas orillas y... su lé- gamo en el fondo, que algunas plumas remueven. El más grande, el más ilustre de los novelistas españoles, después de Cervantes, ha sido Pérez Galdós. Y Galdós se producía en ese habla del pueblo, claro está que ennobleciéndola y dotándola con todas las gracias de su espíritu humanísimo.

En conclusión, allí donde se halle un escritor de verdad, y no de los miméticos fermentados, estaré yo para admirarle, pero no para imitarle, que la imitación, en cualquiera de las artes, es servidumbre. Otra cosa es ser discípulo, pero no para remedar a los maestros, sino para aprender sus lecciones y adaptarlas a nuestra índole.

Acerca de la cuestión, ardua cuestión, del estilo seguiré pensando que «es el hombre»: el hombre con su sensibilidad, con sus gustos, sus pasiones y su cultura. Y en cuanto a la cultura, no se le puede exigir a todos los escritores que sean helénicos y latinistas, como don Juan Valera, pues sin la posesión de esas lenguas mal llamadas muertas, ya que perviven en los filósofos y los poetas de la Hélade y el Lacio, y con sólo el dominio de la propia, se han escrito obras inmortales. No se si será cierto, pero he leído que a uno de los novelistas contemporáneos de genialidad reconocida, Maupassant, le bastaba con «su francés». Puesto a preferir un estilo, opto por el que llamo «desnudo», que no vale por su ropaje y sus galas, sino por su movimiento y su euritmia. Es el del Discóbolo. Con esto basta, y te pido, lector, que me perdones esta «filosofía del estilo», si no es la tuya, y que me sigas leyendo con benevolencia.

Nunca escribí tanto como en aquellos años, que ya no eran los de mi segunda juventud, pues había entrado, robusto y animoso, en la madurez. Escribía anualmente una novela grande, cuatro o cinco de las cortas y unos veinte artículos al mes para *La Voz* y otros periódicos y semanarios. Yo solía decir que era «un escritor con dos tinteros». En el uno, una tinta densa, la del novelista, que obligaba a mi pluma a ir despacio, y en el otro, la más leve del articulista, deliberadamente ligero, pues no quería que mis artículos pareciesen ensayos ni que les pesaran a mis lectores.

Eran tiempos prósperos para la novela española. Aún no sufría la competencia de la exótica, que más tarde habría de perjudicarla, y el mercado de Hispanoamérica consumía la mitad, por lo menos, de nuestras ediciones. Teníamos un novelista universal, Blasco Ibáñez, traducido a quince o veinte idiomas, y ganando millones con sus libros y sus películas en Norteamérica. Pero Galdós seguía «vendiéndose», y don Armando Palacio Valdés escribiendo y reeditándose, y estaban en boga otros novelistas con mayor o menor número de lectores, como Pérez Lugín, Ricardo León, Valle-Inclán, Eduardo Zamacois, Pedro Mata, José Francés, Francisco Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Baroja, Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Gabriel Miró, To-

más Borrás, Augusto Martínez Olmedilla y Gómez de la Serna, a los que cito en orden fortuito y sin entrar en la apreciación de sus méritos, en unos muy elevados y en otros mínimos o inexistentes. Yo figuraba, y dígolo sin vanidad, entre los «de mayor venta».

Y con esto concluyo este capítulo, en el que temas tan distintos he tratado, y en el cual mi pluma aspiró a ser sincera y objetiva en lo posible, ya que el «yo» nos persigue siempre y es necesario contenerlo para que no resulte odioso, según el dicho de Pascal.

POR QUÉ CAMBIÉ DE EDITOR. MI FÓRMULA DE ARTICULISTA*

[...]

YO ESTABA TERMINANDO *La mujer, el torero y el toro*, que habría de publicarse el año próximo. Como le pidiese a mis editores de Renacimiento que aumentasen mis derechos de autor, del 25 por 100 sobre el precio fuerte de mis libros, que se vendían a cinco pesetas el ejemplar, al 30 por 100, y no accediesen a mi demanda, hube de buscar nuevo editor y lo hallé en la persona de uno de mis grandes amigos, don Luis Montiel, jefe de la casa Rivadeneyra, con el que firmé un contrato ventajosísimo para mí, pues no sólo aceptaba el tanto por ciento que yo pretendía, sino que se comprometió a hacer una primera edición de veinte mil ejemplares de la novela, pagaderos en firme, y a reeditar todas las que fueran agotándose en Renacimiento.

No creas, lector, que hablo de todo esto por vanidad. No era yo el único novelista de quien se hacían «tiradas» numerosas, dentro de las posibilidades de nuestro mercado y su extensión al de Hispanoamérica. Dígolo para recordar aquellos tiempos en los cuales, uniéndose a la boga del autor la baratura del papel y de la imprenta, eran posibles esas ediciones. La primera de *La mujer, el torero y el toro* se agotó en un año.

Creí, la verdad, que iba a enriquecerme con mis novelas. De todas se repetían las ediciones. Y con la del *Negro*, y de la mano de Benito Perojo, entré en la zona del cinematógrafo, lo que me produjo inesperadas y muy pingües ganancias. Producida entre 1925 y 1926, año en que se estrenó, fue una de las más notables películas de las postrimerías del cine mudo. En ella brilló sobre todos los intérpretes, por su juventud y espléndida hermosura y su buen arte escénico, la que poco más tarde sería considerada como la reina de la canción española, Conchita Piquer. Fue una lástima que

* Capítulo LXXX del tercer volumen de las *Memorias*.

no cantase en la película, pero aún tardaría varios años en inventarse y perfeccionarse el cine sonoro, al que ya corresponden los otros dos *films* que se han producido de la más divulgada de mis novelas. La que yo llamo «de Conchita» se proyectó también en Francia, Italia, Portugal y todos los países de Iberoamérica, alcanzando su mayor éxito en Cuba y el Brasil.

Dados los ingresos que mis libros me proporcionaban hubiese podido prescindir de la tarea casi cotidiana de mis artículos. Pero no lo hice porque ese género literario me atraía —y atrae— tanto como el de la novela, porque en mí el novelista no perjudicaba al periodista, ni viceversa. Y también porque esos trabajos menores y que realizaba sin gran esfuerzo contribuían a mi popularidad.

Mis artículos gustaban, y no sólo a los lectores desconocidos «del montón», sino a personas de tanta sabiduría y cultura como don Santiago Ramón y Cajal, que me hablaba de ellos con elogio, y a un periodista tan mundano, en el mejor sentido de la palabra, como el marqués de Valdeiglesias. Procuraba yo ante todo que mis artículos no pareciesen ensayos, que resultasen amenos y reflejaran episodios de la actualidad, así de España como de otros países, pues yo pertenecía al grupo de escritores viajeros, trotamundos o cosmopolitas, y no era Madrid, con sus costumbres, sus modas y sus modos, el tema exclusivo de mis crónicas. No faltaban articulistas profundos, densos y eruditos que me tildasen de superficial y de ligero, y sin duda tenían razón. Pero yo pensaba que a la superficie del gran lago de la vida se asoma a menudo el légame de las pasiones y que la ligereza, cuando es sinónimo de agilidad, no es en la literatura un defecto, sino un don que no todos los escritores poseen.

No pretendo, ¡Dios me libre!, que mi fórmula de articulista sea la única, ni la mejor. Emplee cada cual la suya según su temperamento, sus aficiones y su ciencia. Pero estimo que el articulista ligero, sencillo, claro y no abstruso, o dado a lucir su erudición —como si el artículo fuera un escaparate—, es el que logra mayor número de lectores, el que más llega al público.

Grandes articulistas ha tenido y tiene España, unos propensos a filosofar, otros que defienden un ideario político, otros que cultivan el costumbrismo, etcétera. Pero los que más influyen en la opinión pública serán siempre los más ágiles y más claros. Ágil y claro era Fígaro, preciso y transparente Ángel Ganivet, cuyos *Hombres del*

Norte y sus *Cartas finlandesas* son dechados de artículos. Y nunca resultaron pesadas la pluma casticísima de don Mariano de Cavia, ni la académica y helenista de don Juan Valera, ni la vigorosa de doña Emilia Pardo Bazán, ni la inflamada en el más puro amor patriótico de Ramiro de Maeztu, que fueron grandes articulistas. Entre los actuales son numerosos los que siguen las normas de la claridad y... la amenidad.

Por entonces, en una serie de artículos publicados en *La Voz*, tuve la osadía de contradecir al maestro Ortega y Gasset en sus juicios adversos de la novela, que consideraba un género agonizante y al que extendía su esquela de defunción. Han pasado más de treinta años y la novela se obstina en seguir viviendo en España, en toda Europa y surgen novelistas magistrales en las dos Américas.

Ortega no me hizo el honor de contestarme. Y yo estimo que su propia filosofía es novelesca, que novela vale tanto como «novedad» y él impuso un rumbo y ritmos nuevos al pensamiento filosófico de su época. ¡Y qué fluente y límpida su prosa, que deleita hasta a los que, como yo, no siempre estamos conformes con su visión y análisis de la sociedad y el individuo!

EL CARNAVAL AGONIZABA EN MADRID. LA GRAN MAS-
CARADA DEL MUNDO. MI LITERATURA*

NUNCA, POR MI VOLUNTAD, me he disfrazado. De muy niño, en mi casa de La Habana, pusiéronme un traje de aldeanito gallego para acompañar a mis hermanas Margot y Mercedes, ataviadas de galleguitas, al baile infantil de aquel centro regional, el más poderoso de América, fundado por mi padre. Después, en Madrid, ya adolescente, me declaré enemigo de los disfraces. ¿Yo ponerme careta? Para qué, si pensaba, sin haber leído a Fígaro, que «todo el año es carnaval» y que, por su cambio de expresiones para ocultar los verdaderos sentimientos, no hay máscara que aventaje al rostro.

Voy, sin embargo, a recordar las carnestolendas de Madrid del año 26 por un pequeño episodio familiar, que consistió en la rotunda negativa de mi hijo Waldo a disfrazarse y figurar en una carroza con sus tres hermanas. Iba a cumplir sus quince años y se había vuelto «muy serio». Intervino, sí, en la decoración de la carroza, que representaba un bohío cubano con sus guajiras y guajiros, pero prefirió asistir a los desfiles de Recoletos y la Castellana al lado mío en una tribuna, disparando serpentinas y montones de confeti.

En París no lo disfrazaron porque los años que vivió en Francia fueron los de la guerra del 14 al 18 y no se conocían más caretas que las que preservaban a los *poilus* de los gases y las bombas lacrimógenas. En 1922, ya en España, hizo una imitación estupenda de Charlot; en 1923, él mismo se dibujó un disfraz de Arlequín, y en los carnavales anteriores a los del 26 travistióse de payaso y de diablo. Fueron sus últimas diabluras. En 1926 el carnaval agonizaba en Madrid.

Yo recordaba otros, muy animados, de las dos primeras décadas del siglo, con sus comparsas, sus máscaras de coche y de a pie, el concurso de carrozas, los bailes en el

* Capítulo LXXXV del tercer volumen de las *Memorias*.

Real y la Zarzuela y el tumulto y el holgorio en las calles de la Corte. Distinción, lujo y... plebeyismo. En 1926 Momo iba de capa caída y muy pronto la capa se le volvería un sudario. Yo recordaba los carnavales de París, entre 1911 y 1914, con sus bailes famosos del Quat'zarts, de Bullier, en el Barrio Latino, del Moulin Rouge y el Moulin de la Galette, en Montmartre. Y los de Niza, que rivalizaban con los de Venecia. Y más lejos, los de mi niñez en La Habana, en los cuales nada era tan típico y curioso como las comparsas de los negros que bailaban sus rumbas epilépticas y aquella «danza de la serpiente», un reptil de trapo, que el primer bailarín, pintarrajeado y emplumado a lo salvaje, hacía saltar entre el polvo de las calles de la vieja Habana, si bien por el Prado, el paseo de la gente rica, desfilaban los quitrines y las volantas con las más bellas habaneras entre proyectiles de flores.

En el año que rememoro el carnaval iba despidiéndose de Madrid, pero su adiós era lento y aún conservaba su prestigio en bailes como los organizados por la Asociación de la Prensa, el Casino, La Peña y el Círculo de Bellas Artes. El Ayuntamiento premiaba a las carrozas mejor presentadas y a las máscaras más vistosas.

Persistía la costumbre de los «asaltos», que consistían en la alegre invasión de las casas amigas por los bebés, los dominós, los arlequines y las locuras con sus caretas de alambre o de cartón y sus antifaces negros, blancos y de color de rosa. En las calles, salvo la excepción de los niños de las manos de sus padres, el colorete en las mejillas y disfrazados de gitanos, de charros, de baturros, de aldeanos de todas las regiones, de soldaditos y de príncipes, la mascarada era con frecuencia sucia y ridícula y, desde luego, soez y con ese desenfreno diabólico que Goya, en su cuadro del *Carnaval*, el del estandarte con una careta de monstruo y las contorsiones de la chusma fantasmal y embrujada, nos ha legado como una de sus sátiras más tremendas. Después de Goya ese tremendismo del carnaval de la plebe habría de tener en Solana un pintor genial. Pues bien, de esas máscaras goyescas y solanescas veíanse todavía algunos «ejemplares» en el Madrid del año 26, y no faltaban las andrajosas y las impúdicas, que difícilmente podían perseguir los guardias en medio de las aperturas de la multitud.

En realidad las carnestolendas de Madrid, prohibidas como espectáculo callejero por Felipe V, autorizadas por Carlos III y relegadas a las casas por Fernando VII —que algunas cosas buenas supo hacer— no brillaron nunca por su riqueza y elegancia, como las de Colonia, Niza y Venecia, sino en algunos salones de aristócratas

y en los bailes de los casinos. Durante la regencia de doña María Cristina y el reinado de Alfonso XIII, volvieron a la calle, pero sin eximirse del todo de su plebeyez. Y por esa plebeyez, propensa al libertinaje y lo obsceno, estaban condenadas a morir. En la actualidad —1957— y desde hace años, sólo se permiten en Madrid, en un Madrid convertido en una de las grandes metrópolis europeas, los bailes de máscaras, pero sin careta, que basta y sobra con la de los gestos, pues insisto en mi opinión de que ninguna aventaja al rostro humano en el fingir «lo que no se siente», en sus sonrisas «de cumplido», en esa facultad de la mentira que sólo poseemos los hombres, pues los irracionales carecen de ella.

De otra parte, en el carnaval «de todo el año», ¿no se disfrazan en su mayoría las mujeres en el tocador? Los recursos de la cosmética superponen un color falso al natural de su tez, les agrandan y abrillantan los ojos, ponen en sus labios ese tono «de púrpura maldita», como dijo el poeta, que deja sus huellas en las copas y en la punta del cigarrillo, que casi todas fuman. El «maquillaje» —¿por qué no decir el «afeite», en castellano?— es la máscara de la mujer en la calle, en el salón, en el teatro. Sólo «es como es» en la intimidad de su alcoba. Una es Carmen, Dolores o Rosario al levantarse y pasar a su *boudoir*, donde la aguarda su cómplice el espejo, y otra al salir del que llamaríamos su «instituto privado de belleza» con la máscara que el *kohl*, el colorete y el lápiz labial pusieron en su semblante. Algunas, es cierto, salen más bonitas, otras... más feas. Intervienen en su enmascaramiento las pestañas artificiales y las tinturas del cabello. En fin, que la mujer siempre se ha pintado y que han sido inútiles las diatribas de La Bruyère contra el *fard*. ¡Que les fuesen con ese cuento de la «naturalidad» a las «preciosas ridículas» y a la marquesa de Pompadour! Y el moralista se equivoca al suponer que a los hombres no les gustan las mujeres pintadas. No sólo, en general, les atraen, sino que ellos mismos, si no se pintan, se las arreglan para agradarlas suprimiendo la barba si les envejece, afinando o raspándose el bigote, disimulando la calvicie con el bisoñé o poniendo de moda el cráneo desnudo, mondo y brillante como bola de billar. En resumen, que el mundo es una gran mascarada y maldita la falta que hace el carnaval.

Corto la digresión para volver a mi hijo, que a los quince años no quiso volver a disfrazarse. Ya se perfilaba su temperamento, que habría de ser, en la breve vida que alcanzó, el de un hombre poco expansivo y hartamente silencioso, en lo que no salió a mí, que peco de espontáneo y de locuaz. Nunca pude despejar su «incógnita». Acaso, por

una mirada de sus grandes ojos bellos y tristes, por un pliegue de su frente noble, por una sonrisa o contracción de sus labios finos, podía presumir sus sensaciones y sentimientos. Era yo la persona con quien más hablaba y, no obstante, jamás pude llegar al fondo de su espíritu. Fui, sin duda, su mejor amigo. No quise, ni supe, ser un padre autoritario. Mas es pronto para seguir hablando de él. Sólo he querido apuntar ese rasgo de no querer enmascararse siendo todavía un niño, porque esa actitud revelaba en su carácter un alejamiento de lo frívolo que no suele producirse en la infancia.

Por entonces mis asuntos iban viento en popa. De todas mis novelas repetíanse las ediciones y las traducciones. Un día don Federico Oliver, editor de comedias y dramas que obtenían grandes éxitos, me propuso adaptar al teatro *El negro que tenía el alma blanca*, proyecto que acepté encantado, pues estaba seguro de que su pluma expertísima lograría en el traslado de mi libro a la escena un resultado halagüeño, como así sucedió, dos años más tarde.

Entretanto, Benito Perojo terminaba de «rodar» en París, en la Costa Azul y en Madrid, la película de esa novela, que fue uno de sus mayores triunfos de cineasta. Y de una de mis novelas cortas, *Los vencedores de la muerte*, el actor y director Juan de Orduña producía otro *film*. A propósito de novelas cortas, no menos de tres escribía cada año para las editoriales que explotaban este género, entre las que descollaban las de don Artemio Precioso —«La Novela de Hoy»— y de don Luis Montiel—«La Novela Mundial»—. Ambos pagaban con esplendidez a sus colaboradores. Fue, en verdad, un tiempo próspero para la literatura española por ese auge de las novelas breves que incitaba al público a pasar del quiosco a la librería para adquirir las grandes. Si el lector desea informarse de lo que significó aquel movimiento literario hallará todos sus antecedentes y consecuencias en dos obras del ilustre crítico don Federico Carlos Sainz de Robles: *La novela corta española* y *La novela española en el siglo XX*, ambas «panorámicas» y escritas con un criterio imparcial.

[...]

EL ARMA DE ARTILLERÍA PLANTEA UN CONFLICTO A
PRIMO DE RIVERA. MUERE EN GALICIA EL AUTOR DE
LA CASA DE LA TROYA. EL MAESTRO AZORÍN QUIERE SER
DRAMATURGO*

¿QUÉ HABÍA OCURRIDO en España durante mi ausencia? Dos informadores fidedignos satisficieron mi curiosidad: mi padre por el lado de la política, y algunos compañeros en el oficio por el de la literatura. A mi padre le parecía un mal síntoma, una amenaza para el Gobierno de Primo de Rivera el conflicto planteado por el Arma de Artillería, oficialmente resuelto, pero que demostraba la inconformidad con la dictadura de una parte del Ejército. Con motivo de la insubordinación de los jefes y oficiales de aquel Arma se había proclamado en Madrid, en septiembre, la Ley marcial. La Unión Patriótica no alcanzaba la consistencia del «fascio» italiano. No tenía don Miguel ni el puño ni la talla de Mussolini.

Tres años corridos de Directorio y, lejos de afirmarse, se tambaleaba, pues al descontento de los militares venía a unirse la oposición, cada día más enconada, de los viejos partidos desposeídos del poder, que reclamaban la apertura del Parlamento, y de las clases pudientes, a las que asustaba la política obrera del general. (No obstante, como es sabido, la dictadura duró siete años, en cuyo transcurso se emprendieron y realizaron importantes obras públicas, se pacificó Marruecos, se contuvo el separatismo catalán y se mantuvo el orden en España.)

Uno de mis más fieles compañeros en la vida literaria, el admirable cuentista y novelista Tomás Borrás, que solía verme en mi casa, por conocer mi poca afición a las tertulias, vino a decirme que había muerto hacía unas semanas en Galicia un buen

* Capítulo LXXXVIII del tercer volumen de las *Memorias*.

amigo, y colega de los dos, que no era precisamente gallego y había escrito una novela de ambiente compostelano que reflejaba, con risueño humorismo, la vida de los estudiantes de Santiago, novela de la que se repetían las ediciones y había sido trasladada al cinematógrafo y al teatro.

—Ha muerto en La Coruña, en El Burgo, Alejandro Pérez Lugín, a quien yo vi escribir *La casa de la Troya*, pues ya sabes que plumas y lenguas malévolas le negaron la paternidad de esa obra.

—Lo sé. Le conocí antes que tú, en 1902, cuando entré de meritorio en la redacción de *El Correo*. Pérez Lugín me guió en mis primeros pasos por la senda del periodismo. Era un hombre inteligentísimo y fundamentalmente bueno. No me sorprendió su triunfo como novelista. ¿Cuántos años tenía al morir?

—Cincuenta y seis.

El «caso» de Pérez Lugín fue único en la República de las letras españolas. Antes de publicar su famosísima novela, no se le consideraba sino un buen periodista, que había popularizado su seudónimo de Don Pío como revistero de toros en la época de la competencia de Gallito y Belmonte. Él se manifestó apasionadamente «gallista». Organizaba unos viajes en aquellos trenes llamados entonces «botijos» para llevar un público bullicioso a las ferias donde toreaba su ídolo. Había nacido en Madrid y cursado la carrera de Derecho en Santiago. Y los recuerdos de su vida de estudiante en la ciudad del Apóstol le bastaron, con el apoyo de su fantasía, para escribir *La casa de la Troya*, que si, por su composición y por su estilo, no merece el título de una gran novela, poseía en cambio la seducción de un relato en el que lo jovial predominaba sobre lo serio, el realismo rehuía lo triste y lo cruel, y todo, en fin, resultaba pintoresco y amable.

Ello es que el éxito de *La casa de la Troya* fue enorme, que tuvo uno de los galardones de la Academia y que para Pérez Lugín, convertido de la noche a la mañana en el novelista «de mayor venta», no todas fueron mieles, pues no le faltaron las hieles de los envidiosos, los que decían y propalaban que era «otro» el autor de su obra. Algo semejante a lo que le ocurría al de *La gloria de don Ramiro*. Envidia se llama esta figura. Lugín no perdió los estribos y su respuesta fue seguir cabalgando, es decir, escribiendo otros libros, entre los cuales su ficción andaluza, con un héroe torero, Currito de la Cruz, confirmó sus condiciones de novelista.

Tomás Borrás me informó de otra novedad literaria, que no dejó de sorprenderme: el estreno de una comedia de Azorín durante el verano, cuando algunas compañías «probaban» las obras en provincias antes de someterlas al público y al dictamen de los Aristarcos y los Zoilos de Madrid. No le bastaban al gran estilista sus triunfos sobre el papel de los libros y los periódicos. Atraíale también el teatro. No había visto Borrás la comedia y él y yo esperábamos su representación en la Corte, con el ánimo de aplaudirla. Seguía el admirado maestro la línea de Clarín, de la Pardo Bazán y de Unamuno.

No hay hombre de letras español a quien no seduzcan los guiños de Melpómene y Talía. Raro es el que no aspira a probar su suerte en la escena. Pero, por lo general, después de su aventura en las tablas, vuelven a sus ensayos, a sus artículos y novelas. Del propio Galdós, el de *Realidad*, de *La loca de la casa*, de *El abuelo* y de *Electra*, seguía diciéndose —y no era yo de esta opinión— que el novelista perjudicaba al dramaturgo. Recordábase el fracaso de Clarín, con su drama *Teresa*. Doña Emilia Pardo Bazán, con *La suerte* y *Cuesta abajo*, no había tenido mayor fortuna, ni *La venda*, ni la *Fedra*, de Unamuno, habían interesado al gran público, y sólo su novelita —o «nivola»— *Nada menos que todo un hombre*, escenificada por el joven escritor Julio Hoyos, suscitó el interés de los espectadores.

A pesar de estos antecedentes, nada propicios, el admirable Azorín no dudó en correr la aventura del teatro, que si no fue venturosa, tampoco fue tempestuosa, pues el público, unos meses más tarde, escuchó con respeto su primera comedia, a la que puso el título en inglés: *Old Spain*. Después escribió otra: *Brandy, mucho brandy*, y una más con don Pedro Muñoz Seca, sin importarle la censura de los críticos intransigentes, que negaban a este fecundo autor el pan y la sal en la mesa literaria, como si no fuese también literatura el género humorístico de Muñoz Seca. En conclusión, los admiradores de Azorín nos quedamos con los personajes de sus libros novelescos y la substancia delectable de su prosa.

Nada de esto quiere decir que un novelista no pueda ser también dramaturgo. Lo fue, entre nosotros, genialmente, Galdós. El público español no posee la virtud de la paciencia ni el gusto del análisis, como, por ejemplo, el de Francia, que sigue con atención y deleite a autores contemporáneos por el estilo de Giraudoux y Montherlant, que se detienen en la introspección de sus personajes, de los que más importa «lo que dicen» que «lo que hacen».

En España los autores han de ir deprisa y aun los más ilustres se ven obligados a resumir los diálogos, a cortar parlamentos. Es esa poda del árbol de la comedia, a que les obligan los empresarios, o que los propios actores realizan a su antojo, para que «no pese» la obra. Los hermanos Quintero se resistían a tal «operación», lo que no dejó de acarrearles algún disgusto. En los ensayos van cayendo frases, como ramas y hojas superfluas, bajo la podadera inexorable, y a veces torpe, del director de escena o del primer actor. Precisamente por esa condición de la impaciencia de nuestro público, yo no hice sino asomarme al teatro, prefiriendo la libertad y autonomía del novelista, que escribe lo que quiere y «va a donde le da la gana». Hay autores, y algunos insignes, que aciertan a satisfacer la sensibilidad y mentalidad de nuestro público, o que se imponen a éste a lo largo de algunas derrotas, como le ocurrió al glorioso Benavente. A tales reflexiones me trajo la tentativa teatral de Azorín.

[...]

LOS CENTROS ESPAÑOLES DE CUBA. EN EL UNIÓN
 CLUB. LA NOCHE MÁGICA DE SU PISCINA. LA PLAYA
 DE MARIANAO Y EVOCACIÓN DE LOS BAÑOS ANTI-
 GUOS. HABLO EN EL CASINO ESPAÑOL Y EL CENTRO
 GALEGO*

«LOS CENTROS ESPAÑOLES —escribía yo en mi segunda carta, con fecha 5 de febrero— son unas hermandades regionales y los instrumentos pacíficos de la conquista individual de América. Sus instalaciones suelen ser grandiosas. Los gallegos se enorgullecen, con razón, de poseer uno de los más suntuosos palacios de La Habana moderna y de haber erigido en su seno el teatro Nacional, en la misma área del antiguo Tacón. En todas las asociaciones peninsulares se dan fiestas filarmónicas, literarias, oratorias y banquetes patrióticos. En todas puede jugarse a la baraja, al dominó, al ajedrez, al billar y recrearse con la lectura de los libros y los periódicos de España. Pero lo que predomina en ellos es el sentido de comunidades organizadas para defenderse. Sus aspectos pedagógicos y sanitarios superan, en mucho, a los recreativos. Su ambiente es democrático. Y su españolidad tan sensible, tan exacerbada por la nostalgia, que cualquiera que llegue de la Península y se atreva a censurar algunas de sus costumbres o a hacer crítica acerca de sus gobernantes se concitará el boicot de estos círculos, cuya fuerza se hace sentir en toda la superficie de la Isla. Cada una de dichas sociedades es una especie de somatén. No tiene España admiradores más absolutos, defensores más pugnaces —con armas retóricas— que estos hijos suyos que cruzaron el mar casi sin conocerla. Al patriotismo le sucede lo que al amar y es un fenómeno biológico: de cerca se entibia, se ablanda y desfallece; de lejos se fortifica e inflama con todas las centellas de la ilusión. Por donde resulta lógico que en sus salones cuel-

* Capítulo xciv del tercer volumen de las *Memorias*.

güen los retratos de doña María Cristina de Habsburgo, de Alfonso XIII, de Cánovas, de Canalejas, de Maura y que para alguno de estos centros se esté pintando el del jefe del Directorio. ¡Qué son sino agrupaciones nacionalistas!

En cambio, en los clubes cubanos todo es mundanidad, amenidad, comodidad y deporte. Poca política. El patriotismo de los socios se sobreentiende. No se habla de la patria: se la disfruta. Almorzar en la terraza del Unión Club, frente al Morro, que desde ese punto da una impresión de cercanía, tan neto bajo el cielo, tan precisas sus líneas, tan nítidos sus colores, que se le “echa a uno encima”, como cuando contemplamos cualquier panorama con potentes prismáticos. Almorzar, digo, en esa *loggia* del Unión es para mí un placer que me ha deparado ya varias veces el presidente del Senado, Vázquez Bello; el ministro de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes, y mi gran camarada, el tabaquero *gentleman* Ramón Irijoa. Cerca de nosotros se hallaban el alcalde, tal banquero o hacendado poderoso. Cada cual en su mesita portátil. Te traen si lo pides, y debes pedirlo, el cangrejo moro, rey de los crustáceos de Cuba, que se consume con mucho limón, o el *cock-tail* de ostras, la media toronja espolvoreada de azúcar y regada con *kirsh*. Y después del plato de pescado o de carne, que será excelente, concluyes con unos cascos de guayaba, un café insuperable, y un tabaco de La Vuelta.

Muchas cosas en La Habana me atraen como por instinto, como si me hubieran faltado durante mucho tiempo y me arrojara ahora sobre ellas con un ansia de desquite. Así, en la mesa, las frutas y los dulces. Así, en la calle, su colorido humano diverso. Veo, por detrás, una mujer admirablemente vestida y de rítmico andar, adelante varios pasos para admirar su rostro, y es el de una “parda” o “canela”, como aquí llaman a las mulatas. En estos clubes habaneros hay algo que satisface la más inocente de mis pasiones: la del agua, el agua convertida en un deporte y en un elemento voluptuoso. En el Unión, la ducha después del asalto de esgrima o al llegar sudoroso del trabajo. En el Country hay una piscina maravillosa, que he visto solitaria, como un grande espejo que reflejara la noche, una noche artificial. Visitaba yo el club con Irijoa, y al acercarme a la piscina el criado acompañante hizo girar un mecanismo, y el agua, negra y quieta, se estremeció herida, hendida por una luz multicolora de *kermesse*. Me figuré el cuadro de la piscina en una noche de junio. Ni los pinceles mágicos de Anglada lo podrían pintar.

Y en el Yacht-Club, la playa, esa playa de Marianao, que deprime la línea del litoral recta hasta allí, desde el río Almendares, formando una curva, honda y armoniosa, con perfiles de corazón. Hállase dispuesta según los mejores modelos de la Florida y California. La gris Ostende se moriría de envidia frente a tanto espacio claro y tanta agua azul, con azules de turquesas y zafiros. Y, sobre todo, frente a la longitud paradisíaca de una *season* de ocho a diez meses. Ya en febrero hay bañistas. Admirando esta playa magnífica de Marianao recordaba aquellos baños de mar primitivos de los Campos Elíseos y San Rafael, donde tú me enseñaste la natación. Estaban cavados en la roca y aislados unos de otros con tabiques de pino. Eran unas pozas cuadradas u oblongas. El mar irrumpía en ellas por una abertura natural o artificial de los peñascos. Si la separación de éstos era excesiva, sólidos barrotes de hierro la atravesaban, como rejas de calabozo. Y yo me decía, mirándolas: “Esto es para que los tiburones no vengan de noche, a hacerse los dormidos, y después...”. El tiburón, desde que vi uno enorme en una goleta del muelle de Caballería, cazado por un tripulante, era una de las obsesiones de mi infancia. En el colegio de Belén, en el gabinete de Historia Natural, tenían los padres uno pequeño, con la dura piel carcomida, que me sirvió para enterarme de las características del voraz escualo, peste de los mares del Trópico. Yo lo buscaba siempre, antes de entrar en el baño, en aquel mar cuajado de algas viscosas, que me parecían reptiles y que arrastraban las olas en su torbellino al precipitarse sobre los peñascos y cubrir las pozas de espuma. El tiburón “no estaba allí”, pero yo miraba por si acaso... Junto al mar exterior, verde o azul, según las horas y los días, pero tan rápido y enorme, aquellas fosas se me antojaban pavorosos sepulcros inundados por un agua glacial. Entrabas tú, me decías: “Vamos, Alberto”, y yo, súbitamente “heroico” por tu presencia, me hundía de un salto en el agua oscura, que tu cuerpo joven tornaba luminosa. Tú me recibías en tus brazos, y tomándome por la barbilla, una mañana y otra, me enseñaste a nadar. Creo que aprendí pronto, y en cuanto supe, ¿te acuerdas?, te pedí que me permitieses ir al baño llamado “público”, de hombres, excluidos los de color. Era una hoya cuadrangular apenas separada del golfo por unos arrecifes agudos y distantes entre sí, que remontaban las olas. Una muchedumbre de hombres y muchachos venía, desnuda de pecho y pierna, a bañarse allí. Algunos se zambullían en el mar libre y se alejaban nadando. Al principio me parecieron locos. ¿No le temían a los tiburones? Como a nin-

gundo le atacasen, burlando la vigilancia de mi criado, me lancé sobre el mar infinito, entonces azul y acribillado por los estiletos del sol. Ufano de mi audacia, me alejé. Del lado de la Punta estaban bañando a unos caballos. Tengo entendido que el gran Maceo fue, en su juventud, bañador de caballos. Subido en uno de ellos pensé que hubiera sido muy hermoso dar una vuelta alrededor de la isla que Colón había tomado por un continente. ¡Cuántos recuerdos y ensoñaciones!

A la playa de Marianao, donde ya me he bañado con mis primas Beatriz y Waldina, que nadan como dos sirenas, vienen las criollas de línea firme y ágil y algunas de formas exuberantes. Y vienen las rubias extranjeras del Norte. Sí, esta playa será una maravilla conjunta de la naturaleza y la civilización; pero yo no dejo de sentir la añoranza de los baños antiguos. Tras ligeras pesquisas, asomándome por el parapeto del malecón, di con una masa de rocas donde se advierten, cual alvéolos ingentes, lo que de ellos persiste, a pesar de los embates del mar. Las olas van limpiando, borrando sus rectas y sus ángulos. Sólo una mirada atenta y penetrante, reconstructora, verá lo que yo quise ver.

El recuerdo de “nuestra Habana” me entristece, más bien me abruma, me hace sentir en el corazón el peso de las dos Habanas y debatirme entre un “¿ésta o aquélla?” del que necesito desprenderme pronto, pues yo no he venido aquí *à la recherche du temps perdu*. ¡Qué más quisiera, sino solventar los asuntos de intereses que me encomendó mi padre y de paso apreciar las bellezas y el progreso de Cuba en el vigésimo séptimo año de su independencia! De todo lo cual te hablaré en otras cartas.»

Pero esas otras cartas no las hallé entre los papeles de mi madre. Y también se perdieron las que escribí a Gabriela en los registros y saqueos de mi casa de Madrid. Hubiéranme ayudado mucho en la continuación de estas Memorias, como documentos íntimos. En algunas de ellas debí de referirme a las dos únicas ocasiones en que actué como conferenciante en La Habana: la primera, en el Casino Español, y la segunda, en el Centro Gallego.

Yo no había ido a Cuba «en plan de orador», y si lo hice en público varias veces fue porque me lo pidieron y la cortesía y la gratitud me obligaron a obedecer. Hablé en los referidos círculos, en un homenaje a María Guerrero, que merecerá más adelante unas líneas, y al final de los banquetes con que me agasajaron. El que estaba en

La Habana en funciones de conferenciante, invitado y bien pagado por la Institución Cultural y la Universidad, era el profesor, miembro del partido socialista, don Fernando de los Ríos, cuyas ideas políticas, aparte la fluidez y elegancia de su oratoria, no hicieron más que asomarse en sus discursos.

El que yo pronuncié en el Casino Español, bajo la presidencia del ministro de Instrucción Pública, el doctor Martínez Ortiz, estuvo precedido por otro del profesor de Literatura de la Universidad habanera, el doctor R. Salazar, y fue aquel que unos jóvenes universitarios me habían pedido en la hora de mi desembarque. Versó principalmente sobre la noble y genial figura de José Martí.

El del Centro Gallego fue algo muy distinto, entre familiar y solemne, pues consistió, ante un auditorio de más de mil personas, en una rememoración de la vida de mi padre en Cuba, consagrada en primer término a la defensa de los intereses gallegos en la Isla, a la exaltación de las glorias de su patria chica en su periódico y al lanzamiento de la idea de la fundación de un círculo regional que, andando el tiempo, habría de ser el más poderoso de Hispanoamérica. A un lado de la presidencia, y con una cenefa de flores, habían puesto el retrato de mi padre; ese retrato que figuraba en una de las salas del centro entre las imágenes de los próceres de la institución. Era, como los demás, un retrato hecho sobre fotografía y, la verdad, de un parecido hartamente remoto, pues cuando en mi primera visita al centro me lo mostró el presidente, Bonzas, no pude menos de decirle: «Habrá que hacerle otro del natural».

Me presentó un miembro de la directiva, llamándome maestro de la novela española, príncipe de nuestras letras, y dedicándome otras de las hipérboles que son de rigor en tales casos. Mi discurso duró cerca de una hora y fue reproducido íntegro en casi todos los periódicos. Después, un refrigerio, con derroche de golosinas, de champaña y de los vinos de Galicia. Se cursaron cablegramas a don Waldo, que en su casa de Madrid quedó reconocido al recuerdo de sus compatriotas, a quienes consagró los años más apasionados y fecundos de su vida. Contaba ya más de setenta y la ancianidad había ido acentuando su modestia, su desasimiento de las pompas y vanidades de este mundo y su deseo de vivir tranquilo entre los suyos, sin ambiciones, ni envidioso, ni envidiado, y preparándose cristianamente para su hora postrera, que aún tardaría unos diez años en sonar.

Se acabó de imprimir
en Madrid
el 15 de abril de 2003